

CUADERNOS DE

4.⁰⁰ Pesos
Centroamericanos

No 11

EL SOCIALISTA

centroamericano



**ESCRITOS SOBRE
REVOLUCIÓN Y
ASAMBLEA NACIONAL
CONSTITUYENTE**

LEÓN TROTSKY (1879-1940)

INDICE

POR LEÓN TROTSKY

- 1.- LOS SOVIETS Y LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE
- 2.- LA CONSIGNA DE LA ASAMBLEA NACIONAL EN CHINA
- 3.- RESPUESTA A LOS OPOSICIONISTAS CHINOS
- 4.- PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN ITALIANA
- 5.- TAREAS Y PELIGROS DE LA REVOLUCIÓN EN LA INDIA
- 6.- MANIFIESTO SOBRE CHINA DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA INTERNACIONAL
- 7.- POR UNA ESTRATEGIA PARA LA ACCIÓN NO PARA LA ESPECULACIÓN
- 8.- LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y LOS PELIGROS QUE LA AMENAZAN

APÉNDICE

POR NAHUEL MORENO

LA IMPORTANCIA FUNDAMENTAL DE LAS CONSIGNAS Y TAREAS DEMOCRÁTICAS. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

LOS CUADERNOS DE "EL SOCIALISTA CENTROAMERICANO" son publicados bajo la responsabilidad del PARTIDO SOCIALISTA CENTROAMERICANO (PSOCA).

"ESCRITOS SOBRE REVOLUCIÓN Y ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE"

Por León Trotsky

Primera Edición

PSOCA Editorial®

Centroamérica, Agosto del 2010

PRESENTACIÓN

Este Cuaderno contiene una serie de escritos del gran revolucionario ruso, León Trotsky (1879-1940), agrupados en orden cronológico, sobre la importancia de la consigna de Asamblea Nacional Constituyente para movilizar a las masas trabajadoras, especialmente de los países atrasados y semicoloniales, en la perspectiva de construir sus propios organismos de poder, liberarse de la dominación imperialista, conquistar la independencia política y la liberación nacional, y lograr el triunfo de la revolución socialista.

El lector jamás podrá encontrar un libro acabado, donde se sistematice el debate en torno a la utilización de la consigna de Asamblea Nacional Constituyente, mucho menos una fórmula exacta que responda a sus inquietudes. Muchos de los ejemplos mencionados por León Trotsky sobre las revoluciones en China, India o España, solo para citar los ejemplos más importantes, obedecieron a situaciones concretas, a una correlación de fuerzas determinadas entre las clases sociales, situaciones específicas que normalmente no se repiten.

Lo que interesa en todo caso es rescatar el método de análisis marxista utilizado por León Trotsky, su crítica despiadada a la política de los oportunistas, y como este método científico puede ser utilizado en la actualidad para orientar la actividad de los revolucionarios centroamericanos, especialmente en Honduras, donde la reivindicación de la Asamblea Nacional Constituyente genera apasionadas discusiones.

La Asamblea Nacional Constituyente es la máxima expresión de la democracia burguesa. De la misma forma que produce entusiasmo y movilización en las masas, que anhelan expresarse democráticamente, también puede ser utilizada por la burguesía y el imperialismo para reordenar o remodelar el sistema capitalista semicolonial. Y este es el carácter contradictorio de la consigna de Asamblea Nacional Constituyente que los revolucionarios debemos discutir, para evitar que nuestros enemigos disipen el entusiasmo y la movilización de las masas, en el estéril debate parlamentario sobre el texto de la Constitución.

No debemos abandonar las consignas democráticas, pero al mismo tiempo debemos estar claros de la limitación de éstas, sobre todo cuando decrece la movilización de los trabajadores. Este Cuaderno es una aportación teórica a ese debate necesario e impostergable.

Centroamérica, 10 de agosto del 2010

Orson Mojica Alvarez

ESCRITOS SOBRE REVOLUCIÓN Y ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE

POR LEÓN TROTSKY

[...] LOS SOVIETS Y LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Fragmento del capítulo VI del Libro: “Stalin, el gran organizador de derrotas”, 1929.

Esperamos que no sea necesario plantear aquí el problema general de la democracia formal, es decir, de la democracia burguesa. Nuestra actitud con respecto a ella no tiene nada en común con la negación estéril del anarquismo. La consigna y las normas de la democracia se presentan bajo formas diversas para los diferentes países, según la etapa en que se encuentre la evolución de la sociedad burguesa. Las consignas democráticas contienen durante cierto tiempo ilusiones y engaños, pero encierran en su seno una fuerza política animadora:

“Mientras la lucha de la clase obrera por todo el poder entero no esté a la orden del día, tenemos el deber de utilizar todas las formas de la democracia burguesa.” (Lenin, Obras, Vol. XX, 2ª parte, pág. 297)

Desde el punto de vista político, la cuestión de la democracia formal recubre el problema de nuestra actitud no solamente frente a las masas pequeño-burguesas, sino también frente a las masas obreras, en la medida en que estas últimas no hayan adquirido todavía una conciencia revolucionaria de clase. En condiciones en que progresaba la revolución, en el momento de la ofensiva del proletariado, la irrupción en la vida política de las capas de base de la pequeña burguesía se manifestó en China por medio de revueltas campesinas, conflictos con las tropas gubernamentales, huelgas de todo tipo, la masacre de los pequeños administradores. En la actualidad, todos los movimientos de este tipo disminuyen

claramente. La soldadesca triunfante del Kuomintang domina la sociedad. Cada día de estabilización producirá choques cada vez más numerosos entre este militarismo y esta burocracia, por una parte, y por la otra no solamente los obreros avanzados, sino también la masa pequeño burguesa predominante en las ciudades y en el campo e incluso, dentro de determinados límites, la gran burguesía. Antes de que el desarrollo de estas colisiones las transforme en una lucha revolucionaria clara, pasarán, según todos los datos, por un estadio “constitucional”. Los conflictos entre la burguesía y sus propias camarillas militares se extenderán inevitablemente, por medio de un “tercer partido” o por otras vías, a las capas superiores de las masas pequeño-burguesas. En el plano económico y cultural, estas masas son extraordinariamente débiles. Su fuerza política potencial se reduce a su número. Las consignas de la democracia formal conquistan o son capaces de conquistar no solamente a las masas pequeño burguesas sino, también, a las grandes masas obreras, precisamente porque les ofrecen la posibilidad (al menos aparente) de oponer su voluntad a la de los generales, los terratenientes y los capitalistas. La vanguardia proletaria educa a las masas sirviéndose de esta experiencia y las lleva hacia adelante.

El ejemplo de Rusia muestra que, cuando progresa la revolución, el proletariado organizado en soviets puede, por medio de una política correcta dirigida hacia la conquista del poder, arrastrar al campesinado, hacerle chocar frontalmente con la democracia formal personificada por la Asamblea Constituyente y empujarle por el camino de la democracia soviética. En cualquier caso, no se llega a estos resultados oponiendo simplemente los soviets a la Asamblea Constituyente, sino arrastrando a las masas hacia los soviets, conservando siempre las consignas de la democracia formal hasta el momento de la conquista del poder e incluso después.

“Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para aceptar el régimen soviético y disolver el Parlamento burgués más democrático. Y pese

a ello, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como después de la conquista del poder político por el proletariado....

... incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, e incluso después de esta victoria, la participación en un Parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite demostrar con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, facilita el éxito de su disolución, facilita “la caducidad política” del parlamentarismo burgués.” (V. I. Lenin, La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo, Obras escogidas en doce tomos, Progreso, 1977, Moscú, tomo XI, páginas 40 y 41)

Cuando adoptamos las medidas prácticas directas para dispersar la Asamblea Constituyente recuerdo cómo Lenin insistió especialmente en que se hiciera venir a Petrogrado uno o dos regimientos de cazadores letones, compuestos sobre todo de obreros agrícolas. “La guarnición de Petrogrado es casi enteramente campesina; puede vacilar ante la Constituyente.” Así expresaba Lenin sus preocupaciones. En este asunto no se trataba en absoluto de “tradiciones” políticas, porque el campesinado ruso no podía tener tradiciones serias de democracia parlamentaria. El fondo del problema es que la masa campesina, una vez que se ha despertado a la vida histórica, no se siente inclinada en absoluto a confiar de repente en una dirección proveniente de las ciudades, incluso si es proletaria, sobre todo en un período no revolucionario; esta masa busca una fórmula política simple que exprese directamente su propia fuerza política, es decir, el predominio del número. La expresión política de la dominación de la mayoría es la democracia formal.

No hay que decir que sería una pedantería digna de Stalin afirmar que las masas populares no pueden y no deben jamás, bajo ninguna circunstancia, “saltar” por encima del escalón “constitucional”. En algunos países, la época del parlamentarismo dura largas decenas de años, incluso siglos. En Rusia, este período no se prolongó más que durante los pocos años del régimen pseudoconstitucional y el único día de existencia de la Constituyente. Históricamente, se puede concebir perfectamente situaciones en las que no

existan siquiera estos pocos años y este único día. Si la política revolucionaria hubiera sido correcta, si el Partido Comunista hubiera sido completamente independiente del Kuomintang, si se hubieran formado soviets en 1925-1927, el desarrollo revolucionario habría podido conducir a la China de hoy a la dictadura del proletariado, sin pasar por la fase democrática. Pero incluso en ese caso la fórmula de la Asamblea Constituyente que el campesinado no ha ensayado en el momento más crítico, que no ha experimentado y que, por tanto, le ilusiona todavía, habría podido, tras la primera diferencia sería entre el campesinado y el proletariado, al día siguiente mismo de la victoria, convertirse en la consigna de los campesinos y de los pequeño burgueses de las ciudades contra los proletarios. A pesar de todo, los conflictos importantes entre el proletariado y el campesinado, incluso en unas condiciones favorables a su alianza, son absolutamente inevitables, como lo demuestra la Revolución de Octubre. Nuestra mayor ventaja residía en este hecho: la mayoría de la Asamblea Constituyente se había formado durante la lucha de los partidos dominantes por la continuación de la guerra y contra la confiscación de la tierra por los campesinos; por consiguiente, estaba seriamente comprometida a los ojos del campesinado en el momento en que fue convocada la Asamblea.

¿Cómo caracteriza la resolución del Congreso, adoptada tras la lectura del informe de Bujarin, el período actual del desarrollo de China y las tareas que se desprenden? El párrafo 54 de esta resolución dice:

“En la actualidad, la tarea principal del partido (durante el período comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario) es luchar por conquistar a las masas, es decir, que debe realizar un trabajo de masas entre los obreros y los campesinos, restablecer sus organizaciones, utilizar todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales, los imperialistas extranjeros.”

Aquí hay realmente un ejemplo clásico de doble sentido, del tipo de los más célebres oráculos de la antigüedad. El período actual es caracterizado como estando “comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario”. Esta fórmula nos resulta conocida. El V

Congreso la había aplicado a Alemania. Toda situación revolucionaria no se desarrolla uniformemente, sino que conoce flujos y reflujos. Esta fórmula ha sido elegida con premeditación, para que no se pueda pensar al interpretarla que confiesa la existencia de una situación revolucionaria, en la cual se produce simplemente un pequeño momento de “calma” antes de la tempestad. Por si acaso, se podría creer también que admite que se agotará todo un período entre dos revoluciones. Tanto en un caso como en otro, será posible comenzar una futura resolución con las palabras “como habíamos previsto” o “como habíamos predicho”.

En todo pronóstico histórico hay, inevitablemente, un elemento condicional. Cuanto más breve es el período considerado, más importante es este elemento. En general, es imposible establecer un pronóstico que dispense a los dirigentes del proletariado de tener que analizar más tarde la situación. Un pronóstico no fija una necesidad invariable; es su orientación lo que tiene importancia. Se puede y se debe ver hasta qué punto todo pronóstico es condicional. Se puede incluso, en determinadas situaciones, presentar varias variantes para el porvenir, delimitándolas de forma reflexiva. En fin, en el caso de una situación problemática, se puede renunciar totalmente, a título provisional, a establecer un pronóstico y aconsejar simplemente esperar y observar. Pero todo eso debe ser hecho clara, abierta y honestamente. A lo largo de los cinco últimos años, los pronósticos de la Internacional Comunista no han sido directrices, sino trampas para la direcciones de los partidos de los diversos países. El objetivo principal de estos pronósticos es inspirar la veneración por la sabiduría de la dirección y, en caso de derrota, salvar el “prestigio”, ese supremo fetiche de los débiles. Es un método que permite obtener revelaciones de los oráculos, y no proceder a análisis marxistas. Presupone, en la práctica, la existencia de “chivos expiatorios”. Es un sistema desmoralizador. Los errores ultraizquierdistas de la dirección alemana en 1924-1925 eran, justamente, el resultado de la misma manera pérfida de formular con doble sentido una opinión sobre las “dos oleadas del ascenso revolucionario”. La resolución del VI Congreso puede producir otras tantas desgracias.

Hemos conocido la ola revolucionaria de antes de Shangai, y

después la de U-Tchang. Ha habido muchas otras, más limitadas y más localizadas. Todas se basaban en el ascenso revolucionario general de 1925-1927. Pero este ascenso histórico ha terminado. Hay que comprenderlo y decirlo con claridad. De ello se desprenden consecuencias estratégicas importantes.

La resolución hace referencia a la necesidad de “utilizar” todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales y los imperialistas extranjeros. Esto es indiscutible, pero es demasiado vago. ¿Cómo “utilizarlo”? Si estamos entre dos oleadas de ascenso revolucionario, entonces toda manifestación un poco importante de descontento puede ser considerada como el famoso “comienzo de la segunda oleada” (según Zinoviev y Bujarin). Entonces la consigna propagandística de la insurrección armada deberá convertirse rápidamente en una consigna de acción. De ahí puede nacer un “segundo ataque” de putschismo. El partido utilizará de una forma totalmente distinta el descontento de las masas si lo considera situado en una perspectiva histórica correcta. Pero el VI Congreso no dispone de esta “bagatela” (una perspectiva histórica correcta) en ninguna cuestión. Esta laguna hizo del V Congreso un fracaso. Por ello puede desmembrarse enteramente la Internacional Comunista.

Después de haber condenado de nuevo las tendencias putschistas a las que ella misma prepara el terreno, la resolución del Congreso continúa:

“Por otra parte, ciertos camaradas han caído en un error oportunista: avanzan la consigna de la Asamblea Nacional.”

En qué consiste el oportunismo de esta consigna es algo que no explica la resolución. Solamente el delegado chino Strajov, en su discurso de clausura sobre las lecciones de la revolución china, intenta dar una explicación. He aquí lo que dice:

“Por la experiencia de la revolución china vemos que cuando la revolución en las colonias [¿?] se aproxima al momento decisivo, la cuestión se plantea netamente: o bien la dictadura de los propietarios terratenientes y de la burguesía, o bien la del proletariado y el campesinado.”

Naturalmente, cuando la revolución (y no solamente en las colonias) “se aproxima al momento decisivo”, entonces toda

forma de actuar como se ha hecho con el Kuomintang, es decir, todo colaboracionismo, es un crimen de consecuencias fatales: no se puede concebir entonces más que una dictadura de los poseedores o una dictadura de los trabajadores. Pero, como ya hemos visto, incluso en momentos semejantes, para triunfar de forma revolucionaria sobre el parlamentarismo, no se le debe negar estérilmente. No obstante, Strajov va todavía más lejos:

“Allí [en las colonias] la democracia no puede existir: sólo es posible la dictadura burguesa abierta. No puede haber ninguna vía constitucional.”

Esto es extender de forma doblemente inexacta una idea correcta. Si en los “momentos decisivos” de la revolución, la democracia burguesa se ve inevitablemente torpedeada (y no solamente en las colonias), esto no significa en absoluto que sea imposible en los períodos interrevolucionarios. Pero precisamente Strajov y todo el congreso no quieren reconocer que el “momento decisivo”, durante el cual los comunistas se complacían en las peores ficciones democráticas en el seno del Kuomintang, ha pasado ya. Antes de un nuevo “momento decisivo” hay que atravesar un largo período, durante el cual se deberá abordar de una forma nueva los problemas viejos. Afirmar que no puede haber en las colonias períodos constitucionales o parlamentarios es renunciar a utilizar unos medios absolutamente esenciales, y es, sobre todo, hacer difícil para uno mismo una orientación política correcta, es empujar al partido a un callejón sin salida.

Decir que para China, como, por otra parte, para todos los demás estados del mundo, no existe salida hacia el desarrollo libre, dicho de otra forma socialista, por la vía parlamentaria, es algo correcto. Pero decir que en el desarrollo de China o de las colonias no puede haber ningún período o etapa constitucional, es algo distinto e incorrecto. En Egipto había un parlamento, ahora disuelto. Es posible que renazca. A pesar del estatuto colonial de este país, hay un parlamento en Irlanda. Lo mismo ocurre en todos los Estados de América del Sur, por no hablar de los dominions de Gran Bretaña. Existen “sucedáneos” de parlamentos en la India. Todavía pueden desarrollarse más: en este punto, la burguesía británica es muy hábil. ¿Cómo se puede afirmar que, después del aplastamiento

de su revolución, China no atravesará una fase parlamentaria o seudoparlamentaria, o que no será el escenario de una lucha política seria por alcanzar este estadio? Una afirmación semejante no tiene ninguna base.

El mismo Strajov dice que, precisamente, los oportunistas chinos aspiran a sustituir la consigna de los soviets por la de la Asamblea Nacional. Es posible, probable, incluso inevitable. Toda la experiencia del movimiento obrero mundial, del movimiento ruso en particular, prueba que los oportunistas son siempre los primeros en agarrarse a los métodos parlamentarios y, en general, a todo aquello que, de cerca o de lejos, se parezca al parlamentarismo. Los mencheviques se agarraban a la actividad en la Duma, oponiéndola a la acción revolucionaria. La utilización de los métodos parlamentarios hace surgir inevitablemente todos los peligros ligados al parlamentarismo: ilusiones constitucionales, legalismo, tendencia a los compromisos, etc. No se pueden combatir estos peligros, estas enfermedades más que por medio de una orientación revolucionaria de toda la política. Pero el hecho de que los oportunistas prediquen la lucha por la Asamblea Nacional no es en absoluto un argumento que justifique por parte nuestra una actitud negativa hacia el parlamentarismo. Después del golpe de estado del 3 de junio de 1907 en Rusia, la mayoría de los elementos dirigentes del Partido Bolchevique eran favorables al boicot de una Duma mutilada y trucada. En cambio, los mencheviques estaban completamente de acuerdo en participar en la Duma. Esto no impidió a Lenin intervenir vigorosamente para que fuese utilizado incluso el “parlamentarismo” del 3 de junio, en la conferencia del partido que unía todavía en aquella época a las dos fracciones. Lenin fue el único bolchevique que votó con los mencheviques a favor de la participación en las elecciones. Evidentemente, la “participación” de Lenin no tenía nada que ver con la de los mencheviques, como lo demostró toda la marcha posterior de los acontecimientos; no se oponía a las tareas revolucionarias, sino que contribuía a ellas durante la época comprendida entre dos revoluciones. Aun utilizando el seudoparlamento contrarrevolucionario del 3 de junio, nuestro partido, a pesar de su gran experiencia de los soviets de 1905, continuaba llevando la lucha por la Asamblea Constituyente,

es decir, por la forma más democrática de la representación parlamentaria. Hay que conquistar el derecho de renunciar al parlamentarismo uniendo a las masas alrededor del partido y llevándolas a luchar abiertamente por la conquista del poder. Es ingenuo creer que se puede sustituir este trabajo por la simple renuncia a la utilización revolucionaria de los métodos y las formas contradictorias y opresivas del parlamentarismo. Es en esto en lo que consiste el error más burdo de la resolución del Congreso, que hace aquí una vulgar cabriola ultraizquierdista.

Veamos, en efecto, cómo todo ha sido puesto del revés. Siguiendo la lógica de la dirección actual y de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, China se acerca no a su año 1917, sino a su 1905. Por esta razón, concluyen mentalmente los dirigentes, ¡abajo la consigna de la democracia formal! No queda, realmente, una sola articulación que los epígonos no se hayan tomado el cuidado de luxar. ¿Cómo se puede rechazar la consigna de la democracia y sobre todo la más radical: la representación democrática del pueblo, bajo las condiciones de un período no revolucionario, cuando la revolución no ha cumplido sus tareas más inmediatas: la unidad de China y su depuración de todas las antiguallas feudales, militares y burocráticas?

El Partido Comunista chino, que yo sepa, no ha tenido un programa propio. El Partido Bolchevique llegó a la Revolución de Octubre y la realizó armado con su viejo programa, en el que las consignas de la democracia ocupaban un lugar importante. Bujarin intentó suprimir este programa mínimo, igual que intervino más tarde contra las reivindicaciones transitorias del programa de la Internacional Comunista. Pero esta actitud de Bujarin no ha quedado en la historia del partido más que como una anécdota. Como es sabido, es la dictadura del proletariado quien ha llevado a cabo la revolución democrática en Rusia. Eso tampoco quiere comprenderlo en absoluto la dirección actual de la Internacional Comunista. Pero nuestro partido sólo ha llevado al proletariado a la dictadura porque defendía con energía, perseverancia y abnegación todas las consignas, todas las reivindicaciones de la democracia, incluidas la representación popular basada en el sufragio universal, la responsabilidad del Gobierno ante los representantes del

pueblo, etc. Sólo una agitación así permitió al partido proteger al proletariado de la influencia de la democracia pequeño-burguesa, eliminar la influencia de ésta sobre el campesinado, preparar la alianza de los obreros y los campesinos e incorporar a sus filas a los elementos revolucionarios más resueltos. ¿Es que esto no era más que oportunismo?

Strajov dice que nuestra consigna es la de los soviets y que sólo un oportunista puede sustituirla por la de la Asamblea Nacional. Este argumento revela de la manera más ejemplar el carácter erróneo de la resolución del congreso. En la discusión nadie contradujo a Strajov; al contrario, su posición fue aprobada y ratificada por la resolución principal sobre la táctica. Sólo ahora podemos ver con claridad cuán numerosos son, en la dirección actual, los que han hecho la experiencia de una, dos e incluso tres revoluciones dejándose llevar por la marcha de las cosas y la dirección de Lenin, pero sin meditar sobre el sentido de los acontecimientos y sin asimilar las más grandes lecciones de la Historia. Estamos en gran medida obligados a repetir todavía ciertas verdades elementales. En mi crítica del programa de la Internacional Comunista he mostrado cómo los epígonos han desfigurado y mutilado monstruosamente el pensamiento de Lenin, que afirmaba que los soviets son órganos de la insurrección y órganos de poder. Se ha sacado la conclusión de que no se pueden crear soviets más que en la “víspera” de la insurrección. Esta idea grotesca ha encontrado su expresión más acabada, como siempre, en la misma resolución del pleno de noviembre último del Comité Central chino, que hemos descubierto recientemente. Dice:

“Se puede y se deben crear los soviets como órganos del poder revolucionario solamente en el caso en el que nos encontremos en presencia de un progreso importante, indiscutible, del movimiento revolucionario de las masas, y cuando tenga asegurado un éxito sólido dicho movimiento.”

La primera condición, “el progreso importante”, es indiscutible. La segunda condición, “la garantía del éxito”, y además de un éxito “sólido”, es simplemente una tontería digna de un pedante. En la continuación del texto de esta resolución, no obstante, esta

estupidez es ampliamente desarrollada:

“Evidentemente, no se puede abordar la creación de los soviets cuando la victoria no está totalmente garantizada, porque podría suceder que toda la atención se concentrase únicamente sobre las elecciones a los soviets y no sobre la lucha militar, a partir de lo cual podría instalarse el democratismo pequeño burgués, lo que debilitaría la dictadura revolucionaria y crearía un peligro para la dirección del partido.”

El espíritu de Stalin, reflejándose a través del prisma del niño prodigio Lominadzé, planea sobre estas líneas inmortales. Sin embargo, todo esto es simplemente absurdo. Durante la huelga de Hong-Kong y de Shangai, durante todo el violento progreso posterior del movimiento de los obreros y los campesinos, se podía y se debían crear los soviets como órganos de la lucha revolucionaria abierta de las masas, que tarde o temprano, y en absoluto inmediatamente, llevaría a la insurrección y a la conquista del poder. Si la lucha, en la fase considerada, no se eleva hasta la insurrección, evidentemente los soviets mismos también se reducen a nada. No pueden convertirse en instituciones “normales” del estado burgués. Pero en ese caso, es decir, si los soviets son destruidos antes de la insurrección, las masas trabajadoras hacen de todos modos una adquisición enorme con el conocimiento práctico que extraen de los soviets y la familiaridad que adquieren con su mecanismo. En la etapa siguiente de la revolución, su edificación está así garantizada de una forma más fructífera y a una escala más vasta: sin embargo, incluso en la fase siguiente, puede ocurrir que no lleven directamente ni a la victoria ni a la insurrección siquiera. Acordémonos firmemente de esto: la consigna de los soviets puede y debe ser avanzada desde las primeras etapas del progreso revolucionario de las masas. Pero debe ser un progreso real. Las masas obreras deben afluir hacia la revolución, colocarse bajo su bandera. Los soviets dan una expresión organizativa a la fuerza centrípeta del desarrollo revolucionario. Estas consideraciones implican que durante el período del reflujo revolucionario, en que se manifiestan tendencias centrífugas dentro de las masas, la consigna de los soviets se convierte en doctrinaria, en inerte o, lo que no es mejor, en una consigna de aventureros. No es posible

mostrarlo más clara ni más trágicamente de como lo ha hecho la experiencia de Cantón.

Ahora la consigna de los soviets no tiene otro valor en China que el de abrir una perspectiva, y en ese sentido tiene un papel propagandístico. Sería absurdo oponer los soviets, la consigna de la tercera revolución china, a la Asamblea Nacional, es decir, a la consigna que es resultado del desastre de la segunda revolución china. El abstencionismo, en un período interrevolucionario, sobre todo después de una cruel derrota, sería una política suicida.

Se podría decir (hay muchos sofistas en el mundo) que la resolución del VI Congreso no significa el abstencionismo: no hay ninguna Asamblea Nacional, nadie la convoca todavía ni promete convocarla, y, como consecuencia, no hay nada que boicotear. Semejante razonamiento sería, sin embargo, demasiado lastimoso, formal, infantil, bujarinista. Si el Kuomintang se viese forzado a convocar la Asamblea Nacional, ¿es que la boicotearíamos en esta situación? No. Desenmascararíamos sin piedad la falsedad y la mentira del parlamentarismo del Kuomintang, las ilusiones constitucionales de la pequeña burguesía; exigiríamos la extensión integral de los derechos electorales; al mismo tiempo, nos lanzaríamos a la arena política para oponer en el curso de la lucha por el Parlamento, en el curso de las elecciones, y dentro del mismo parlamento, los obreros y los campesinos pobres a las clases poseedoras y sus partidos. Nadie se empeñará en predecir cuáles serían para el partido, actualmente reducido a una existencia clandestina, los resultados obtenidos así. Si la política fuese correcta, las ventajas podrían ser muy importantes. Pero en este caso, ¿no está claro que el partido puede y debe no solamente participar en las elecciones si las decide el Kuomintang, sino también exigir que traigan consigo una movilización de masas alrededor de esa consigna?

Políticamente, el problema está ya planteado; cada día que pase lo confirmará. En nuestra crítica del programa hemos hecho referencia a la probabilidad de una cierta estabilización económica en China. Posteriormente, los periódicos han aportado decenas de testimonios sobre el comienzo de una recuperación económica (véase el Boletín de la Universidad china). Ahora, ya no es una suposición, sino un hecho, aunque la recuperación no esté todavía

más que en su primera fase. Pero es precisamente al principio cuando hay que percibir el sentido de la tendencia; si no, no se hace política revolucionaria, sino seguidismo. Lo mismo ocurre con la lucha política en torno a los problemas de la constitución. Ahora no es ya una previsión teórica, una simple posibilidad, sino algo más concreto. No es gratuito que el delegado chino haya vuelto varias veces sobre el tema de la Asamblea Nacional; no es por azar que el congreso ha creído necesario adoptar una resolución especial (y particularmente falsa) a este respecto. No es la Oposición la que ha planteado este problema, sino precisamente el desarrollo de la vida política en China. Aquí también hay que saber percibir la tendencia desde su inicio. Cuanto más intervenga el Partido Comunista, con audacia y resolución, sobre la consigna de la Asamblea Constituyente democrática, menos espacio dejará a los diferentes partidos intermediarios, y más sólido será su propio éxito.

Si el proletariado chino debe vivir todavía varios años (incluso aunque sólo sea un año) bajo el régimen del Kuomintang, ¿va a poder renunciar el Partido Comunista a la lucha por la extensión de las posibilidades legales de todo tipo: libertad de prensa, de reunión, de asociación, derecho de huelga, etc.? Si renunciase a esta lucha se transformaría en una secta inerte. Pero esa es una lucha por las libertades democráticas. El poder de los soviets significa el monopolio de la prensa, de las reuniones, etc., en las manos del proletariado. ¿Es posible que el Partido Comunista saque ahora esta consigna? En la situación que estamos considerando sería una mezcla de infantilismo y de locura. El Partido Comunista está luchando, en la actualidad, no por conquistar el poder, sino por mantener y consolidar su ligazón con las masas en nombre de la lucha por el poder en el porvenir. La lucha por la conquista de las masas está inevitablemente ligada a la lucha desarrollada contra las violencias de la burocracia del Kuomintang frente a las organizaciones de masas, frente a sus reuniones, frente a su prensa, etc. En el curso del período próximo, ¿va el Partido Comunista a combatir por la libertad de prensa, o dejará esta tarea a un "tercer partido"? ¿Se limitará el Partido Comunista a la presentación de reivindicaciones democráticas aisladas (libertad de prensa, de

reunión, etcétera), lo que equivaldría a un reformismo liberal, o planteará las consignas democráticas más consecuentes? En el plano político, eso significa la representación popular basada en el sufragio universal.

Puede uno preguntarse si la Asamblea Constituyente democrática es “realizable” después de la derrota de la revolución en una China semicolonial rodeada por los imperialistas. Sólo es posible responder a esta pregunta por medio de conjeturas. Pero cuando se trata de una reivindicación, cualquiera que sea, formulada en las condiciones generales de la sociedad burguesa o en cierto estado de esta sociedad, el simple criterio de la posibilidad de su realización no es decisivo para nosotros. Es muy probable, por ejemplo, que el poder de la monarquía y la Cámara de los Loes no sean eliminados en Inglaterra antes de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado. A pesar de ello, el Partido Comunista inglés debe hacer figurar su abolición entre sus reivindicaciones parciales. No son las conjeturas empíricas sobre la posibilidad o imposibilidad de realizar cualquier reivindicación transitoria las que pueden resolver el problema. Es su carácter social e histórico el que decide: ¿es progresiva para el desarrollo ulterior de la sociedad? ¿Corresponde a los intereses históricos del proletariado? ¿Consolida su conciencia revolucionaria? En este sentido, reclamar la prohibición de los trusts es pequeño burgués y reaccionario; además, como lo ha demostrado la historia de Norte América, esta reivindicación es completamente utópica. En cambio, bajo determinadas condiciones, es totalmente progresivo y correcto exigir el control obrero sobre los trusts, aunque sea dudoso que se pueda lograr en el marco del estado burgués. El hecho de que esta reivindicación no sea satisfecha mientras domine la burguesía, debe empujar a los obreros al derrocamiento revolucionario de la burguesía. De esta forma, la imposibilidad política de realizar una consigna puede no ser menos fructífera que la posibilidad relativa de realizarla.

¿Llegará China, durante un cierto período, al parlamentarismo democrático? ¿En qué grado, con qué fuerza y duración? A este respecto, sólo podemos entregarnos a las conjeturas. Pero sería

fundamentalmente erróneo suponer que el parlamentarismo sea irrealizable en China y suponer que no debemos llevar a las camarillas del Kuomintang ante el tribunal del pueblo chino. La idea de la representación del pueblo entero, como lo ha mostrado la experiencia de todas las revoluciones burguesas, y en particular las que liberaron a las nacionalidades, es la más elemental, la más simple y la más apta para despertar el interés de amplias capas populares. Cuanto más se resista la burguesía que domina a esta reivindicación “del pueblo entero”, más se concentrará la vanguardia proletaria alrededor de nuestra bandera, más madurarán las condiciones políticas para la verdadera victoria sobre el estado burgués, sea el Gobierno militar del Kuomintang o un Gobierno parlamentario.

Se puede replicar: pero sólo se podrá convocar una verdadera Asamblea Constituyente a través de los soviets, es decir, a través de la insurrección. ¿No sería más sencillo comenzar por los soviets y limitarse a ellos? No, no sería más sencillo. Sería justamente poner el carro delante de los bueyes. Es muy probable que sólo sea posible convocar la Asamblea Constituyente por medio de los soviets, y que así esta Asamblea se convierta en superflua antes de haber visto la luz del día. Esto puede suceder, de la misma forma que puede no suceder. Si los soviets, por medio de los cuales podrá reunirse una “verdadera” Asamblea Constituyente, están ya allí, veremos si es todavía necesario proceder a esta convocatoria. Pero en la actualidad no existen soviets. No se podrá comenzar a establecerlos hasta que empiece un nuevo ascenso de las masas, que puede producirse dentro de dos o tres años, dentro de cinco años o de más. No existe tradición soviética en China. La Internacional Comunista ha desarrollado en este país una agitación contra los soviets, y no a favor de ellos. No obstante, mientras tanto, las cuestiones constitucionales se dedican a salir por todas las grietas.

A lo largo de su nueva etapa, ¿puede saltar la revolución china por encima de la etapa de la democracia formal? De lo que se ha dicho más arriba resulta que, desde un punto de vista histórico, no está excluida tal posibilidad. Pero es absolutamente inadmisibles que se aborde el problema limitándose a esta eventualidad, que es la menos probable y la más lejana. Es dar prueba de ligereza de

espíritu en el terreno político. El Congreso adopta sus decisiones para más de un mes, e incluso, como ya sabemos, para más de un año ¿Cómo se puede dejar a los comunistas chinos atados de pies y manos, tachando de oportunismo la forma de lucha política que, en la próxima etapa, puede adquirir la mayor importancia?

Sin duda alguna, al entrar en la vía de la lucha por la Asamblea Constituyente, se puede reanimar y reforzar a las tendencias mencheviques dentro del Partido Comunista Chino. No es menos importante combatir al oportunismo cuando la vida política se orienta hacia el parlamentarismo o hacia la lucha por su instauración que cuando se está en presencia de una lucha revolucionaria directa. Pero como ya se ha dicho, de ello deriva la necesidad de no tachar de oportunismo las consignas democráticas, sino de prever garantías y elaborar métodos de lucha bolcheviques a los que sirvan estas consignas. En grandes líneas, estos métodos y estas garantías son los siguientes:

1º El partido debe recordar que, con relación a su objetivo principal, la conquista del poder con las armas en la mano, las consignas democráticas no tienen más que un carácter secundario, provisional, pasajero, episódico. Debe explicarlo así. Su importancia fundamental reside en que permiten desembocar en la vía revolucionaria.

2º El partido debe, en la lucha por las consignas de la democracia, arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas de la pequeña burguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder dentro del estado no se obtiene por medio de las formas democráticas del voto, sino por medio de la propiedad y el monopolio de la enseñanza y el armamento.

3º Explotando a fondo las divergencias de puntos de vista que existan en el seno de la burguesía (pequeña y grande) con respecto a las cuestiones constitucionales, franqueando las diversas vías posibles hacia un campo de actividad abierta; combatiendo por la existencia legal de los sindicatos, de los clubes obreros, de la prensa obrera; creando donde y cuando sea posible organizaciones políticas legales del proletariado colocadas bajo la influencia directa del partido; tendiendo nada más sea posible a legalizar más o menos los diversos dominios de la actividad del partido (éste deberá, ante

todo, asegurar la existencia de su aparato ilegal, centralizado, que dirigirá todas las ramas de la actividad del partido, legal e ilegal).

4° El partido debe desarrollar un trabajo revolucionario sistemático entre las tropas de la burguesía.

5° La dirección del partido debe desenmascarar implacablemente todas las vacilaciones oportunistas que tiendan a una solución reformista de los problemas planteados al proletariado de China, debe separarse de todos los elementos que conscientemente se esfuerzan en subordinar el partido al legalismo burgués.

Sólo teniendo en cuenta estas condiciones asignará el partido a las distintas ramas de su actividad su justa proporción, no dejará pasar un nuevo cambio de la situación en el sentido de un nuevo reavivamiento revolucionario, entrará desde el comienzo en la vía de la creación de los soviets, movilizándolo a las masas alrededor de éstos, y los opondrá desde su creación al estado burgués, con todos sus camuflajes parlamentarios y democráticos.

Otra vez más sobre la consigna de la “dictadura democrática”

La consigna de la Asamblea Constituyente se opone tan poco a la fórmula de la dictadura democrática como a la de la dictadura del proletariado. El análisis teórico y la historia de nuestras tres revoluciones lo testifican.

La fórmula de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado fue en Rusia la expresión algebraica, o, dicho de otra forma, la expresión más general, la más amplia, de la colaboración del proletariado y las capas inferiores del campesinado en la revolución democrática. La lógica de esta fórmula provenía del hecho de que sus grandes componentes no habían sido juzgados en la acción. En particular, no había sido posible predecir de forma totalmente categórica si, en las condiciones de la nueva época, el campesinado sería capaz de convertirse en una nueva fuerza más o menos independiente, en qué medida lo sería, y qué relaciones políticas recíprocas entre los aliados resultarían de ello dentro de la dictadura. El año 1905 no había llevado la cuestión hasta el punto de una verificación decisiva; 1917 demostró que cuando el campesinado lleva sobre sus espaldas a un partido (los socialistas revolucionarios) independiente de la vanguardia del proletariado, este partido se encuentra colocado bajo la total dependencia de

la burguesía imperialista. A lo largo del período 1905-1917, la transformación imperialista, que trajo consigo el desarrollo de la democracia pequeño-burguesa así como el de la socialdemocracia internacional, se aceleró. Por eso, en 1917, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado se realizó verdaderamente por medio de la dictadura del proletariado, arrastrando consigo a las masas campesinas. Por ello mismo, el “transcrescimiento” de la revolución, pasando de la fase democrática al estadio socialista, se efectuó ya bajo la dictadura del proletariado. En China, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado habría podido tener una cierta lógica política, mucho más limitada y episódica que en Rusia, si hubiera sido formulada en el momento adecuado, en 1925-1926, para probar a las fuerzas vivificadoras de la revolución; hubiera sido sustituida, igualmente en el momento oportuno, por la de la dictadura del proletariado arrastrando a los campesinos pobres. Todo lo necesario al respecto ha sido dicho en la Crítica del proyecto de programa. Queda todavía por preguntarse: ¿no puede el período interrevolucionario actual, ligado a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase, favorecer el renacimiento de la consigna de la dictadura democrática? Más arriba hemos respondido: no, la hace desaparecer definitivamente. El período de la estabilización interrevolucionaria se corresponde con el crecimiento de las fuerzas productivas, con el desarrollo de la burguesía nacional, con el aumento numérico del proletariado y el desarrollo de su cohesión, con la acentuación de las diferencias en el campo y la acentuación de la degeneración capitalista en la democracia al estilo Wan Tin-Wei o cualquier otro demócrata pequeño-burgués con un “tercer partido”, etc. En otras palabras, China pasará por procesos análogos en sus grandes líneas a los que atravesó Rusia bajo el régimen del 3 de junio. Estábamos seguros, en aquel tiempo, de que dicho régimen no sería eterno, ni siquiera de larga duración, y de que desembocaría en una revolución (con la ayuda relativa de la guerra). Pero la Rusia que salió del régimen de Stolypin no era la misma que cuando empezó. Los cambios sociales que el régimen interrevolucionario introducirá en China dependen en particular de la duración de ese régimen. La tendencia general de esas modificaciones no es menos indiscutible desde ahora:

acentuación de las contradicciones de clase y eliminación completa de la democracia pequeño burguesa en tanto que fuerza política independiente. Pero esto significa justamente que, en la tercera revolución china, una coalición “democrática” de los partidos políticos tomaría un sentido más reaccionario y más antiproletario todavía de lo que lo fue el del Kuomintang en 1925-1927. No queda, pues, otra cosa que realizar que una coalición de las clases bajo la vanguardia proletaria. Es precisamente la vía de Octubre. Presenta muchas dificultades, pero no existe otra.

LA CONSIGNA DE LA ASAMBLEA NACIONAL EN CHINA [1]

2 de abril de 1930

Escritos Tomo 1, Volumen 3, 1929 - 1930

Me parece que nuestros amigos chinos enfocan la cuestión de las consignas políticas de la democracia de manera demasiado metafísica, incluso escolástica. Las “dificultades” comienzan con el nombre: asamblea constituyente o asamblea nacional. En Rusia utilizamos la consigna de asamblea constituyente hasta el momento de la Revolución, porque era la que subrayaba de la manera más enfática la ruptura con el pasado.

Pero ustedes dicen que es difícil formular esta consigna en idioma chino. Si es así, pueden plantear la consigna de asamblea nacional. Para la conciencia de las masas su contenido dependerá, en primer lugar, de las implicaciones que le dé la agitación revolucionaria y, en segundo lugar, de los acontecimientos. Me preguntan: “¿Es posible hacer agitación por una asamblea constituyente a la vez que se niega su factibilidad?” Pero, ¿por qué hemos de decidir de antemano que no es factible? Por supuesto, las masas sólo apoyaran la consigna si la consideran factible. ¿Quién instaurará la asamblea constituyente, y cómo funcionará? Sólo se puede especular. En caso de un debilitamiento mayor del régimen de los militares y el Kuomintang y de un creciente descontento de las masas, sobre todo de las ciudades, puede ser que un sector del Kuomintang, con algún “tercer partido”, intente convocar algo que se parezca a una asamblea nacional. Por supuesto, restringirán lo más posible los derechos de las clases y sectores más Oprimidos. Nosotros, los comunistas, ¿entraríamos en una asamblea nacional así restringida y manipulada? Si carecemos de las fuerzas suficientes para reemplazarla, es decir, para tomar el poder, es obvio que entraríamos. Esa etapa no nos debilitaría en lo más mínimo. Por el contrario, nos ayudaría a reunir y desarrollar las fuerzas de la vanguardia proletaria.

En esta asamblea espuria, y sobre todo fuera de la misma, desarrollaríamos nuestra agitación por una nueva asamblea más democrática. De existir una movilización revolucionaria de masas, simultáneamente construiríamos Soviets. Es muy posible que en ese caso los partidos pequeñoburgueses convoquen a una asamblea nacional relativamente más democrática, que sirva de dique de contención frente a los soviets. ¿Participaríamos en ese tipo de asamblea? Por supuesto que sí; nuevamente, sólo si careciéramos de fuerzas suficientes como para remplazarla con un tipo más elevado de gobierno, es decir, con soviets. Sin embargo, esa posibilidad surge solamente en la cumbre del ascenso revolucionario. En la actualidad, tal situación es lejana.

Aunque existieran soviets en China -y no es así -, ello no constituiría por sí sólo una razón suficiente para abandonar la consigna de asamblea nacional. La mayoría de los soviets podría estar -al principio estaría, con toda seguridad - en manos de organizaciones y partidos conciliadores y centristas. Nos convendría denunciarlos en la tribuna libre de la asamblea nacional.

De esta manera ganaríamos la mayoría más rápida y seguramente. Una vez lograda, contrapondríamos el programa de los soviets al programa de la asamblea nacional, agruparíamos a la mayoría del país bajo la bandera de los soviets y esto nos permitiría, en los hechos y no en las palabras, remplazar la asamblea nacional, institución democrático-parlamentaria, con los soviets, organismo de la dictadura revolucionaria de clase.

En Rusia la Asamblea Constituyente duró un solo día. ¿Por qué? Porque apareció demasiado tarde; el poder soviético ya existía y entró en conflicto con ella. En este conflicto, la Asamblea Constituyente representaba el ayer de la revolución. Pero supongamos que el Gobierno Provisional burgués hubiera tenido la suficiente iniciativa como para convocar la Asamblea Constituyente en marzo o abril. ¿Podía ser? Claro que sí. Los kadetes [2] emplearon todas las artimañas legales para postergar la convocatoria de la Asamblea Constituyente con la esperanza de que la marea revolucionaria entrara en reflujó. Los mencheviques y los social-revolucionarios siguieron a los kadetes. Si los mencheviques y los social-revolucionarios hubieran tenido un poco más de iniciativa

revolucionaria, habrían podido convocarla en pocas semanas. ¿Habríamos participado los bolcheviques en las elecciones y en la propia asamblea? Sin duda, porque éramos nosotros los que exigíamos que se convocara la Asamblea Constituyente lo antes posible. Una temprana convocatoria a la asamblea, ¿habría alterado el curso de la revolución en detrimento del proletariado? De ninguna manera. Tal vez ustedes recuerden que los representantes de las clases poseedoras rusas y, a la zaga de ellos, los conciliadores [3], estaban a favor de postergar la resolución de todos los problemas importantes de la revolución, “hasta la Asamblea Constituyente”, mientras demoraban la convocatoria de esta. Esto les daba a los terratenientes y capitalistas la oportunidad de enmascarar hasta cierto punto sus intereses de propietarios en la cuestión agraria, la cuestión industrial, etcétera. Si se hubiera convocado a la Asamblea Constituyente, digamos, en abril de 1917, la misma habría tenido que enfrentar todos los problemas sociales. En ese caso las clases poseedoras se habrían visto obligadas a poner todas sus cartas sobre la mesa; el papel traidor de los conciliadores habría salido a luz. El bloque bolchevique de la Asamblea Constituyente habría ganado gran popularidad y esto los habría ayudado a ganar la mayoría en los Soviets. En tales circunstancias la Asamblea Constituyente no habría durado un día sino, quizás, varios meses. Esto habría enriquecido la experiencia política de las masas trabajadoras, y antes que retrasar la revolución proletaria la habría adelantado.

Este hecho habría tenido una importancia enorme. De haberse producido la Segunda revolución en julio o agosto en lugar de octubre, el ejército hubiera estado menos exhausto y debilitado en el frente, y la paz con los Hohenzollern quizás nos habría resultado un poco más favorable. Aun suponiendo que la Asamblea Constituyente no adelantara la revolución proletaria un solo día, la escuela de parlamentarismo revolucionario habría dejado su marca en el nivel político de las masas, facilitando así nuestras tareas al día siguiente de la Revolución de Octubre.

¿Se puede dar esta variante en China? No está excluida. Imaginar y esperar que el Partido Comunista Chino salte de las actuales circunstancias –caracterizadas por el gobierno de camarillas militares-burguesas desenfrenadas, la opresión y atomización de la

clase obrera y el tremendo reflujo del movimiento campesino- a la toma del poder, es creer en milagros. En la práctica eso conduce a la actividad guerrillera aventurera, que la Comintern apoya bajo cuerda. Debemos repudiar esta política y advertir a los obreros revolucionarios al respecto.

En las circunstancias actuales -de contrarrevolución militar-burguesa- la primera tarea que debe resolverse es la movilización política del proletariado, que dirija a las masas campesinas. La fuerza de las masas oprimidas reside en su cantidad. Cuando despierten tratarán de expresar políticamente esa fuerza numérica mediante el sufragio universal. El puñado de comunistas ya sabe que el sufragio universal es un instrumento de la dominación burguesa, y que esa dominación sólo puede liquidarse por la dictadura proletaria. Ustedes pueden educar desde ya a la vanguardia proletaria en esta convicción. Pero los millones de trabajadores sólo se acercarán a la dictadura del proletariado a través de su propia experiencia política, y la asamblea nacional sería un paso más en esa senda. Por eso levantamos esta consigna junto con otras cuatro consignas de la revolución democrática: entrega de la tierra a los campesinos pobres, jornada laboral de ocho horas, independencia de China y derecho a la auto-determinación para las nacionalidades que habitan el territorio chino. Se entiende que no podemos descartar la perspectiva -teóricamente admisible- de que el proletariado chino, a la cabeza de las masas campesinas y apoyándose en los soviets, llegue al poder antes de que se constituya una asamblea nacional, cualquiera que sea su forma. Pero en el período inmediato esto resulta improbable, porque supone la existencia de un partido revolucionario del proletariado, poderoso y centralizado.

Ante la falta de éste, ¿qué otra fuerza unificará a las masas revolucionarias de ese gigantesco país? Mientras tanto, debemos lamentar que en China no haya un partido comunista fuerte y centralizado; es necesario crearlo. La lucha por la democracia es precisamente la condición necesaria para ello. La consigna de asamblea nacional uniría a los movimientos e insurrecciones regionales dispersos, les daría unidad política y sentaría las bases para la formación del partido comunista como dirigente del proletariado y de todas las masas trabajadoras a escala nacional.

Por eso se debe levantar la consigna de asamblea nacional -en base al voto universal, directo, igualitario y secreto- lo más enérgicamente posible y librar una lucha valiente y resuelta en torno a ella. Tarde o temprano la esterilidad de la posición puramente negativa de la Comintern y de la dirección oficial del Partido Comunista Chino saldrá inexorablemente a la luz. Esto ocurrirá con más rapidez, cuanto más resueltamente la Oposición de Izquierda comunista inicie y desarrolle su campaña por consignas democráticas. El derrumbe inevitable de la política de la Comintern fortalecerá enormemente a la Oposición de Izquierda y la ayudará a convertirse en la fuerza decisiva en el proletariado chino.

RESPUESTA A LOS OPOSICIONISTAS CHINOS [4]

22 de diciembre de 1929

Escritos Tomo 1, Volumen 2, 1929 - 1930

Estimados camaradas:

El 20 de diciembre recibí su carta del 15 de noviembre; tardó treinta y cinco días desde Shanghai a Constantinopla. Hay que suponer que mi respuesta tardará por lo menos lo mismo en llegarles a ustedes.

No podemos remediarlo. Ni el correo aéreo ni la radio están todavía al servicio de la Oposición. Lo más importante de la carta es el informe de que ya publicaron un programa de la Oposición china. Deben traducirlo inmediatamente a por lo menos un idioma europeo. Toda la Oposición Internacional debe tener la oportunidad de conocer ese documento tan importante.

Espero el programa con la mayor impaciencia. En su carta plantean dos cuestiones en relación con el programa: la Asamblea Constituyente y los estados unidos de Asia. La segunda es totalmente nueva; tengo que postergar mi respuesta al respecto hasta poder dedicarle un artículo especial. Responderé brevemente sobre el problema de la Asamblea Constituyente: El objetivo político del Partido Comunista Chino, debilitado e ilegalizado, no es movilizar solamente a los obreros sino también a las amplias capas sociales de la ciudad y el campo contra la dictadura militar-burguesa. Con este fin tenemos que utilizar la consigna más simple y lógica en las condiciones actuales, la Asamblea Constituyente. Hay que agitar incansablemente esta consigna ligándola con otras propias de la revolución democrática: la tierra para los campesinos pobres, la jornada de ocho horas, la independencia de China y el derecho de autodeterminación de los pueblos que la constituyen.

Hay que acompañar la agitación con la propaganda para que por

lo menos los sectores más avanzados del proletariado comprendan que el camino que lleva a la Asamblea Constituyente sólo puede pasar por la insurrección contra los usurpadores militares y la toma del poder por las masas populares.

El gobierno que surja de la revolución triunfante de los obreros y los campesinos sólo puede ser una dictadura del proletariado que dirija a la mayoría del pueblo explotado y oprimido. Pero hay que entender claramente la diferencia que media entre la perspectiva revolucionaria general, que debemos explicar incansablemente en nuestros artículos y charlas teóricas y propagandísticas, y la consigna política actual con la que, ya hoy, podemos movilizar a las masas organizándolas realmente contra el régimen de la dictadura militar.

Esa consigna política central es la de Asamblea Constituyente. En el proyecto de programa de la Oposición china, elaborado en Constantinopla por algunos camaradas chinos y extranjeros, nos referimos brevemente a esta consigna. Sé que mi joven amigo N. [5] les hizo llegar ese proyecto. Espero el proyecto de ustedes con la mayor impaciencia para poder juzgar, con los documentos en la mano, si hay diferencias entre ustedes y el camarada N. y si se justifica la existencia de dos grupos distintos. Tengo la obligación de abstenerme de formular juicio alguno sobre este importante problema hasta conocer bien los hechos y los documentos.

Me informan que los stalinistas chinos balearon a un opositor en las calles de Cantón. Por inaudito que pueda parecer este acto, no lo considero imposible.

Lenin acusó a Stalin en su “testamento” de tener una tendencia personal a abusar del poder, es decir a la violencia. Desde entonces esta característica se desarrolló monstruosamente en el aparato del Partido Comunista de la Unión Soviética y se extendió a la Internacional Comunista. Naturalmente, la dictadura del proletariado es inconcebible sin el uso de la fuerza, aun contra determinados sectores del propio proletariado.

Pero el estado obrero también necesita que la democracia obrera ejerza un control muy atento para que se sepa cómo, por qué y en nombre de quién se utiliza la violencia. Este problema se plantea de manera totalmente diferente en los países burgueses,

en los que el partido revolucionario constituye una pequeña minoría de la clase obrera y tiene que luchar para ganar la mayoría. En estas condiciones, el uso de la violencia contra los adversarios ideológicos - no contra los rompehuelgas, ni los provocadores, ni los fascistas que atacan por la espalda, sino los adversarios ideológicos, incluidos los obreros socialdemócratas honestos - es un crimen enorme y una locura que inevitablemente se vuelve en contra del propio partido revolucionario.

En la áspera lucha que libraron los bolcheviques contra los narodnikis y los mencheviques durante los quince años que precedieron a la Revolución de Octubre, nunca se emplearon métodos de violencia física. En cuanto al terror individual, nosotros los marxistas lo rechazamos aun en relación con los sátrapas zaristas. No obstante, recientemente los partidos comunistas, o mejor dicho sus aparatos, recurren cada vez con mayor frecuencia a la irrupción en los mítines y a otros métodos tendientes a suprimir automáticamente a los adversarios, fundamentalmente a la Oposición de Izquierda.

Muchos burócratas están sinceramente convencidos de que en eso consiste el verdadero bolchevismo. Se vengan en otros grupos proletarios de su impotencia frente al estado capitalista, y en consecuencia convierten a la policía burguesa en árbitro de nuestras diferencias.

Es difícil imaginar la depravación que engendra esta combinación de impotencia y violencia. Los jóvenes se acostumbran a considerar el puño un arma más segura que la discusión. En otras palabras, se estimula el cinismo político, lo que, más que cualquier otra cosa, prepara a los individuos para pasarse al campo fascista.

Hay que combatir implacablemente los métodos brutales y desleales del stalinismo, denunciándolos en la prensa y en las reuniones, impulsando en los obreros el odio y el desprecio a estos seudorrevolucionarios que, en lugar de apelar al cerebro, recurren a los golpes.

En cuanto al grupo de Chen Tu-hsiu,[6] estoy bien informado de la política que siguió en la época de la revolución, la de Stalin-Bujarin-Martinov, es decir, una política esencialmente menchevique de derecha. Sin embargo, el camarada N. me escribió que Chen

Tuhsiu, en base a la experiencia de la revolución, se acercó considerablemente a nosotros. Sobra decir que nuestra actitud debe ser la de darle la bienvenida. Sin embargo, en su carta ustedes cuestionan categóricamente el informe del camarada N. Incluso sostienen que Chen Tu-hsiu no rompió con la política de Stalin, que es una mezcla de aventurerista y oportunista. Hasta ahora no leí más que una declaración programática de Chen Tu-hsiu y por lo tanto no estoy en condiciones de pronunciarme sobre el problema.

En otros aspectos, creo que la solidaridad principista sobre la cuestión china sólo se puede basar en la respuesta clara a los puntos siguientes: En lo que se refiere a la primera etapa de la revolución china:

1) ¿Confirió el carácter antiimperialista de la revolución china el papel dirigente de la revolución a la burguesía “nacional” china (Stalin-Bujarin)?

2) ¿Fue correcta, aunque sea circunstancialmente, la consigna del .bloque de las cuatro clases.: la gran burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado (Stalin-Bujarin)?

3) ¿Fue admisible la entrada del Partido Comunista Chino en el Kuomintang y la admisión de éste en la Internacional Comunista (resolución del Politburó del Partido Comunista soviético)?

4) ¿Fue admisible, en interés de la Expedición al Norte, frenar la revolución agraria (directivas telegráficas impartidas en nombre del Politburó del Partido Comunista soviético)?

5) ¿Fue correcto renunciar a la consigna de soviets en 1925-1927 cuando se extendía el movimiento de los obreros y de los campesinos, (Stalin-Bujarin)?

6) ¿Se podía aceptar en China, aunque sea circunstancialmente, la consigna de Stalin de partido obrero campesino, es decir la vieja consigna de los narodnikis rusos?

En lo que se refiere a la segunda etapa:

7) ¿Fue correcta la resolución de la Internacional Comunista que afirmaba que el aplastamiento del movimiento obrero-campesino por el Kuomintang de derecha y de izquierda significaba la “ransición a una etapa superior de la revolución”. (Stalin-Bujarin)?

8) En esta situación, ¿fue correcta la consigna de insurrección lanzada por la Internacional Comunista?

9) ¿Fue correcta la táctica guerrillera, reimplantada por Ho Lung y Yeh-Ting [7] y aprobada por la Internacional en el momento de reflujo político de los obreros y los campesinos?

10) ¿Fue correcta la organización de la insurrección de Cantón por los agentes de la Internacional?

En lo que se refiere al pasado en general:

11) La lucha que entre 1924 y 1927 libró la Internacional Comunista contra la Oposición alrededor de la cuestión china, ¿fue una lucha del leninismo contra el trotskismo o, por el contrario, una lucha del menchevismo contra el bolchevismo?

12) La lucha que entre 1927 y 1928 libró la Internacional Comunista contra la Oposición, ¿fue una lucha del bolchevismo contra el "liquidacionismo" o, por el contrario, una lucha del aventurerismo contra el bolchevismo?

En lo que se refiere al futuro:

13) En las actuales circunstancias, con el triunfo de la contrarrevolución, ¿es necesario movilizar a las masas con consignas democráticas - especialmente la de Asamblea Constituyente -, como opina la Oposición, o hay condiciones para limitarse a la propaganda abstracta de la consigna de soviets, como resolvió hacerlo la Internacional?

14) ¿Tiene todavía algún contenido revolucionario la consigna de .dictadura democrática del proletariado y del campesinado., como cree la Internacional o, por el contrario, hay que liquidar esa fórmula disimulada del Kuomintang y explicar que en China el triunfo de la alianza de obreros y campesinos sólo puede conducir a la dictadura del proletariado?

15) ¿Es aplicable en China la teoría del socialismo en un solo país o, por el contrario, la revolución china sólo puede triunfar y llevar hasta sus últimas consecuencias sus objetivos como un eslabón más en la cadena de la revolución mundial?

Estos son, en mi opinión, los principales problemas a los que debe necesariamente responder el programa de la Oposición china. Son cuestiones muy importantes para toda la Internacional. La época de reacción que China atraviesa tiene que convertirse, como siempre sucedió, en una época de gran preocupación por los problemas teóricos. En la actualidad los jóvenes revolucionarios

chinos se caracterizan por su pasión por estudiar, por comprender, por abarcar el conjunto del problema. La burocracia, que carece de bases ideológicas, torna rígido el pensamiento marxista. Pero no me cabe duda de que en la lucha contra la burocracia surgirá de la vanguardia china del proletariado un núcleo de marxistas destacados que rendirá grandes servicios a toda la Internacional.

Con saludos opositoristas,
L. D. Trotsky

PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN ITALIANA [8]

14 de mayo de 1930

Escritos Tomo 1, Volumen 4, 1929 - 1930

Estimados camaradas:

Recibí la carta de ustedes del 5 de mayo. Les agradezco mucho este estudio del comunismo italiano en general y de sus distintas corrientes internas en particular.

Era muy necesario y me vino muy bien. Sería lamentable que el trabajo quedara en una simple carta.

Con algunos cambios, o resumiéndolo un poco, bien podría encontrar un lugar en las páginas de La Lutte de Classes. Si no tienen objeción, empezaré planteando una conclusión política general: considero que nuestra colaboración mutua es, a partir de ahora, perfectamente factible y aún muy deseable. Ninguno de nosotros se vale ni puede valerse de fórmulas políticas preestablecidas, válidas para todas las eventualidades de la vida. Pero creo que el método con el que ustedes encaran la determinación de las fórmulas políticas necesarias es acertado.

Solicitan ustedes mi opinión respecto de toda una serie de graves problemas políticos. Pero antes de intentar una respuesta, debo formular una reserva muy importante. Jamás conocí de cerca la vida política italiana, porque estuve muy poco tiempo en Italia, leo muy mal el italiano y, mientras cumplía tareas en la Internacional Comunista, no tuve ocasión de profundizar mi estudio de la realidad italiana.

Ustedes lo saben bien. Si no, ¿por qué habrían de tomarse el trabajo de elaborar un documento tan detallado para ponerme al tanto de los problemas pendientes? De todo lo anterior surge que mis respuestas, en la mayoría de los casos, revisten un carácter puramente hipotético. De ninguna manera puedo considerar

que las reflexiones que siguen son definitivas. Es muy posible y aun probable que, al examinar tal o cual cuestión, pierda de vista importantísimas circunstancias concretas de tiempo y lugar. Por eso quedo a la espera de sus objeciones, rectificaciones e información complementaria. En la medida en que, como espero, coincidimos en el método, esta será la mejor manera de llegar a una solución justa.

1. Ustedes me recuerdan que una vez critiqué la consigna de .asamblea republicana basada en comités obreros y campesinos que antes levantaba el Partido Comunista Italiano. Dicen que esta consigna tenía un valor puramente circunstancial y que en la actualidad se la ha abandonado. Sin embargo, quisiera decirles por qué considero que se trata de una consigna política errónea o, al menos, ambigua. La .asamblea republicana es, obviamente, una institución del estado burgués. ¿Qué son, en cambio, los “comités obreros y campesinos”? Es obvio que son una especie de pariente de los soviets obreros y campesinos. Si es así, hay que decirlo. Porque las organizaciones de clase de los obreros y campesinos pobres, llámense soviets o comités, siempre constituyen organizaciones de lucha contra el estado burgués, luego se convierten en órganos de la insurrección y, finalmente, después del triunfo, se transforman en organizaciones de la dictadura proletaria.

Siendo así, ¿cómo es posible que una asamblea republicana - organización suprema del estado burgués - se base en organizaciones del estado proletario? Quisiera recordarles que en 1917, antes de Octubre, Zinoviev y Kamenev, al oponerse a la insurrección, se pronunciaron a favor de esperar que se reuniera la Asamblea Constituyente para crear un “estado combinado” mediante la fusión de la Asamblea Constituyente y los soviets de obreros y campesinos. En 1919 fuimos testigos de la propuesta de Hilferding de inscribir a los soviets en la Constitución de Weimar. [9]

Hilferding, igual que Zinoviev y Kamenev, llamó a esto el “estado combinado”. Como pequeño burgués de nuevo tipo quería, en el momento mismo en que se producía un abrupto viraje de la historia, “combinar” un tercer tipo de estado mediante el casamiento de la dictadura proletaria con la dictadura de la burguesía bajo el signo de la constitución.

La consigna italiana señalada más arriba me parece una variante de esta tendencia pequeñoburguesa. Salvo que yo la haya interpretado mal. Pero en ese caso tiene el indiscutible defecto de prestarse a peligrosos malentendidos. Aprovecho la ocasión para rectificar un error verdaderamente imperdonable que cometieron los epígonos en 1924: habían descubierto un párrafo en el que Lenin afirmaba que podríamos vernos obligados a casar a los soviets con la Asamblea Constituyente. En mis escritos se puede encontrar una cita similar. Pero, ¿de qué se trataba, exactamente? Planteábamos el problema de una insurrección que traspasaría el poder al proletariado a través de los soviets. Cuando se nos preguntó qué haríamos, en tal caso, con la Asamblea Constituyente, respondimos: Veremos; tal vez la combinemos con los soviets. Para nosotros eso significaba una Asamblea Constituyente reunida bajo un régimen soviético, en la que los soviets fueran mayoría. Y como no sucedió, los soviets liquidaron la Asamblea Constituyente.

En otras palabras: se trataba de dilucidar la posibilidad de transformar la Asamblea Constituyente y los soviets en organizaciones de una misma clase, jamás de “combinar” una Asamblea Constituyente burguesa con los soviets proletarios. En un caso (con Lenin) se trataba de la formación de un estado proletario, su estructura y su técnica. En el otro (Zinoviev, Kamenev, Hilferding) se trataba de la combinación constitucional de dos estados correspondientes a clases enemigas en vistas de desviar una insurrección proletaria que hubiera tomado el poder.

2. El problema que acabamos de analizar (asamblea republicana), está íntimamente ligado a otro que ustedes analizan en la carta, a saber: ¿cuál será el carácter social de la revolución antifascista? Ustedes descartan la posibilidad de una revolución burguesa en Italia. Tienen absoluta razón. La historia no puede volver atrás un buen número de páginas, cada una de las cuales representa un lustro. El Comité Central del Partido Comunista Italiano trató una vez de evadir el problema proclamando que la revolución no sería burguesa ni proletaria sino “popular”. No es más que una repetición de lo que decían los populistas [narodnikis] rusos de principios de siglo al preguntárseles cuál sería el carácter de la revolución antizarista. Y es la misma respuesta que da la

Internacional Comunista para China y la India. Se trata simplemente de una variante seudorrevolucionaria de la teoría socialdemócrata de Otto Bauer [10] y Cía., que sostiene que el estado puede elevarse por encima de las clases, no ser burgués ni proletario. Esta teoría es tan perniciosa para el proletariado como para la revolución. En China transformó al proletariado en carne de cañón de la contrarrevolución.

Toda gran revolución es popular en el sentido de que arrastra a todo el pueblo. Tanto la Gran Revolución Francesa como la Revolución de Octubre fueron netamente populares. Sin embargo, la primera fue burguesa porque instituyó la propiedad individual, mientras que la segunda fue proletaria porque abolió la propiedad individual. Sólo unos pocos revolucionarios pequeñoburgueses irremediabilmente atrasados pueden seguir soñando con una revolución que no sea burguesa ni proletaria sino “popular” (vale decir, pequeño-burguesa).

Ahora bien, en la época imperialista, la pequeña burguesía es incapaz no sólo de dirigir una revolución sino incluso de desempeñar un papel independiente en la misma. De manera que la fórmula de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” Constituye una cortina para la concepción pequeñoburguesa de la revolución transicional y el estado transicional, es decir una revolución y un estado que no pueden tener cabida en Italia, ni siquiera en la India atrasada.

Un revolucionario que no tenga una posición clara e inequívoca respecto de la cuestión de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado está condenado a caer en un error tras otro. En cuanto a la revolución antifascista, la cuestión italiana está más que nunca ligada íntimamente a los problemas fundamentales del comunismo mundial, vale decir a la llamada teoría de la revolución permanente. [11]

3. A partir de todo lo anterior surge el problema del periodo “transicional” en Italia. En primerísimo lugar, hay que responder claramente: ¿transición de qué a qué? Un período de transición de la revolución burguesa (o “popular”) a la revolución proletaria, es una cosa.

Un período de transición de la dictadura fascista a la dictadura

proletaria, es otra cosa. Si se contempla la primera concepción, se plantea en primer término la cuestión de la revolución burguesa, y sólo se trata de determinar el papel del proletariado en la misma. Sólo después quedará planteada la cuestión del período transicional hacia la revolución proletaria. Si se contempla la segunda concepción, entonces se plantea el problema de una serie de batallas, convulsiones, situaciones cambiantes, virajes abruptos, que en su conjunto constituyen las distintas etapas de la revolución proletaria.

Puede haber muchas etapas. Pero en ningún caso pueden implicar la revolución burguesa o ese misterioso híbrido, la .revolución popular. ¿Significa esto que Italia no puede convertirse nuevamente, durante un tiempo, en un estado parlamentario o en una “república democrática”? Considero – y creo que en esto coincidimos plenamente - que esa eventualidad no está excluida. Pero no será el fruto de una revolución burguesa sino el aborto de una revolución proletaria insuficientemente madura y prematura.

Si estalla una profunda crisis revolucionaria y se dan batallas de masas en el curso de las cuales la vanguardia proletaria no tome el poder, posiblemente la burguesía restaure su dominio sobre bases “democráticas”. ¿Puede decirse, por ejemplo, que la actual república alemana es una conquista de la revolución burguesa? Sería absurdo afirmarlo. Lo que se dio en Alemania en 1918-1919 fue una revolución proletaria, engañada, traicionada y aplastada por la falta de dirección. Pero, no obstante, la contrarrevolución burguesa se vio obligada a adaptarse a las circunstancias provocadas por esta derrota de la revolución proletaria a tomar la forma de una república parlamentaria “democrática”. ¿Se puede excluir la misma variante – o una parecida - en Italia? No, no se la puede excluir. El fascismo llegó al poder porque la revolución proletaria de 1920 no llegó hasta el final. Sólo una nueva revolución proletaria puede derrocar al fascismo. Si esta vez tampoco está destinada a triunfar (por la debilidad del Partido Comunista, las maniobras y traiciones de los socialdemócratas, francmasones, católicos), el estado “transicional” que la burguesía se verá obligada a edificar sobre las ruinas de su forma fascista de gobierno no podrá ser otra cosa que un estado parlamentario y democrático.

¿Cuál es el objetivo a largo plazo de Concentración Antifascista? Esta prevé la caída del estado fascista ante una insurrección del proletariado y las masas oprimidas en general y se prepara a frenar esta movilización, a paralizarla y desviarla para que el triunfo de la contrarrevolución renovada aparezca como una supuesta victoria de la revolución democrático-burguesa. Si se pierde de vista un solo instante esta dialéctica de las fuerzas sociales vivas, se corre el riesgo de embrollarse irremediablemente y desviarse del camino recto.

Creo que entre nosotros no debe existir el menor malentendido al respecto.

4. ¿Significa esto que los comunistas rechazamos de plano todas las consignas democráticas, todas las consignas transicionales o preparatorias, y levantamos únicamente la de dictadura proletaria? Sería hacer gala de un sectarismo estéril, doctrinario. En ningún momento aceptamos que basta con un solo salto revolucionario para cubrir la distancia que separa el régimen fascista de la dictadura proletaria. Nosotros no negamos el período de transición y sus consignas transicionales, incluidas las democráticas. Pero es precisamente con la ayuda de estas consignas transicionales, que siempre constituyen el punto de partida del camino hacia la dictadura proletaria, que la vanguardia comunista deberá ganar al conjunto de la clase obrera y que ésta deberá unificar a su alrededor a todas las masas oprimidas de la nación. Y ni siquiera excluyo la posibilidad de una asamblea constituyente que, en ciertas circunstancias, podría ser impuesta por la marcha de los acontecimientos o, más precisamente, por el proceso del despertar revolucionario de las masas oprimidas.

Es cierto que en una perspectiva histórica de muchos años el destino de Italia se reduce a la siguiente alternativa: fascismo o comunismo. Pero afirmar que esta alternativa ha penetrado en la conciencia de las masas oprimidas de la nación es caer en la ilusión de que ya está resuelta la colosal tarea que se le plantea en toda su magnitud al débil Partido Comunista. Si, por ejemplo, estalla ya una crisis revolucionaria en los próximos meses (provocada por la crisis económica por un lado, y por la influencia revolucionaria proveniente de España [12] por el otro), es seguro que las masas trabajadoras,

tanto obreras como campesinas, unirán a sus reivindicaciones económicas las consignas democráticas (tales como libertad de reunión, de prensa, de organización sindical, de representación democrática en el parlamento y las municipalidades). ¿Significa esto que el Partido Comunista debe rechazar estas reivindicaciones? Todo lo contrario. Deberá combatir por ellas con la mayor audacia y resolución, porque no se puede imponer una dictadura proletaria sobre las masas populares.

Sólo se la puede realizar luchando – luchando hasta el fin – por todas las consignas transicionales, las reivindicaciones y las necesidades de las masas y a la cabeza de las masas.

Debe recordarse aquí que el bolchevismo no llegó al poder enarbolando la consigna abstracta de dictadura del proletariado. Combatimos por la asamblea constituyente de manera mucho más audaz que los demás partidos. Dijimos a los campesinos. ¿Exigen una distribución igualitaria de la tierra? Nuestro programa agrario es mucho más completo. Pero sólo nosotros, y nadie más, les ayudaremos a acceder a la utilización igualitaria de la tierra. Para eso, deben apoyar a los obreros. Respecto a la guerra, les dijimos a las masas populares: “Nuestra tarea, como comunistas, es hacer la guerra a todos los opresores. Pero ustedes no están dispuestas a ir tan lejos. Quieren escapar de la guerra imperialista. Sólo los bolcheviques las ayudarán a lograrlo”. Aquí no me refiero al problema de cuáles deben ser exactamente las consignas centrales para el período de transición en Italia ahora mismo, en el año 1930. Para esbozarlas y hacer las rectificaciones necesarias precisa y oportunamente, se requiere un conocimiento de la vida interna de Italia y un contacto estrecho con sus masas trabajadoras, que superan mis posibilidades. Porque además de contar con un método correcto, es necesario escuchar a las masas. Yo sólo quiero indicar en términos generales cuál es el lugar que ocupan las consignas transicionales en la lucha del comunismo contra el fascismo y contra la sociedad burguesa en general.

5. Sin embargo, a la vez que levantamos tal o cual consigna democrática, debemos combatir implacablemente la charlatanería democrática en todas sus formas. La “república democrática obrera”, consigna de la socialdemocracia italiana, es un ejemplo

de esa charlatanería mezquina. La república obrera no puede ser sino un estado clasista proletario. La república democrática no es sino una máscara del estado burgués. La combinación de ambas no es sino una ilusión pequeñoburguesa de la base socialdemócrata (obreros, campesinos) y una mentira descarada de la dirección socialdemócrata (Turati, Modigliani [13] y demás individuos de esa calaña). Permítanme repetir al pasar que me opuse y me opongo a la consigna de .asamblea republicana basada en los comités de obreros y campesinos, precisamente porque esta fórmula se parece a la consigna socialdemócrata de “república democrática obrera” y, en consecuencia, puede dificultar enormemente la lucha contra la socialdemocracia.

6. La afirmación de la dirección oficial [del Partido Comunista] de que la socialdemocracia italiana ya no existe políticamente es una teoría para consolar a los optimistas burocráticos que sólo quieren ver soluciones acabadas allí donde se plantean grandes tareas. El fascismo no liquida a la socialdemocracia; por el contrario, la preserva. Ante los ojos de las masas, la socialdemocracia, en parte víctima del régimen, no es responsable de que el fascismo se haya impuesto. Así ganan nuevos adeptos y se fortalecen los antiguos. Y llegará un momento en que la socialdemocracia sacará beneficios políticos de la sangre de Matteotti, [14] como hizo la antigua Roma con la sangre de Cristo.

Por eso no se descarta que en el período inicial de la crisis revolucionaria la dirección esté principalmente en manos de la socialdemocracia. Si la movilización arrastra inmediatamente a grandes masas y si el Partido Comunista tiene una política correcta, bien puede suceder que la socialdemocracia quede reducida a cero en poco tiempo.

Pero esa sería una tarea a cumplir, no un logro ya alcanzado. Es imposible pasar por alto este problema; hay que resolverlo.

Permítanme recordar aquí que Zinoviev, y luego los Manuilskis y Kuusinens, anunciaron en dos o tres ocasiones que la socialdemocracia en realidad ya no existía. En 1925, la Comintern, en la declaración al partido francés escrita por la mano irresponsable de Lozovski, decretó asimismo que el Partido Socialista francés había desaparecido definitivamente de la escena. La Oposición

de Izquierda siempre se pronunció enérgicamente en contra de este juicio tan falto de seriedad. Sólo un imbécil total o un traidor buscarían convencer a la vanguardia proletaria de Italia de que la socialdemocracia italiana ya no puede desempeñar el mismo papel que cumplió la socialdemocracia alemana en la revolución de 1918.

Podría objetarse que la socialdemocracia no podrá traicionar nuevamente al proletariado italiano como lo hizo en 1920. ¡Es una ilusión y un autoengaño! El proletariado fue engañado demasiadas veces en la historia, primero por el liberalismo y luego por la socialdemocracia. Más importante aún, no podemos olvidar que desde 1920 han transcurrido diez años, y desde el advenimiento del fascismo ocho. Los niños que tenían diez y doce años en 1920-1922 y que presenciaron los actos de los fascistas son hoy la nueva generación de obreros y campesinos que combatirá heroicamente al fascismo, pero que carece de experiencia política. Los comunistas sólo entrarán plenamente en contacto con el movimiento de masas durante la revolución y, en las circunstancias más favorables, necesitarán meses para desenmascarar y demoler a la socialdemocracia, la que - repito - no fue liquidada sino preservada por el fascismo.

Para terminar, dos palabras acerca de un importante problema de hecho, sobre el cual no puede haber dos opiniones distintas entre nosotros. ¿Pueden o deben los militantes de la Oposición de Izquierda renunciar deliberadamente al partido? De ninguna manera. Salvo raras excepciones (que fueron errores), ninguno de nosotros lo hizo. Pero no tengo una idea clara de lo que se le exige a un camarada italiano para desempeñar tal o cual función en el partido en las circunstancias actuales. No puedo decir nada concreto al respecto, salvo que ninguno de nosotros puede permitir que un camarada se acomode a una posición política falsa o equívoca ante el partido o las masas para evitar la expulsión.

Un apretón de manos,
León Trotsky

TAREAS Y PELIGROS DE LA REVOLUCIÓN EN LA INDIA [15]

30 de mayo de 1930

La India es el clásico país colonial, así como Gran Bretaña es la clásica metrópoli. Toda la perversidad de las clases dominantes y todas las formas de opresión que el capitalismo ha utilizado contra los pueblos atrasados de Oriente encuentra su síntesis más completa y atroz en la historia de la gigantesca colonia a la que los imperialistas británicos se pegaron como sanguijuelas desde hace un siglo y medio. La burguesía inglesa se ha empeñado en cultivar todos los vestigios de barbarie y todas las instituciones medievales que sirven para la explotación del hombre por el hombre.

Obligó a sus agentes feudales a adaptarse a la explotación colonial capitalista e hizo de ellos su vínculo, su órgano, su correa de transmisión hacia las masas. Los imperialistas británicos se jactan de sus ferrocarriles, canales y empresas industriales en la India, en las que invirtieron cerca de cuatro mil millones de dólares oro. Entre bombos y platillos, los exegetas del imperialismo comparan a la India contemporánea con la India anterior a la ocupación colonial. Pero, ¿quién puede dudar un instante de que una nación privilegiada, de trescientos veinte millones de habitantes, se desarrollaría de manera infinitamente más veloz y más próspera, si se sacudiera el yugo del pillaje sistemático y organizado? Basta con mencionar los cuatro mil millones de dólares que representa la inversión británica en la India para imaginar lo que Gran Bretaña saca de la India en cinco o seis años.

A pesar de no dar a la India sino lar dosis precisas de tecnología y cultura para facilitar la explotación de la riqueza del país, el Shylock del Támesis no podía impedir la difusión, cada vez más amplia, de las ideas de independencia económica y nacional entre las masas.

Como ocurre en las naciones burguesas más viejas, las numerosas nacionalidades de la India sólo pueden fundirse en una nación única mediante una revolución que las unifique

cada vez más estrechamente. Pero a diferencia de los países más viejos, esta revolución en la India es una revolución colonial dirigida contra la opresión extranjera. Es, además, la revolución de una nación históricamente atrasada en la que la servidumbre feudal, las divisiones de casta y aun la esclavitud coexisten con los antagonismos de clase de la burguesía y el proletariado, los que se exacerbaban enormemente en el último período.

El carácter colonial de la revolución de la India contra uno de los opresores más poderosos, en cierta medida enmascara los antagonismos sociales internos del país, sobre todo a los ojos de quienes sacan ventaja de ese encubrimiento. En realidad, la necesidad de deshacerse del sistema de opresión colonial, cuyas raíces están imbricadas en la vieja explotación indígena, exige a las masas indias un tremendo esfuerzo revolucionario, lo que de por sí le otorga una enorme envergadura a la lucha de clases. El imperialismo británico no abandonará voluntariamente sus posiciones; mientras le menea humildemente el rabo a Estados Unidos, empeñará hasta la última gota de energía y toda su malicia para aplastar a la India insurgente.

Se trata, por cierto, de una gran lección de la historia. La revolución india, aun en esta etapa en la que no se ha librado del traicionero liderazgo de la burguesía nacional, es aplastada por el gobierno "socialista" de Macdonald. Las sangrientas represalias de estos canallas de la Segunda Internacional, quienes prometen instituir el socialismo en forma pacífica en sus propios países, son una muestra de lo que el imperialismo británico le tiene reservado a la India. Las placenteras deliberaciones socialdemócratas sobre cómo conciliar los intereses de la Inglaterra burguesa con los de la India democrática constituyen el complemento necesario para las sangrientas represiones de Macdonald, que siempre está dispuesto, entre masacre y masacre, a enviar la enésima comisión de reconciliación.

La burguesía británica comprende perfectamente bien que la pérdida de la India no sólo significaría el estrepitoso derrumbe de su poderío mundial, que ya se encuentra en avanzado estado de descomposición, sino también una catástrofe social interna. Se trata de una lucha de vida o muerte. Todas las fuerzas comenzarán

a actuar. Esto significa que la revolución deberá movilizar todos sus recursos. Millones de personas se han puesto en movimiento. Desplegaron tal poder espontáneo que la burguesía nacional se vio obligada a actuar para controlar la movilización y mellar su filo revolucionario.

El movimiento de resistencia pasiva de Gandhi [16] es el nudo táctico que ata la ingenuidad y abnegada ceguera de las masas pequeñoburguesas dispersas a las traicioneras maniobras de la burguesía liberal. El hecho de que el presidente de la Asamblea Legislativa de la India, la institución oficial para la connivencia con el imperialismo, haya abandonado su puesto para ponerse al frente del boicot a los productos ingleses es profundamente simbólico.

“Demostraremos - dice la burguesía nacional a los gentleman del Támesis - que les somos indispensables, que no pueden acallar a las masas sin nuestro concurso; pero este concurso tiene su precio”. Macdonald responde encarcelando a Gandhi. Es posible que el lacayo exceda las intenciones del amo, porque despliega un celo que excede sus deberes para demostrar que está por encima de toda sospecha. Es posible que los conservadores, imperialistas serios y fogeados, no hubieran ido tan lejos en esta etapa.

Pero, por otra parte, los dirigentes nacionales de la resistencia pasiva necesitan esta represión para dar lustre a sus alicaídas reputaciones. Macdonald les presta este servicio. Mientras masacra a los obreros y campesinos, arresta a Gandhi después de avisarle con la suficiente antelación, tal como hacía el Gobierno Provisional ruso con los Kornilovs y Denikins.

Si la India es un componente del dominio interno de la burguesía británica, el dominio imperialista del capital británico sobre la India no es menos componente del orden interno indio. La cuestión no puede reducirse a la mera expulsión de algunas decenas de miles de explotadores foráneos. No se puede separar a éstos de los opresores internos, y cuanto más se fortalezca la presión de las masas, menor será el deseo de los opresores nacionales de separarse de los extranjeros. Así como en Rusia la liquidación del zarismo y sus deudas con el capital financiero mundial sólo fue posible porque el campesinado debió abolir la monarquía para abolir a los grandes terratenientes, en la India la lucha contra la opresión extranjera

deriva, para las masas innumerables de campesinos oprimidos y semipauperizados, de la necesidad de liquidar a los terratenientes feudales, a sus agentes e intermediarios, los funcionarios locales y los prestamistas usureros.

El campesino indio quiere una distribución “equitativa” de la tierra. Esa es la base de la democracia. Y es al mismo tiempo la base social de la revolución democrática en su conjunto.

En la primera etapa de su lucha, los campesinos atrasados, inexpertos y dispersos, que en cada aldea se oponen a los representantes individuales del odiado régimen, siempre recurren a la resistencia pasiva. Dejan de pagar el arriendo o los impuestos, escapan a la selva, desertan del servicio militar, etcétera. Las fórmulas tolstoianas de resistencia pasiva fueron en cierto sentido la primera etapa del despertar revolucionario de las masas campesinas rusas. El gandhismo es lo mismo en relación a las masas populares de la India. Cuanto más “sincero” se muestra Gandhi personalmente, más útil resulta a los amos para disciplinar a las masas. El apoyo que presta la burguesía a la resistencia pasiva ante el imperialismo es sólo la condición preliminar para su resistencia sangrienta ante las masas revolucionarias.

La historia registra más de una ocasión en que los campesinos pasaron de las formas pasivas de lucha a las guerras más encarnizadas y sangrientas contra sus enemigos inmediatos: los terratenientes, los funcionarios locales, los prestamistas usureros. En la Edad Media hubo muchas guerras campesinas en Europa; también abundaron las implacables represalias contra ellos. Tanto la resistencia pasiva como las insurrecciones sangrientas de los campesinos sólo pueden transformarse en revolución bajo la dirección de una clase urbana, que luego asume el liderazgo de la nación revolucionaria y, después de la victoria, se convierte en depositaria del poder revolucionario. En la época actual, esa clase es únicamente el proletariado, también en Oriente.

Es cierto que el proletariado indio es numéricamente menor incluso que el proletariado ruso en vísperas de 1905 y 1917. Esta realidad de un proletariado relativamente poco numeroso era el principal argumento de todos los filisteos, de todos los Martinovs, de todos los mencheviques contra la perspectiva de la revolución

permanente. La concepción de que el proletariado ruso, empujando a la burguesía a un lado, pudiera ponerse a la cabeza de la revolución agraria del campesinado, fomentarla y elevarse sobre esa ola a la dictadura revolucionaria les parecía fantástica. Se creían realistas cuando confiaban en que la burguesía liberal, apoyándose en las masas de la ciudad y el campo, realizaría la revolución democrática. Pero resulto que las estadísticas de población no son un índice del papel económico y político de las distintas clases. La Revolución de Octubre lo demostró de una vez por todas, y de la manera más convincente.

Si hoy el proletariado indio es numéricamente menor que el ruso, eso no significa que sus posibilidades revolucionarias sean menores; la debilidad numérica del proletariado ruso en comparación con el norteamericano y el británico no fue un obstáculo para la instauración de la dictadura del proletariado en Rusia. Por el contrario, todas las peculiaridades sociales que hicieron posible e inevitable la Revolución de Octubre existen en la India y en forma agravada. En este país de campesinos pobres, la hegemonía de la ciudad no es menos real que en la Rusia zarista. La concentración del poder industrial, comercial y bancario en manos de la gran burguesía, principalmente de la burguesía extranjera, y el rápido crecimiento del proletariado industrial, excluyen la posibilidad de que la pequeña burguesía urbana, y aun los intelectuales, desempeñen un papel independiente. Esto transforma la mecánica política de la revolución en una pugna entre el proletariado y la burguesía por la dirección de las masas campesinas.

Falta una “sola” condición: un partido bolchevique. Y ése es, en este momento, el meollo del problema. Hemos visto cómo Stalin y Bujarin aplicaron en China la concepción menchevique de la revolución democrática. Armados de un poderoso aparato, pudieron aplicar las fórmulas mencheviques en la acción y por eso se vieron obligados a llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Para garantizar el papel dirigente de la burguesía en la revolución burguesa (esta es la concepción fundamental del menchevismo ruso), la burocracia stalinista transformó al joven Partido Comunista Chino en una sección subordinada del partido burgués nacional. Según los términos del acuerdo oficial suscrito por Stalin y Chiang

Kai-shek (por intermedio del actual comisario del pueblo de educación, Bubnov), [17] los comunistas recibían sólo un tercio de los Puestos en el Kuomintang. Con ello el partido del proletariado entró a la revolución como cautivo oficial de la burguesía, con la bendición de la Comintern. El resultado es conocido: La burocracia stalinista destruyó la revolución china. Fue un crimen político sin precedentes en la historia.

Junto con la idea reaccionaria del socialismo en un solo país, en 1924 Stalin levantó la consigna de “partidos biclasistas” obreros y campesinos. para la India, igual que para todos los países de Oriente. Con esta consigna se buscaba nuevamente impedir que el proletariado tuviera un partido y una política independientes.

Desde entonces el pobre Roy se convirtió en apóstol del partido .popular. o .democrático. supraclasista que todo lo engloba. La historia del marxismo, los procesos del siglo XIX, la experiencia de tres revoluciones rusas, nada, nada de esto hizo mella en estos caballeros. Todavía no han comprendido que el “partido obrero y campesino” sólo es concebible bajo la forma de un Kuomintang, es decir, de un partido burgués que arrastra a los obreros y campesinos para traicionarlos y aplastarlos después. La historia jamás conoció otra clase de partido supraclasista, global. Después de todo, Roy – el agente de Stalin en China, el profeta de la lucha contra el “trotskismo” y el ejecutor del “bloque de las cuatro clases” martinovista - fue el chivo emisario de los crímenes de la burocracia stalinista luego de la inevitable derrota de la revolución china.

En la India se han malgastado seis años en experimentos agotadores y desmoralizantes para realizar la fórmula stalinista de los partidos biclasistas obreros y campesinos. Los resultados están a la vista: partidos .obreros y campesinos provinciales débiles, que vacilan, avanzan a los tropiezos o simplemente se desintegran y desaparecen en el preciso instante en que se supone que deberían actuar, en el momento de ascenso revolucionario. Pero no hay un partido proletario.

Deberá formarse al calor de los acontecimientos. Y para ello es necesario remover la montaña de escombros creada por la dirección burocrática. ¡Esa es la situación! Desde 1924 la dirección de la Comintern hizo todo lo posible para que el proletariado

indio quede impotente, para debilitar la voluntad de la vanguardia proletaria, para cortarle las alas.

Mientras Roy y otros discípulos de Stalin malgastaban años valiosos en la elaboración de un programa democrático para un partido supraclasista, la burguesía nacional aprovechó esa circunstancia al máximo para tomar el control de los sindicatos.

En la India se ha creado un Kuomintang, no como partido político sino como .partido. dentro de los sindicatos. Ahora, empero, asustados por su propia obra, sus creadores se hicieron a un lado, calumniando a los “ejecutores”. Esta vez, los centristas saltaron hacia la “izquierda”, pero la situación no mejoró con ello. La posición oficial de la Internacional Comunista respecto de los problemas de la revolución en la India es un embrollo tan miserable que parece creado especialmente para desorientar a la vanguardia proletaria y llevarla a la desesperación. La mitad de las veces ocurre porque la dirección trata constante y conscientemente de ocultar sus errores de la víspera. La otra mitad de la confusión hay que atribuirla a la impotencia del centrismo.

Aquí no nos referimos al programa de la Comintern, que le atribuye un papel revolucionario a la burguesía colonial y aprueba totalmente los inventos de Brandler y Roy, que siguen utilizando el ropaje de Martinov y Stalin. Tampoco nos referimos a las innumerables ediciones del libro de Stalin Problemas del leninismo, en el que continúa, en todos los idiomas del mundo, la exposición sobre los partidos biclasistas de obreros y campesinos. No. Nos limitamos al presente a la manera en que se plantea hoy la cuestión de Oriente, en consonancia con los errores terceristas de la Comintern.

La consigna central de los stalinistas, tanto en la India como en China, sigue siendo la dictadura democrática de obreros y campesinos. Nadie sabe, nadie explica, porque nadie lo comprende, qué significa hoy esta consigna, en el año 1930, después de la experiencia de los últimos quince años. ¿En qué se diferencia la dictadura democrática de obreros y campesinos de la dictadura del Kuomintang, que masacró a los obreros y campesinos? Los Manuilskis y Kuusinens responder, quizás, que hablan de la dictadura de tres clases (obreros, campesinos y pequen a burguesía urbana)

y no de cuatro como en China, donde Stalin tuvo tanto éxito en atraer al bloque a su aliado Chiang Kai-shek.

Si es así, respondemos, traten de explicarnos porqué rechazan a la burguesía nacional como aliado en la India, esa misma burguesía nacional por la que expulsaron y luego encarcelaron del Partido Comunista Chino a los bolcheviques que la repudiaron. China es un país semicolonial. En China no existe una poderosa casta de señores feudales y sus agentes. Pero la India es un país colonial clásico, con poderosos vestigios del régimen de castas feudal. Si Stalin y Martinov dedujeron el papel revolucionario de la burguesía china de la presencia de la opresión foránea y los remanentes feudales en ese país, en la India cada una de estas razones actúa con doble fuerza. Esto significa que la burguesía india, según una interpretación estricta del programa de la Comintern, tiene un derecho infinitamente mayor a exigir su integración en el bloque stalinista (de cuatro clases) que la burguesía china con su inolvidable Chiang Kai-shek y su "leal" Wan Tin-wei. Pero dado que éste no es el caso, ya que, a pesar de la opresión del imperialismo británico y la herencia de la Edad Media, la burguesía india sólo es capaz de desempeñar un papel contrarrevolucionario y no revolucionario ¡ustedes deben repudiar implacablemente la política traidora aplicada en China y corregir inmediatamente su programa, en el que esta política dejó rastros pusilánimes pero siniestros!

Pero esto no agota el problema. Si en la India se construye un bloque sin la burguesía y contra la burguesía, ¿quién lo dirigirá? Los Manuiskis y Kuusinens responderán quizás con la altiva indignación de siempre. Pues el proletariado, claro está!. Bien, respondemos, perfectamente. Pero si la revolución india se desarrollará en base a un bloque de los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía; si este bloque combatirá no sólo al imperialismo y al feudalismo sino también a la burguesía nacional, estrechamente ligada a los mismos en todos los problemas fundamentales; si a la cabeza de este bloque estará el proletariado; si este bloque solamente llega a la victoria barriendo a sus enemigos mediante una insurrección armada y de esta manera eleva al proletariado a la función de verdadero dirigente de toda la nación, en ese caso se plantea el interrogante: ¿quién ejercerá el poder después de la victoria, si

no es el proletariado? Y en ese caso, ¿cuál es la diferencia entre la dictadura democrática de obreros y campesinos y la dictadura del proletariado, que lidera a los campesinos? En otras palabras, ¿cuál es la diferencia entre la hipotética dictadura de obreros y campesinos y el régimen que instauró la Revolución de Octubre?

No hay respuesta a esta pregunta. No puede haberla. El curso del proceso histórico ha convertido a la “dictadura democrática” en una ficción hueca, y también en una trampa traicionera para el proletariado. ¡Bonita consigna, que da lugar a dos interpretaciones diametralmente opuestas: una, la dictadura del Kuomintang, otra, la dictadura de Octubre! Pero se excluyen mutuamente. En China los stalinistas interpretaron la dictadura democrática, de dos maneras, primero como una dictadura del Kuomintang de derecha, después como una dictadura de la izquierda. ¿Cómo la explican en la India? Se quedan callados. Se ven obligados a mantener silencio por temor a abrir los ojos de sus partidarios ante sus crímenes. Esta conspiración de silencio es en realidad una conspiración contra la revolución india. Y todo el clamor extremadamente izquierdista o ultraizquierdista actual no mejora las cosas en un ápice, porque las victorias de la revolución no se logran con clamores y ruidos Sino con claridad política.

Pero lo dicho no alcanza para desenredar la madeja. Algunos hilos quedan enredados precisamente en este punto. A la vez que le dan a la revolución un carácter democrático abstracto y le permiten llegar a la dictadura del proletariado sólo después de establecida alguna especie de “dictadura democrática” mística o supersticiosa, nuestros estrategias rechazan la consigna política central de toda movilización democrática revolucionaria, precisamente la consigna de asamblea constituyente. ¿Por qué? ¿Sobre qué base? Es absolutamente incomprendible. Para el campesino, revolución democrática significa igualdad, principalmente reparto equitativo de la tierra. La igualdad ante la ley depende de esa igualdad previa. La asamblea constituyente, donde formalmente los representantes de todo el pueblo ajustan sus cuentas con el pasado, pero donde en realidad las distintas clases ajustan sus cuentas recíprocas, es la expresión generalizada, natural e inevitable de las tareas democráticas de la revolución, no sólo en la conciencia de las

masas campesinas que despiertan sino también en la conciencia de la propia clase obrera.

Nos extendimos sobre este punto con respecto a China, y no vemos la necesidad de repetirlo aquí. Agreguemos solamente que la multiformidad provinciana de la India, las abigarradas formas gubernamentales y su no menos abigarrada interpenetración con las relaciones feudales y de casta, en la India le dan a la consigna de asamblea constituyente un contenido democrático revolucionario particularmente profundo.

En la actualidad, el teórico de la revolución india en el Partido Comunista de la Unión Soviética es Safarov, [18] quien, gracias a una feliz capitulación, se ha pasado con su música nefasta al campo del centrismo. En un artículo programático sobre las fuerzas y tareas de la revolución en la India, publicado en Bolchevique, Safarov gira cuidadosamente alrededor del problema de la asamblea constituyente igual que una rata experimentada en torno a un pedazo de queso puesto en una trampa. Este sociólogo quiere evitar a toda costa recaer en la trampa del trotskismo; Resuelve el problema sin mayor preocupación, al contraponer a la asamblea constituyente la siguiente perspectiva:

“El desarrollo de un nuevo ascenso revolucionario sobre la base [!] de la lucha por la hegemonía proletaria lleva a la conclusión [¿a quién?, ¿cómo?, ¿por qué?] de que la dictadura del proletariado y el campesinado en la India sólo puede lograrse bajo la forma soviética”. (Bolchevique, N° 5, 1930, página 100).

¡Asombroso párrafo! Martinov multiplicado por Safarov. A Martinov lo conocemos. Y respecto de Safarov, Lenin dijo una vez, no sin cierta ternura, que “Safarchik se irá a la izquierda, Safarchik se caerá de bruces”. La perspectiva que presenta Safarov no invalida esta caracterización. Se ha ido bien a la izquierda y debe reconocerse que no transgredió la segunda parte de la predicción de Lenin. Veamos en primer lugar el problema de que el ascenso revolucionario de las masas se desarrolla “sobre la base” de la lucha de los comunistas por la hegemonía proletaria, Eso es poner al proceso cabeza abajo. Creemos que la vanguardia proletaria inicia, o se prepara para iniciar, o debería iniciar, la lucha por la hegemonía en base a un nuevo ascenso revolucionario. La perspectiva de

la lucha, según Safarov, es la dictadura del proletariado y el campesinado.

Aquí se elimina la palabra .democrática en aras del izquierdismo. Pero no se dice claramente de qué tipo de dictadura biclasista se trata: Kuomintang u Octubre. Nos da su palabra de honor de que esta dictadura puede lograrse .sólo bajo la forma de soviets.

Suena muy noble. ¿Para qué queremos la consigna de asamblea constituyente? Safarov sólo está dispuesto a aceptar la “forma” soviética.

La esencia del epigonismo - su esencia despreciable y siniestra - reside en abstraer de los procesos reales del pasado y sus lecciones tan sólo la forma, a la que convierte en un fetiche. Es lo que ocurrió con los soviets. Sin decir nada sobre el carácter de clase de la dictadura - ¿dictadura de la burguesía sobre el proletariado tipo Kuomintang, o dictadura del proletariado sobre la burguesía tipo Octubre? -, Safarov adormece a alguien, principalmente a sí mismo, con la forma soviética de la dictadura. ¡Como si los soviets no pudieran ser un arma para engañar a los obreros y a los campesinos! ¿Qué más fueron, si no los soviets mencheviques y socialrevolucionarios de 1917? Un arma para apuntalar el poder de la burguesía y preparar su dictadura. ¿Qué fueron los soviets socialdemócratas de Alemania y Austria en 1918-1919? Organizaciones para salvar a la burguesía y engañar a los obreros. Con el mayor desarrollo de la movilización revolucionaria en la India, con un ascenso mayor de las luchas de masas y el debilitamiento del Partido Comunista - y esto es inevitable si se impone el embrollo safaroviano -, es posible que la propia burguesía nacional india cree soviets obreros y campesinos para dirigirlos así como ahora dirige a los sindicatos, para estrangular la revolución como lo hizo la socialdemocracia alemana cuando se puso a la cabeza de los soviets. El carácter traicionero de la consigna de dictadura democrática reside en que no cierra a los enemigos de una vez por todas esas posibilidades.

El Partido Comunista indio, cuya creación fue demorada seis años - ¡y qué años! - se ve privado, en medio del ascenso revolucionario, de una de las armas más importantes para movilizar a las masas, precisamente la consigna democrática de asamblea constituyente.

En lugar de ello, este joven partido, que todavía no ha dado

sus primeros pasos, padece la consigna abstracta de soviets como forma de una dictadura abstracta, es decir, una dictadura de nadie sabe qué clase. ¡Oh apoteosis de la confusión! Y todo esto viene acompañado, como siempre, por el repugnante retoque y embellecimiento de una situación bastante grave y nada agradable.

La prensa oficial, y el mismo Safarov en particular, pintan la situación como si el nacionalismo burgués indio fuera un cadáver, como si el comunismo se hubiera ganado o estuviera en proceso de ganarse la alianza del proletariado y éste a su vez ya arrastrara al campesinado.

Con la mayor irresponsabilidad, los líderes y sus sociólogos hablan de sus deseos como cosa hecha realidad. Dicho más correctamente, en lugar de afirmar la realidad resultante de su política errónea, afirman como real lo que pudo haber sido, de haberse aplicado una política correcta durante los últimos seis años. Pero cuando la incoherencia de la fantasía y la realidad salga a la luz, la culpa recaerá sobre los comunistas indios por ejecutar mal esa incoherencia general que recibe el nombre de línea general.

La vanguardia del proletariado indio está apenas en el umbral de sus grandes tareas y le queda un largo camino por recorrer. Una serie de derrotas será el precio a pagar no sólo por el atraso del proletariado y el campesinado, sino también por los pecados de la dirección. La tarea principal, en este momento, es lograr una clara concepción marxista de las fuerzas motrices de la revolución y una perspectiva correcta, una política clarividente que rechace las fórmulas estereotipadas de la burocracia y que, para realizar las magnas tareas revolucionarias, se ajuste cuidadosamente a las etapas reales del despertar político y del crecimiento revolucionario de la clase obrera.

MANIFIESTO SOBRE CHINA DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA INTERNACIONAL [19]

Setiembre de 1930

Escritos, Tomo 2, Volumen 1, 1930 – 1931.

En los últimos meses ha vuelto a surgir un movimiento campesino de cierta envergadura en algunas provincias del sur de China. Los ecos de esta lucha colman la prensa mundial, no sólo la del proletariado sino también la de sus enemigos. La revolución china, traicionada, derrotada, exhausta, demuestra que aún está viva. Confiamos en que muy pronto volverá a levantar su cabeza proletaria. Y con el fin de estar preparados para ello, debemos poner los problemas de la revolución china en el orden del día de la clase obrera del mundo.

Nosotros, la Oposición de Izquierda Internacional (bolchevique leninista) [20], consideramos que es nuestro deber elevar la voz, ahora mismo, para atraer la atención de todos los comunistas, de todos los obreros revolucionarios de vanguardia, hacia la tarea de liberar a este gran país del Asia oriental y a la vez prevenirles de que la fracción dominante en la Internacional Comunista [21] aplica una política errónea, que amenaza con socavar la revolución china que se avecina así como destruyó la revolución de 1925-1927.[22]

Los síntomas de resurgimiento de la revolución china en el campo son un índice de sus fuerzas internas y de sus inmensas potencialidades. Pero la tarea consiste en transformar esas potencialidades en realidades. La primera premisa del éxito es comprender qué está ocurriendo, vale decir, hacer un análisis marxista de las fuerzas motrices y una caracterización justa de la etapa actual de la lucha. En ambos terrenos, la camarilla dominante de la Comintern se equivoca.

La prensa stalinista está repleta de comunicados sobre un gobierno soviético instaurado en vastas provincias chinas bajo

la protección de un ejército rojo. Los obreros de muchos países reciben esta noticia con alborozo. ¡Desde luego! La instauración de un gobierno soviético en una extensión importante del territorio chino y la creación de un ejército rojo chino sería un éxito colosal para la revolución internacional. Pero debemos decirlo abierta y claramente: esto todavía no se ha realizado.

A pesar de la poca información que llega del extenso territorio chino, nuestra comprensión marxista del proceso en curso nos permite rechazar con certeza la caracterización stalinista de los acontecimientos por falsa y sumamente peligrosa para el desarrollo posterior de la revolución.

Desde hace siglos la historia de China es la historia de formidables insurrecciones de un campesinado desposeído y hambriento. En no menos de cinco ocasiones, en los últimos dos mil años, los campesinos lograron efectuar un reparto total de la propiedad terrateniente.

En cada caso, el proceso de concentración recomenzó y siguió hasta que el crecimiento de la población provocó una nueva explosión parcial o general. Este círculo vicioso reflejaba el estancamiento económico y social.

Sólo la inserción de China en la economía mundial abrió nuevas posibilidades. El capitalismo foráneo invadió a China. Su atrasada burguesía se convirtió en intermediaria entre el capital extranjero y las masas implacablemente explotadas de su propio país. Los imperialistas extranjeros y la burguesía china combinan los métodos de explotación capitalistas con los métodos de opresión y esclavización feudales a través de la usura.

La idea fundamental de los stalinistas consistía en transformar a la burguesía china en líder de la revolución nacional contra el feudalismo y el imperialismo.

Los resultados de esta estrategia política fueron fatales para la revolución. El proletariado chino pagó un precio sumamente elevado para aprender que su burguesía no puede ni quiere combatir, ni jamás lo hará, al llamado .feudalismo., que constituye el elemento principal de su sistema de explotación, ni al imperialismo, puesto que es su agente y opera bajo su protección militar.

Apenas resultó claro que el proletariado chino ya estaba

dispuesto, a pesar de todos los obstáculos que la Comintern sembró en su camino, a seguir una senda revolucionaria independiente, la burguesía, con ayuda de los imperialistas extranjeros, aplastó al movimiento obrero, empezando por Shanghai. En cuanto se evidenció que la amistad de Moscú no podía paralizar la insurrección de los campesinos, la burguesía aplastó al movimiento campesino. En la primavera y el verano de 1927 la burguesía china cometió sus más horribles crímenes.

Asustada por las consecuencias de sus errores, a fines de 1927 la fracción stalinista trató repentinamente de compensar sus torpezas de años anteriores. Se organizó la insurrección de Cantón [23]. Los líderes stalinistas suponían que la revolución seguía en auge, pero, en realidad, ya había entrado en reflujo. El heroísmo de la vanguardia obrera no podía impedir el desastre provocado por la aventura de estos líderes. La insurrección de Cantón fue ahogada en sangre. Así se destruyó la segunda revolución china.

Desde el principio, nosotros, representantes de la Oposición de Izquierda Internacional (bolcheviques leninistas), nos opusimos al entrismo en el Kuomintang [24] y nos pronunciamos a favor de una política proletaria independiente. Desde el comienzo mismo del ascenso revolucionario instamos a que se iniciara la construcción de soviets de obreros, soldados y campesinos; instamos a los obreros a que ocuparan su lugar a la cabeza de la insurrección campesina y llevaran a término la revolución agraria. Se rechazó nuestra política. Nuestros partidarios fueron perseguidos y expulsados de la Comintern; a los que estaban en la URSS se los arrestó y exilió. ¿En nombre de qué? En nombre de un bloque con Chiang Kai-shek. [25]

Después del golpe de estado contrarrevolucionario de Shanghai y Wuhan nosotros, los militantes de la Oposición de Izquierda Internacional, advertimos insistentemente que la segunda revolución china había terminado, que la contrarrevolución triunfaba temporalmente, que ante la desmoralización y fatiga general de las masas todo intento de insurrección de los obreros de vanguardia provocaría nuevos golpes criminales contra las fuerzas revolucionarias. Exigimos que se pasara a la defensiva, que se fortaleciera la organización clandestina del partido, la participación

en las luchas económicas del proletariado y la movilización de las masas con consignas democráticas: la independencia de China, el derecho de las distintas nacionalidades de la población a la autodeterminación, una asamblea constituyente, la expropiación de la tierra, la jornada de ocho horas. Con esa política la vanguardia comunista hubiera podido remontar gradualmente la derrota, restablecer sus vínculos con los sindicatos y las masas no organizadas de la ciudad y el campo y armarse para el momento del nuevo ascenso revolucionario.

La fracción stalinista repudió nuestra política por liquidacionista y, mientras tanto, y no por primera vez, pasó del oportunismo al aventurerismo. En febrero de 1928, cuando la revolución china se encontraba en su punto de máximo reflujo, el Noveno Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista proclamó una política de insurrección armada para China.

El resultado de esta demencia fue una derrota más de los trabajadores, el asesinato de los mejores revolucionarios, un cisma en el partido y la desmoralización de las bases obreras.

El reflujo de la revolución y un atemperamiento temporal de la lucha entre los militaristas dio lugar a un reanimamiento económico parcial. Hubo nuevas huelgas.

Pero éstas se desarrollaron independientemente del partido que, al no comprender la situación, fue absolutamente incapaz de ofrecer una nueva perspectiva a las masas y de unificarlas bajo las consignas democráticas del período de transición. El Partido Comunista, como fruto de sus errores, de su oportunismo y de su aventurerismo, sólo cuenta con unos pocos miles de obreros. Según las estadísticas proporcionadas por el propio partido, los sindicatos rojos agrupan alrededor de sesenta mil obreros. En la época de ascenso revolucionario agrupaba aproximadamente tres millones.

La contrarrevolución afectó más directa e implacablemente a los obreros que a los campesinos. En China, los obreros son pocos y están concentrados en los centros industriales. Los campesinos están protegidos hasta cierto punto por su número y por su dispersión sobre vastos territorios. Los años de revolución educaron a buen número de dirigentes rurales locales, y la contrarrevolución no los eliminó a todos. Una cantidad importante de obreros

revolucionarios se ocultó de los militaristas en el campo. En la década pasada se distribuyeron grandes cantidades de armas. En los enfrentamientos con los administradores o las unidades militares locales, los campesinos obtuvieron esas armas y organizaron grupos guerrilleros rojos. En los ejércitos de la contrarrevolución burguesa surgieron focos de agitación que en algunos casos desembocaron en verdaderas rebeliones. Los soldados armados desertaban al bando campesino, a veces en grupos y a veces en compañías enteras.

Por tanto, es natural que, a pesar de la derrota de la revolución, las oleadas de movilización campesina hayan seguido recorriendo las diversas provincias del país hasta desembocar en la actualidad en una vigorosa arremetida. Los grupos de campesinos armados expulsan y exterminan a cuanto terrateniente encuentran en su región, sobre todo a la llamada aristocracia del campo y a los tuchuns (gobernadores militares o señores de la guerra), y a los representantes locales de la clase dominante: los burócratas-propietarios, los usureros, los campesinos ricos.

Cuando los stalinistas afirman que los campesinos han instaurado un gobierno soviético en una extensión importante del territorio chino, no sólo revelan su credulidad y superficialidad, al mismo tiempo confunden y tergiversan el problema fundamental de la revolución china. El campesinado, por revolucionario que sea, no puede crear un gobierno independiente; sólo puede apoyar al gobierno de otra clase, de la clase dominante urbana. En todos los momentos críticos el campesinado sigue a la burguesía o al proletariado. Los llamados “partidos campesinos” pueden disimular este hecho, pero no eliminarlo. Los soviets constituyen los órganos de poder de una clase revolucionaria opuesta a la burguesía. Esto significa que el campesinado es incapaz de organizar por sus propios medios, un sistema soviético. Lo mismo es cierto también en relación al ejército.

La historia de China, de Rusia y de otros países, registra más de una ocasión en que el campesinado organizó ejércitos guerrilleros que combatieron con valentía y tesón sin par. Pero jamás fueron más que ejércitos guerrilleros, vinculados a una sola provincia, incapaces de realizar operaciones estratégicas centralizadas en gran escala. Sólo el predominio del proletariado en los centros

industriales y políticos decisivos sienta las bases necesarias para la creación de un ejército rojo y la extensión del sistema soviético al campo.

Para quienes son incapaces de asimilar este concepto la revolución es un libro cerrado con siete sellos. El proletariado chino apenas comienza a remontar la parálisis de la contrarrevolución. En la actualidad el movimiento campesino avanza, en gran medida, independientemente del movimiento obrero, siguiendo sus leyes y ritmo propios. Pero el meollo del problema de la revolución china radica en la coordinación política y la combinación organizativa de los ascensos proletario y campesino. Aquellos que hablan de la victoria de la revolución soviética en China, a pesar de limitarse a algunas provincias aisladas del sur y enfrentarse a la pasividad del norte industrial, ignoran el doble problema de la revolución china: la alianza de obreros y campesinos y el papel dirigente de los obreros en dicha alianza.

Es indudable que la gran ola de revueltas campesinas puede servir de impulso para el reanimamiento de la lucha política en los centros industriales. Contamos firmemente con ello. Pero esto no significa que el despertar revolucionario del proletariado podría conducir inmediatamente a la conquista del poder, ni siquiera a la lucha por el poder. Las primeras manifestaciones del nuevo ascenso del proletariado podrían consistir en luchas económicas y políticas defensivas y ofensivas parciales. ¿Cuánto tiempo necesitará el proletariado, y su vanguardia comunista en particular, para ponerse a la altura de su papel de dirigente de una nación revolucionaria?

En cualquier caso, más de unas cuantas semanas o meses. El mando burocrático no sustituye el crecimiento independiente de la clase y su partido. En esta coyuntura los comunistas chinos necesitan una política a largo plazo. No deben dispersar sus fuerzas entre las llamas aisladas de la revuelta campesina.

El partido, débil y pequeño, no podrá controlar este movimiento. Los comunistas tienen que concentrar sus fuerzas en las fábricas y talleres y en las barriadas obreras para explicar a los obreros el significado de lo que está ocurriendo en las provincias, para levantar el ánimo de los cansados y los descorazonados, para organizar la lucha de los grupos obreros por la defensa de sus intereses

económicos, para levantar las consignas de la revolución agraria y democrática. Sólo este proceso de activación y unificación de los obreros permitirá al Partido Comunista asumir la dirección de la insurrección campesina, es decir, de la revolución nacional en su conjunto.

Apoyando las ilusiones del aventurerismo y para ocultar la debilidad de la vanguardia proletaria, los stalinistas afirman que el objetivo de la lucha es una dictadura democrática, no una dictadura proletaria. [26]

En este problema crítico su aventurerismo se basa totalmente en las premisas del oportunismo. La experiencia del Kuomintang no les bastó; ahora los stalinistas están inventando una nueva fórmula que sirva para adormecer y encadenar a la clase obrera en la revolución que se avecina: la dictadura democrática. Cuando la vanguardia obrera china levantaba la consigna de soviets, decía: queremos hacer lo que hicieron los obreros rusos. Hasta ayer los stalinistas respondían: no, no deben hacerlo, tienen al Kuomintang, que hará lo necesario. Hoy los mismos dirigentes, más cautelosamente, responden: deben organizar soviets, pero para una dictadura democrática, no para una dictadura proletaria. Con esto le dicen al proletariado que la dictadura no estará en sus manos, que existe en China otra fuerza, aún no descubierta, capaz de instaurar la dictadura revolucionaria. Así, la fórmula de la dictadura democrática le permite a la burguesía engañar nuevamente a los obreros y a los campesinos.

Para justificar la consigna de dictadura democrática, los stalinistas chinos caracterizan la contrarrevolución china como feudal-militarista e imperialista. De esa manera, excluyen a la burguesía de la contrarrevolución, o sea que, igual que antes, idealizan a la burguesía. En realidad, los militaristas expresan los intereses de la burguesía china, que son inseparables de los intereses y relaciones feudales. La burguesía china es demasiado hostil al pueblo, está demasiado atada a los imperialistas extranjeros, le tiene demasiado miedo a la revolución como para querer gobernar en su propio nombre con métodos parlamentarios. El régimen militar-fascista chino expresa el carácter antinacional, antirrevolucionario de la burguesía china.

La contrarrevolución china no es una contrarrevolución de barones feudales y esclavistas contra la sociedad burguesa. Es una contrarrevolución de todos los propietarios -y en primer término de los burgueses- contra los obreros y los campesinos.

La insurrección proletaria china sólo puede desarrollarse, y se desarrollará, como revolución dirigida directa e inmediatamente contra la burguesía. La revuelta campesina china, mucho más que la rusa, es una revuelta contra la burguesía. En China no existe una clase terrateniente como clase independiente. Los terratenientes y la burguesía son lo mismo. La aristocracia del campo y los tuchun, contra los cuales se moviliza el campesinado, son el último eslabón de la burguesía y también de los explotadores imperialistas. En Rusia, la primera etapa de la Revolución de Octubre [27] fue el enfrentamiento de toda la clase campesina con toda la clase terrateniente, y sólo después de varios meses comenzó la guerra civil en el seno del campesinado. En China toda insurrección campesina es, desde el comienzo, una guerra civil de campesinos pobres contra campesinos ricos, es decir, contra la burguesía aldeana.

El campesinado medio chino es insignificante. Casi el ochenta por ciento de los campesinos son pobres. Ellos, sólo ellos, desempeñan un papel revolucionario. No se trata de unificar a los obreros con el conjunto del campesinado, sino solamente con los pobres de la aldea. Tienen un enemigo común: la burguesía. Sólo los obreros pueden conducir a los campesinos pobres al triunfo. Su victoria común no puede conducir a otro régimen que la dictadura del proletariado y únicamente ese régimen puede instaurar un sistema soviético y organizar un ejército rojo, que será la expresión militar de la dictadura del proletariado apoyada por los campesinos pobres.

Los stalinistas afirman que la dictadura democrática, próxima etapa de la revolución, se convertirá en dictadura proletaria en una etapa posterior. Esta doctrina corriente en la Comintern, no sólo para China sino también para todos los países de Oriente es una desviación total de las enseñanzas de Marx sobre el estado y de las conclusiones de Lenin respecto de la función del estado en una revolución. [28] La diferencia entre la dictadura democrática y la

proletaria es que aquélla es una dictadura democrático-burguesa. La transición de dictadura burguesa a dictadura proletaria no puede ser un proceso de transformación pacífica de la una en la otra. La dictadura del proletariado sólo puede remplazar a la dictadura de la burguesía, sea democrática o fascista, mediante una insurrección armada.

Esta transformación pacífica de la revolución democrática en socialista sólo es posible bajo la dictadura de una clase: el proletariado. En la Unión Soviética la transición hacia las medidas socialistas tuvo lugar bajo el régimen de la dictadura proletaria. Esta transición será mucho más rápida en China porque sus problemas democráticos más elementales tienen un carácter mucho más anticapitalista y antiburgués que el que poseyeron en Rusia. Aparentemente, los stalinistas necesitan otra derrota, pagada con sangre obrera, para llegar a decir: .La revolución ha alcanzado su etapa más elevada, cuya consigna es la dictadura del proletariado.

A esta altura no se puede descubrir en qué medida, combina la insurrección campesina en curso los últimos coletazos de la segunda revolución con las primeras manifestaciones de la tercera. Nadie puede pronosticar por el momento si los hornos de la revuelta campesina se mantendrán encendidos durante todo el largo período que necesitará la vanguardia proletaria para reunir fuerzas, llevar a la clase obrera a la lucha y coordinar su lucha por el poder con la ofensiva general de los campesinos contra sus enemigos más inmediatos.

Lo que caracteriza la movilización rural en curso es el deseo de los campesinos de darle forma soviética, al menos de nombre, y de conformar en lo posible sus ejércitos guerrilleros de acuerdo al modelo del Ejército Rojo, lo que revela el ansia de los campesinos de hallar una forma política que les permita superar su dispersión e impotencia. Con este punto de partida, los comunistas pueden proceder con éxito.

Pero debe comprenderse desde ya que para la conciencia del campesino chino la consigna general de soviets de ninguna manera equivale a dictadura del proletariado. Los campesinos no pueden hablar a priori en nombre de la dictadura proletaria. Sólo se los puede conducir a la misma mediante una experiencia de lucha

que les demuestre en los hechos que sus problemas democráticos no tienen solución fuera de la dictadura del proletariado. Esta es la razón fundamental por la que el Partido Comunista no puede conducir al proletariado a la lucha por el poder sino a través de las consignas democráticas.

Aunque lleve el nombre de soviets, el movimiento campesino sigue siendo disperso, local, provinciano. Sólo se puede elevar a la altura de movimiento nacional si vincula la lucha por la tierra y contra los impuestos y el agobiante peso del militarismo con los ideales de la independencia china y la soberanía popular. Una expresión democrática de ese vínculo es la soberana asamblea constituyente. Con esa consigna la vanguardia comunista podrá unificar a su alrededor a las grandes masas obreras, a la clase media urbana oprimida y a los cientos de millones de campesinos pobres para la insurrección contra los opresores extranjeros y nativos.

Sólo se puede intentar la organización de soviets sobre la cresta de una revolución en ascenso en las ciudades. Mientras tanto, podemos prepararnos. Prepararse significa reunir fuerzas y en la actualidad sólo podemos hacerlo si levantamos consignas democrático-revolucionarias consecuentes y valientes.

Y debemos explicarles a los elementos de vanguardia de la clase obrera que la asamblea constituyente es solamente un paso en la senda revolucionaria. Nos orientamos hacia la dictadura del proletariado bajo un régimen soviético.

No soslayamos el hecho de que esa dictadura le planteará al pueblo chino los más arduos problemas económicos e internacionales. El proletariado chino constituye un sector de la población menor que el que constituía el proletariado ruso en vísperas de la Revolución de Octubre. El capitalismo chino es más atrasado de lo que lo era el ruso. Pero las dificultades no se superan con ilusiones, con una política aventurerista, confiando en Chiang Kai-shek o en una dictadura revolucionaria. Las dificultades se superan con un pensamiento claro y una voluntad revolucionaria.

El proletariado chino no tomará el poder para reconstruir la Muralla China y, a su amparo, construir el socialismo nacional. Al conquistar el poder, alcanzará una de las posiciones estratégicas más importantes para la revolución internacional. El destino de

China, como el de la URSS, está ligado a la suerte del movimiento revolucionario del proletariado mundial. Este es la fuente de las mayores esperanzas y del más alto coraje revolucionario.

La causa de la revolución internacional es la causa de la revolución china. La causa de la revolución china es la causa de la revolución internacional.

POR UNA ESTRATEGIA PARA LA ACCIÓN NO PARA LA ESPECULACIÓN [29]

Carta a los amigos de Pekín
3 de octubre de 1932

¿Cuáles son en este momento los principales elementos de la situación política china? Nuevamente se agravaron los dos problemas revolucionarios más importantes, el nacional y el agrario.

El avance de la guerra campesina, lento y sinuoso pero generalmente triunfal, demuestra que la dictadura del Kuomintang no pudo satisfacer ni intimidar al campesinado.

La intervención japonesa en Shangai y la anexión de Manchuria le dieron un respiro a la bancarrota militar de la dictadura del Kuomintang. La crisis de poder, que en última instancia no dejó de existir un solo momento durante estos últimos años, tenía fatalmente que profundizarse. La lucha entre las camarillas militaristas está destrozando lo que quedaba de la unidad en el campo.

Así como la guerra campesina radicalizó a los intelectuales que estaban ligados al campo, la intervención japonesa estimuló políticamente a la pequeña burguesía de las ciudades. Nuevamente, esto no hizo más que agravar la crisis de poder. No hay un solo sector de la llamada burguesía nacionalista que no tienda a llegar a la conclusión de que el régimen del Kuomintang devora mucho y da muy poco. Exigir que acabe el periodo de educación a cargo del Kuomintang es lo mismo que exigir que la dictadura militar deje lugar al parlamentarismo.

La prensa de la Oposición de Izquierda definió varias veces al régimen de Chiang Kai-shek como fascista. Esta definición se deducía de que en China, como en Italia, el poder militar-policial está concentrado en manos de un solo partido burgués con exclusión de todos los demás y, especialmente, de las organizaciones obreras.

Pero después de la experiencia de los últimos años, que se complicó con la confusión que aportaron los stalinistas al problema del fascismo, no sería correcto identificar la dictadura del Kuomintang con el fascismo. Hitler, como Mussolini antes que él, se apoya sobre todo en la pequeña burguesía contrarrevolucionaria: ésta es la esencia del fascismo. El Kuomintang no cuenta con este apoyo. En Alemania los campesinos marchan detrás de Hitler y de este modo apoyan indirectamente a von Papen; [30] en China los campesinos libran una lucha feroz contra Chiang Kai-shek. El régimen del Kuomintang tiene más rasgos bonapartistas que fascistas; al no poseer una base social, ni siquiera la más mínima, oscila entre la presión de los imperialistas y los compradores por un lado y el movimiento revolucionario por el otro. Pero el bonapartismo sólo puede ser estable cuando está satisfecha el hambre de tierra de los campesinos, lo cual no sucede en China. De allí la impotencia de la dictadura militar, que sólo puede mantenerse gracias a la dispersión de sus enemigos; pero bajo los ataques cada vez mayores comienza a desmoronarse.

En la revolución de 1925-27, el proletariado fue el que más sufrió moral y físicamente. Es por eso que ahora los obreros están a la retaguardia de las demás clases, no sólo de la pequeña burguesía —comenzando por los estudiantes— sino también, en cierto sentido, del campesinado. Esto es precisamente lo que demuestra que la tercera revolución china no podrá triunfar, no podrá siquiera desarrollarse, mientras la clase obrera no entre nuevamente a la lucha. Las consignas de la democracia revolucionaria son las que más concuerdan con la actual situación política prerrevolucionaria de China.

Para un marxista es elemental que los campesinos, sean cuales sean sus banderas, luchan por los objetivos de la democracia agraria pequeñoburguesa. La consigna de independencia de China, que la intervención japonesa puso de nuevo al rojo vivo, es una consigna nacional-democrática. La impotencia de la dictadura militar y la división del campo entre las camarillas militaristas puso a la orden del día la consigna de la democracia política.

Les estudiantes gritan: ¡Abajo el gobierno del Kuomintang!. Grupos de la vanguardia obrera apoyan esta consigna. La burguesía

nacional exige un régimen constitucional. Los campesinos se rebelan contra la escasez de tierra, contra el yugo de los militaristas, los funcionarios gubernamentales, los impuestos usurarios. En estas circunstancias, el partido del proletariado debe apoyar como consigna política fundamental la convocatoria a una asamblea constituyente.

¿Significa esto -se podría preguntar- que exigimos que el gobierno convoque la asamblea constituyente o que intentamos organizarla nosotros mismos? Esta manera de plantear el problema, por lo menos en esta etapa, es demasiado formal. Durante varios años la revolución rusa combinó dos consignas: "Abajo el absolutismo" y "Viva la Asamblea Constituyente". A la pregunta de quién convocaría la asamblea constituyente respondíamos: el futuro lo dirá, es decir, la relación de fuerzas tal como se establezca en el proceso de la propia revolución. Esta forma de encarar el problema también es correcta para China. Si en la hora de su derrota el gobierno del Kuomintang trata de convocar algún tipo de asamblea representativa, ¿cuál será nuestra actitud? Es decir, ¿cómo aprovecharemos mejor la situación en interés de la revolución, boicoteando las elecciones o participando en ellas? ¿Lograrán las masas revolucionarias formar un organismo gubernamental independiente que convoque a una asamblea constituyente?

¿Logrará el proletariado crear soviets en el curso de la lucha por las consignas democráticas? ¿La existencia de soviets hará superflua la convocatoria a una asamblea constituyente? No es posible responder estas preguntas de antemano. Pero nuestra tarea no consiste en hacer predicciones mirando el calendario sino en movilizar a los obreros alrededor de las consignas que surgen de la situación política. Nuestra estrategia es de acción revolucionaria, no de especulación abstracta.

Hoy la fuerza de los acontecimientos determina que la acción revolucionaria esté dirigida sobre todo contra el gobierno del Kuomintang. Les explicamos a las masas que la dictadura de Chiang Kai-shek es el principal obstáculo en el camino a la asamblea constituyente y que sólo podremos librar a China de las camarillas militaristas por medio de la insurrección armada.

La agitación oral y escrita, las huelgas, los mítines, las

manifestaciones, los boicoteos, cualesquiera que sean sus objetivos concretos, deben tener como corolario las consignas: “¡Abajo el Kuomintang!”, “¡Viva la Asamblea Constituyente!”.

Para lograr una verdadera libertad nacional hay que derrocar al Kuomintang. Pero esto no significa posponer la lucha hasta que el Kuomintang sea barrido. Mayores serán las dificultades de éste cuanto más se extienda la lucha contra la opresión extranjera. Cuanto más movilizemos a las masas contra el Kuomintang, más se extenderá la lucha contra el imperialismo. En el momento crítico de la intervención japonesa los obreros y los estudiantes pedían armas. ¿A quién? Al Kuomintang. Sería un absurdo sectario abandonar esta consigna con el pretexto de que queremos derrocar al Kuomintang. Queremos hacerlo, pero todavía no hemos llegado hasta allá. Cuanto más enérgicamente exijamos el armamento de los obreros, más pronto llegaremos. El Partido Comunista oficial, pese a su ultraizquierdismo, está a favor de la reanudación de las relaciones diplomáticas ruso-chinas. Esta consigna está dirigida contra el Kuomintang. Plantearla no significa en absoluto que se tenga “confianza# en el Kuomintang. Por el contrario, esta consigna hace más difícil la situación del gobierno ante las masas. Algunos dirigentes del Kuomintang ya han tenido que aceptar la consigna por el restablecimiento de relaciones con la URSS. Ya sabemos que para estos señores hay un gran trecho entre lo que se dice y lo que se hace pero, como siempre, lo que decidirá es la presión de las masas.

Si espoleado por la revolución, el gobierno del Kuomintang comienza a hacer concesiones menores en la cuestión agraria, trata de convocar algo que se parezca a una asamblea constituyente, se ve obligado a entregar armas a los obreros o a restablecer las relaciones con la URSS, sobra decir que inmediatamente aprovecharemos estas concesiones. Nos aferraremos firmemente a ellas a la vez que demostraremos correctamente su insuficiencia y de este modo utilizaremos las concesiones del Kuomintang como arma para derrocarlo. Esa es en general la relación recíproca entre las reformas y la revolución en la política marxista.

¿Pero acaso el nivel que está alcanzando la guerra campesina no indica que en China ya no queda tiempo ni espacio para las

consignas y problemas de la democracia parlamentaria? Veamos esta pregunta. Si hoy los campesinos revolucionarios chinos llaman "soviets" a sus organizaciones de combate, no tenemos ningún motivo para quitarles ese nombre. Simplemente, no tenemos que embriagarnos con las palabras.

Sería una prueba de trivialidad imperdonable suponer que en regiones esencialmente campesinas el poder soviético puede llegar a ser un importante y estable poder revolucionario. Es imposible pasar por alto la experiencia del único país en el que se estableció efectivamente el poder soviético. Aunque en Petrogrado, en Moscú y en los demás centros y regiones industriales de Rusia el poder soviético se mantuvo firme y constante desde noviembre de 1917, en las inmensas áreas periféricas (Ucrania, Cáucaso del Norte, Transcaucasia, Urales, Siberia, Asia central, Arcángel, Murmansk) este poder apareció y desapareció varias veces, no sólo debido a la intervención extranjera sino también a las revueltas internas. El poder soviético chino tiene un carácter esencialmente rural, periférico y, hasta hoy, carece por completo de puntos de apoyo en el proletariado industrial. Cuanto menos estable y seguro es este poder, menos se lo puede llamar soviético.

En su artículo, aparecido en el periódico alemán *Der Rote Aufbau* [Reconstrucción Roja], Ko-Lin dice que en los ejércitos rojos los obreros constituyen el treinta y seis por ciento, los campesinos el cincuenta y siete y los intelectuales el siete por ciento. Confieso que estas cifras me provocan serias dudas. Si se aplican a todas las fuerzas armadas insurreccionales, que según el autor nuclean a trescientos cincuenta mil personas, en el ejército hay ciento veinticinco mil obreros. Si el treinta y seis por ciento se refiere sólo a los ejércitos rojos, de ciento cincuenta mil soldados más de cincuenta mil son obreros. ¿Es así realmente? ¿Perteneían antes a los sindicatos, al partido? ¿Participaron en la lucha revolucionaria? Pero aun eso no soluciona el problema.

Debido a la inexistencia de organizaciones proletarias fuertes e independientes en los centros industriales, los obreros revolucionarios, inexpertos o de muy poca experiencia, se pierden totalmente en ese ambiente campesino, pequeñoburgués.

En mi opinión, el artículo de Wang Ming, [31] aparecido

a principios de año en la prensa de la Comintern, exagera singularmente los alcances del movimiento en las ciudades, el grado de independencia de los obreros dentro del movimiento y la importancia de la influencia del Partido Comunista. La dificultad con la prensa oficial actual es que distorsiona implacablemente los hechos en función de sus intereses fraccionales. Por lo tanto no es difícil darse cuenta, aún por el artículo de Wang Ming, que el movimiento iniciado en otoño del año pasado estaba dirigido por los universitarios y la juventud estudiantil en general. Las huelgas universitarias tuvieron una importancia considerable, mayor que la de las huelgas de obreros.

Levantar a los obreros, organizarlos, darles la posibilidad de ligarse con los movimientos nacional y agrario para tomar la dirección de ambos: ésa es la tarea que recae sobre nosotros. Las reivindicaciones inmediatas del proletariado como tal (jornada de trabajo, salarios, derecho a organizarse, etcétera) deben constituir la base de nuestra agitación. Pero con eso no basta. Hay solamente tres consignas que pueden elevar al proletariado al rol dirigente de la nación: independencia de China, tierra a los campesinos pobres, asamblea constituyente.

Los stalinistas imaginan que desde el momento en que los campesinos llaman soviets a sus organizaciones queda superada la etapa del parlamentarismo revolucionario. Es un serio error. Los campesinos rebeldes pueden servir de punto de apoyo de los soviets, sólo si el proletariado demuestra en la práctica su capacidad dirigente. Sin la conducción del proletariado, el movimiento campesino no hará más que oponer entre sí a las camarillas burguesas para dividirse finalmente en fracciones provinciales. La asamblea constituyente, debido a su importancia como fuerza centralizadora, marcaría una etapa importante en el desarrollo de la revolución agraria. La existencia de "soviets" rurales y "ejércitos rojos" ayudaría a los campesinos a elegir representantes revolucionarios. Es la única manera de ligar políticamente al movimiento campesino con los movimientos nacional y proletario, en esta etapa.

El Partido Comunista Chino declara que actualmente su "consigna principal" es la de la guerra nacional revolucionaria contra

el imperialismo japonés (ver artículo de Wang Ming en Communist International, N° 1, 1932). Esta es una manera unilateral e incluso aventurera de plantear la cuestión. Es cierto que la lucha contra el imperialismo, que es la tarea esencial del proletariado chino, no se puede llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias si no es por medio de la insurrección y la guerra revolucionaria. Pero de aquí no se deduce que la lucha contra el imperialismo japonés tenga que ser la consigna central del momento actual. El problema se debe resolver en el contexto internacional.

A comienzos de año, en los círculos de la Comintern se opinaba que Japón había lanzado su acción militar contra China con el fin de empujar inmediatamente la situación a la guerra con la Unión Soviética. Escribí entonces que el gobierno de Tokio tendría que estar totalmente loco para correr el riesgo de ir a la guerra con la Unión Soviética antes de tener consolidada, por lo menos en cierta medida, su base militar de Manchuria.

En respuesta a esta caracterización de la situación, los stalinistas norteamericanos -los más vulgares y estúpidos de todos los stalinistas- declararon que yo estaba al servicio del estado mayor japonés. Sin embargo, ¿qué demostraron los acontecimientos de estos últimos meses? El miedo a las consecuencias de una aventura militar era tal en los círculos dirigentes de Japón, que la camarilla militar tuvo que liquidar a unos cuantos estadistas japoneses para obligar al gobierno del mikado a completar la anexión de Manchuria. No cabe duda de que todavía hoy la guerra contra la Unión Soviética sigue siendo una perspectiva muy real, pero en política el tiempo es algo muy importante.

Si el gobierno soviético consideraba que la guerra con Japón era inevitable en lo inmediato, no tenía el derecho ni la posibilidad de aplicar una política de paz, es decir, la política del avestruz. En realidad, en el curso de este año la Unión Soviética firmó un acuerdo con Japón por el cual le proporciona combustible para su flota de guerra. Si la guerra es inevitable ya, venderle combustible a Japón significa cometer una traición contra la revolución proletaria. No discutiremos acá el problema de establecer hasta qué punto tal o cual declaración o acto del gobierno soviético son correctos. Una cosa está clara: al revés de los stalinistas norteamericanos, cuyo

celo supera todos los límites, los stalinistas de Moscú se orientaron hacia la paz con Japón, no hacia la guerra.

Pravda del 24 de setiembre dice: .La burguesía mundial esperaba con gran impaciencia la guerra soviético-japonesa. Pero el hecho de que la URSS se haya abstenido rigurosamente de intervenir en el conflicto chino-japonés y su firme política de paz evitaron la guerra [.]. Con esto admiten que la actitud de los norteamericanos y otros compinches, si tenía algún significado político, era el de empujar al poder soviético por el camino que le quería imponer la burguesía mundial. Con esto no queremos decir que servían conscientemente al estado mayor japonés. Basta con decir que son incapaces de servir conscientemente a la revolución proletaria.

El proletariado chino no sólo incluye en su programa el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética sino también un estrecho acuerdo ofensivo y defensivo con ésta. Esto indica que la política del proletariado chino debe conformarse de acuerdo con la situación internacional de conjunto y sobre todo con la política de la Unión Soviética. Si hoy Japón, arrastrando consigo a China, le declarara la guerra a la Unión Soviética, ésta sería una cuestión de vida o muerte para el proletariado chino y su partido. La guerra le abriría horizontes ilimitados a la revolución china. Pero en la medida en que la situación internacional y las condiciones internas obligan a la Unión Soviética a hacer serias concesiones en el Lejano Oriente para impedir la guerra, o para demorarla lo más posible, en la medida en que Japón no se siente lo suficientemente fuerte como para iniciar las hostilidades, la guerra contra el imperialismo japonés no puede constituir, por lo menos en este momento, la consigna central de lucha del Partido Comunista Chino. [32]

Wang Ming señala las siguientes consignas de la Oposición de Izquierda china: “Reconstitución del movimiento de masas”, “Convocatoria de la Asamblea Constituyente”. y “Reanudación de las relaciones diplomáticas entre China y la Unión Soviética”. Simplemente porque estas consignas aparecen mal explicadas en un artículo publicado en el órgano legal de la Oposición, Wang Ming llama a la Oposición de Izquierda china “el grupo trotskista contrarrevolucionario de Chen Tu-hsiu” [33]. Aún si admitimos

que las consignas revolucionarias estaban mal explicadas, eso no transforma en contrarrevolucionarias a las consignas o a la organización que las formuló. Pero Wang Ming y sus semejantes tienen que hablar del espíritu contrarrevolucionario de los “trotskistas” si quieren conservar sus puestos y sus salarios.

Mientras se expresan tan ásperamente contra los bolcheviques leninistas, que demostraron tener razón frente a todos los acontecimientos que se sucedieron en China entre 1924 y 1932, los stalinistas son sumamente indulgentes hacia ellos mismos, hacia su ininterrumpida cadena de errores.

Cuando Japón atacó Shangai, el Kuomintang propuso el frente único de los obreros, los campesinos, los soldados, los comerciantes y los estudiantes para combatir al imperialismo.. ¡Pero éste es el famoso “bloque de las cuatro clases” de Stalin-Martinov! [34] Desde la segunda revolución [1925-27] la opresión extranjera no se debilitó; todo lo contrario, aumentó. También se agudizó el antagonismo entre las necesidades del desarrollo del país por un lado y el régimen y el imperialismo por el otro. Los razonamientos sobre los que se basaban los viejos argumentos stalinistas en favor del bloque de las cuatro clases se ven doblemente fortalecidos.

Pero ahora los stalinistas interpretaron la propuesta del Kuomintang como un nuevo intento de engañar a las masas. ¡Muy bien! Pero se olvidaron de explicar por qué la dirección de la Comintern colaboró con la burguesía china en ese fatal engaño y por qué se expresó en el programa de la Comintern la filosofía de ir a la cola del Kuomintang.

Es evidente que podemos y debemos apoyar la consigna de gobierno democrático independiente: elección de los representantes por el pueblo, etcétera. El programa democrático representa un gran paso adelante en relación con el régimen de la dictadura militar debemos relacionar las consignas democráticas aisladas y parciales con las consignas principales y con los problemas de la organización revolucionaria y del armamento de los trabajadores.

La cuestión del “patriotismo” y del “nacionalismo”, como algunas otras planteadas en la carta de ustedes, es de carácter más bien terminológico, no fundamental.

Los bolcheviques, que están en favor de la liberación nacional

de los pueblos oprimidos por medios revolucionarios, dan todo el apoyo al movimiento de las masas populares por su liberación nacional, no sólo contra los imperialistas extranjeros sino también contra los explotadores burgueses del tipo del Kuomintang metidos dentro del movimiento nacional.

¿Debemos introducir el término “patriotismo”, tan desacreditado y corrompido? Lo dudo. ¿No será una tendencia a adaptarse a la ideología y la terminología pequeño burguesas? Si esta tendencia apareciera realmente en nuestras filas tendríamos que combatirla implacablemente.

Muchos problemas de carácter táctico y estratégico parecerán insolubles si los encaramos de manera formal. Pero adquirirán su verdadera dimensión si los planteamos dialécticamente, en el contexto de la lucha viva de las clases y los partidos. La dialéctica revolucionaria se asimila mejor en la acción. No me caben dudas de que nuestros amigos y camaradas de ideas chinos, los bolcheviques leninistas, discuten apasionadamente los complejos problemas de la revolución china y participan con no menos pasión en la lucha. Estamos por una estrategia para la acción, no para la especulación.

L. Trotsky

LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA Y LOS PELIGROS QUE LA AMENAZAN

Kadikéi, 28 de mayo de 1931

La revolución española avanza. En el proceso de lucha crecen también sus fuerzas internas. Pero al mismo tiempo crecen igualmente los peligros. Hablamos, no de los peligros que tienen su origen en las clases dominantes y en sus servidores políticos republicanos y socialistas. Estos son enemigos declarados; nuestra misión con respecto a ellos es perfectamente clara. Pero hay otros peligros interiores.

Los obreros españoles miran con confianza a la Unión Soviética, hija de la Revolución de octubre. Este estado de espíritu constituye un capital precioso del comunismo. La defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no se puede permitir que se abuse de la confianza de los obreros en la revolución de octubre para imponer a los mismos una política que se halla en contradicción fundamental con todas las experiencias y las enseñanzas de octubre.

Hay que decirlo claramente; hay que decirlo de un modo tal que lo oiga la vanguardia del proletariado español e internacional: *la revolución proletaria de España se halla amenazada de un peligro inmediato por parte de la dirección actual de la Internacional Comunista*. Toda revolución, incluso la que nos inspire más esperanzas, puede ser aniquilada, como lo ha demostrado la experiencia de la revolución alemana de 1923, y, de un modo más elocuente, la experiencia de la revolución china de 1925-1927. Tanto en un caso como en otro, la causa inmediata del desastre fue la dirección errónea. Ahora le ha llegado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus propios errores o, lo que es peor, para cubrir los

errores precedentes se ven precisados a justificarlos. En todo lo que depende de ellos, preparan a la revolución española la misma suerte de la revolución china.

En el transcurso de dos años se desorientó a los obreros avanzados con la desventurada teoría del “tercer período”, que ha debilitado y desmoralizado a la IC. Finalmente los dirigentes se batieron en retirada. Pero, ¿cuándo? Precisamente en el momento en que la crisis mundial marcaba un cambio radical de la situación y daba a la luz las primeras posibilidades de una ofensiva revolucionaria. Los procesos interiores de España se desarrollaban, entre tanto, de un modo imperceptible para la IC. Manuiski declaraba -¡y Manuiski desempeña hoy las funciones de jefe de la IC!- que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención.

En nuestro estudio *La revolución española y la táctica de los comunistas*, escrito antes de los acontecimientos de abril, e anticipábamos que la burguesía, adornándose con todos los matices del republicanismo, salvaguardaría con todas sus fuerzas, y hasta el último instante, su alianza con la monarquía. “Es verdad que no está excluida la circunstancia -decíamos- de que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar a la monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplos: ¡Alemania!).” Estas líneas sirvieron de pretexto a los estalinistas naturalmente después de los acontecimientos- para hablar de un pronóstico falso [35]. Un agente que no ha previsto nunca nada, pide a los otros no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber qué día y en qué forma se producirán los acontecimientos; es así como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. La previsión marxista consiste en ayudar a orientarse en el sentido general del desarrollo de los acontecimientos ya interpretar sus “sorpresas”. El hecho de que la burguesía española se haya decidido a separarse de la monarquía se explica por dos razones igualmente importantes. El desbordamiento impetuoso de la cólera popular impuso a la burguesía la tentativa de hacer servir de mingo a Alfonso, odiado por el pueblo. Pero esta maniobra, que traía aparejada consigo serios riesgos, le ha sido posible realizarla a la burguesía española únicamente gracias a la confianza de las masas en los republicanos y los socialistas ya que en el cambio de

régimen no se tenía que contar con el peligro comunista. La variante histórica que se ha realizado en España es, por consiguiente, el resultado de la fuerza de la presión popular, de una parte, y de la debilidad de la IC, de otra. Hay que empezar con la comprobación de estos hechos. El principio fundamental de la táctica debe ser el siguiente: si quieres ser más fuerte no empieces por exagerar tus propias fuerzas. Pero este principio no tiene ningún valor para los epígonos-burócratas. Si en víspera de los acontecimientos, Manuilski [36] predecía que o ocurriría nada serio al día siguiente del cambio de régimen, el irremplazable Péri, encargado de suministrar informaciones falsas sobre los países latinos, empezó a mandar telegrama tras telegrama, diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al partido comunista y que los campesinos españoles creaban soviets. La Pravda publicaba estas estupideces, completándolas con otras sobre los “trotskistas”, que van a remolque de Alcalá Zamora, cuando la verdad es que éste metía y mete en la cárcel a los comunistas de izquierda... En fin, el 14 de mayo, la Pravda publicaba un artículo de fondo titulado “España en llamas”, que pretendía tener un carácter programático y que representa la condensación de los errores de los epígonos traducidos al lenguaje de la revolución española.

¿Cómo actuar ante las Cortes?

La Pravda intenta partir de la verdad indiscutible de que la propaganda abstracta es insuficiente: “El partido comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy”. ¿Qué propone la propia Pravda en este sentido? Agrupar a los obreros “para el desarme de la reacción, para el armamento del proletariado, para la constitución de los comités de fábrica, para la introducción por iniciativa propia de la jornada de siete horas, etcétera etc.” Etc. etc., así se dice textualmente. Las consignas enumeradas son indiscutibles, aunque se dan sin ninguna conexión interior y sin la consecuencia que debe desprenderse de la lógica del desarrollo de las masas. Pero lo que es sorprendente es que el artículo de la Pravda no diga ni una sola palabra sobre las elecciones a las Constituyentes, como si este acontecimiento político en la vida de la nación española no existiera o como si no tuviera nada que ver con los obreros. ¿Qué significa este mutismo?

Aparentemente, la transformación republicana se produjo, como es sabido, por mediación de las elecciones municipales. Ni que decir tiene; son mucho más profundas las causas del cambio de régimen, de las cuales hemos hablado mucho antes de la caída del ministerio Berenguer. Pero la forma “parlamentaria” de la liquidación de la monarquía ha servido enteramente los intereses de los republicanos burgueses y de la democracia pequeño burguesa. Actualmente hay en España muchos obreros que se imaginan que pueden resolverse las cuestiones fundamentales de la vida social con ayuda de la papeleta electoral. Estas ilusiones no pueden ser destruidas más que por la experiencia. Pero hay que saber facilitar ésta. ¿Cómo? ¿Volviendo la espalda a las Cortes o, al contrario, participando en las elecciones? Hay que dar una respuesta.

Además del artículo de fondo citado, el mismo periódico publica un artículo “teórico” (números del 7 y del 10 de mayo) que pretende dar un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española y una definición bolchevique de su estrategia. En dicho artículo tampoco se dice una sola palabra a propósito de si se deben boicotear las elecciones o participar en las mismas. En general, la Pravda guarda silencio sobre las consignas y los fines de la democracia política, a pesar de que califique de democrática la revolución. ¿Qué significa este mutismo? Se puede *participar* en las elecciones, se puede *boicotearlas*. Pero, ¿se puede ignorarlas?

Con respecto a las Cortes de Berenguer, la táctica del boicot era enteramente justa. Se veía de antemano con claridad, que, o bien Alfonso conseguiría adoptar nuevamente por un cierto periodo el camino de la dictadura militar, o bien que el movimiento desbordaría a Berenguer con sus Cortes. En estas condiciones, los comunistas debían tomar sobre sí la iniciativa de la lucha por el boicot de las Cortes. Es precisamente lo que tratamos de hacer comprender con ayuda de los débiles recursos que teníamos a nuestra disposición [37].

Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado oportuna y decididamente por el boicot, difundiendo en el país incluso pequeñas hojas sobre el particular, su prestigio en el momento de la caída del ministerio Berenguer habría aumentado considerablemente. Los obreros avanzados se hubieran dicho: “Esa gente es capaz de

comprender las cosas". Por desgracia, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la IC, no comprendieron la situación e iban a participar en las elecciones aunque sin convicción alguna. Los acontecimientos los desbordaron y la primera victoria de la revolución no aumentó la influencia de los comunistas.

Actualmente es el gobierno de Alcalá Zamora el que se encarga de la convocatoria de las Cortes Constituyentes. ¿Hay algún motivo para suponer que la convocatoria de estas Cortes será impedida por una segunda revolución? De ningún modo. Son perfectamente posibles poderosos movimientos de las masas, pero este movimiento, sin partido, sin dirección, no puede conducir a una segunda revolución. La consigna de ese boicot sería en la actualidad una consigna de autoaislamiento. Hay que tomar una participación activísima en las elecciones.

El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como lo pone de manifiesto con claridad el destino de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea en toda su magnitud los problemas políticos y, en su fase actual, les da la forma parlamentaria. La atención de la clase obrera no puede dejar de estar concentrada en las Cortes, y los anarcosindicalistas votarán "sigilosamente" por los republicanos e incluso por los socialistas. En España, menos que en ninguna otra parte, se puede luchar contra las ilusiones parlamentarias sin combatir al mismo tiempo la metafísica antiparlamentaria de los anarquistas.

En una serie de artículos y cartas hemos demostrado la enorme importancia de las consignas democráticas para el desarrollo ulterior de la revolución española. La ayuda a los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autonomía nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas están ligadas en la conciencia de la gran mayoría de los obreros españoles, sin excluir a los anarcosindicalistas, con las futuras Cortes. En el periodo de Berenguer era necesario boicotear las Cortes de Alfonso en nombre de las *Cortes Constituyentes revolucionarias*. En la agitación era necesario colocar desde el principio, en primer término, la cuestión

de los derechos electorales. Sí; ¡la cuestión prosaica de los derechos electorales! Ni que decir tiene que la democracia soviética es incomparablemente superior a la burguesa. Pero los soviets no caen del cielo. Es preciso crecer para llegar a ellos.

Hay en el mundo gentes que se permiten llamarse marxistas y que manifiestan un espléndido desprecio por consignas tales como, por ejemplo, la del sufragio universal igual, directo y secreto para los hombres y las mujeres a Partir de los dieciocho años. Sin embargo, si los comunistas españoles hubieran lanzado a su tiempo esa consigna, defendiéndola en discursos, artículos y manifiestos, habrían adquirido una popularidad enorme. Precisamente porque las masas populares de España están inclinadas a exagerar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario quieren participar en las elecciones. No nos solidarizamos ni un instante con las ilusiones de las masas; pero lo que tienen de *progresivo* dichas ilusiones debemos utilizarlo hasta el fin; de lo contrario, no somos revolucionarios, sino unos despreciables pedantes. Aunque no sea más que porque la reducción de la edad electoral interesa vivamente a muchos millares de obreros, de obreras, de campesinos y campesinas. Y ¿a cuáles? A los jóvenes, a los activos, a los que están llamados a realizar la segunda revolución. Oponer estas jóvenes generaciones a los socialistas que se esfuerzan en apoyarse en los obreros de más edad, constituye la misión elemental e indiscutible de la vanguardia comunista.

Es más. El gobierno de Alcalá Zamora quiere hacer aprobar una Constitución con dos cámaras. Las masas revolucionarias que acaban de derribar la monarquía y que están impregnadas de una aspiración apasionada, aunque muy confusa todavía, hacia la igualdad y la justicia, acogerán con ardor la agitación de los comunistas contra el plan de la burguesía, consistente en colocar sobre la espalda del pueblo una “cámara de señores”. Esta cuestión particular podrá desempeñar un papel enorme en la agitación, crear grandes dificultades a los socialistas, sembrar la discordia entre los socialistas y republicanos, es decir, dividir, aunque no sea más que temporalmente, a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, establecer una línea divisoria entre

las masas obreras y los socialistas.

La reivindicación de la jornada de siete horas, lanzada por la Pravda, es muy justa, extraordinariamente importante e inaplazable. Pero, ¿se puede plantear esta reivindicación de un modo abstracto, ignorando la situación política y los fines revolucionarios de la democracia? Al hablar únicamente de la jornada de siete horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros, ignorando la política, sin mencionar ni una sola vez en sus artículos las elecciones a Cortes, Pravda hace el juego al anarcosindicalismo, lo alimenta, lo cubre. Sin embargo, el joven obrero, al cual los republicanos y los socialistas privan del derecho al voto, a pesar de que la legislación burguesa lo considera suficientemente maduro para la explotación capitalista, o al cual se quiere imponer la segunda cámara, en la lucha contra estas ignominias, querrá mañana volver la espalda al anarquismo y tender la mano hacia el fusil. Oponer la consigna del armamento de los obreros a los procesos políticos reales que arrastran vigorosamente a las masas, significa aislarse de estas últimas y aislar a éstas de las armas.

La consigna de la autodeterminación nacional reviste actualmente en España una importancia excepcional. Sin embargo, esta consigna se plantea también hoy en el terreno democrático. No se trata, evidentemente, para nosotros, de incitar a los catalanes ya los vascos a separarse de España, sino de luchar para que se les dé esa posibilidad si expresan ellos mismos esta voluntad. Pero, ¿cómo determinarla? Muy sencillamente: mediante el sufragio universal, igualitario, directo y secreto de las regiones interesadas. Hoy no existe otro medio. Más adelante, las cuestiones nacionales, lo mismo que todas las otras serán resueltas por los soviets, como órganos de la dictadura del proletariado. Pero no podemos imponer los soviets a los obreros en cualquier momento. Lo único que podemos hacer es conducirlos hacia ellos. Aún menos podemos imponer al pueblo los soviets que el proletariado creará únicamente en el porvenir. Pero hay que dar una respuesta a las cuestiones de hoy. En el mes de mayo los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para la elaboración de la Constitución catalana, es decir, para decidir su actitud hacia España. ¿Es que los obreros catalanes pueden mostrarse indiferentes ante el hecho de que la democracia

pequeño burguesa, que, como siempre, se somete al gran capital, intente resolver la suerte del pueblo catalán por medio de unas elecciones antidemocráticas? La consigna de la autodeterminación nacional, sin las consignas de la democracia política que la completan y la concretan, es una fórmula vacía, o, lo que es mucho peor, un modo de engañar a la gente.

Durante un cierto periodo, todas las cuestiones de la revolución española aparecerán, en una u otra forma, a través del prisma del parlamentarismo. Los campesinos esperarán, con una tensión extrema, lo que digan las Cortes a propósito de la cuestión agraria. ¿No es fácil comprender la importancia que podría tener en las condiciones actuales un programa agrario comunista sostenido desde la tribuna de las Cortes? Para esto son necesarias dos condiciones: hay que tener un programa agrario y conquistar un acceso a la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que no son las Cortes las que resolverán el problema de la tierra. Es necesaria la iniciativa audaz de las propias masas campesinas. Pero para una iniciativa semejante las masas tienen necesidad de un programa y de una dirección. La tribuna de las Cortes es necesaria a los comunistas para mantener el contacto con las masas. y de este contacto nacerán los acontecimientos que desbordarán las Cortes. En esto consiste el sentido de la actitud revolucionaria - dialéctica hacia el parlamentarismo.

¿Cómo se explica, entonces, el hecho de que la dirección de la IC guarde silencio sobre esta cuestión? Únicamente porque es prisionera de su propio pasado.

Los estalinistas rechazaron demasiado ruidosamente la consigna de la Asamblea Constituyente para China. El VI Congreso estigmatizó oficialmente como "oportunismo" las consignas de la democracia política para los países coloniales. El ejemplo de España, país incomparablemente más avanzado que China e India, pone al descubierto toda la consistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero los estalinistas están atados de pies y manos. Como no se atreven a incitar al boicot del parlamentarismo, sencillamente se callan. ¡Que perezca la revolución, pero que se salve la reputación de infalibilidad de los jefes! [38]

¿Cuál será el carácter de la revolución en España?

En el artículo teórico citado más arriba, que parece escrito expresamente para embrollar los cerebros, después de los intentos de definir el carácter de clase de la revolución española, se dice textualmente lo siguiente: “A pesar de todo esto (!), sería falso, sin embargo (!), caracterizar ya la revolución socialista”. (Pravda, 10 de mayo.) Esta frase basta para apreciar todo el análisis. ¿Es que hay alguien en el mundo -debe preguntarse el lector- capaz de creer que la revolución española “en la etapa actual” puede ser considerada como socialista sin que corra el riesgo de ir a parar a un manicomio? ¿De dónde ha sacado en general la Pravda la idea de la necesidad de semejante “delimitación”, y en una forma tan suave y condicional? “A pesar de todo esto sería falso, sin embargo...” Se explica esto por el hecho de que los epígonos han hallado, por desgracia suya, una frase de Lenin sobre la “transformación” de la revolución democrática burguesa en socialista. Como no han comprendido a Lenin y han olvidado o deformado la experiencia de la revolución rusa, han puesto en la base de los errores oportunistas más groseros la noción de la “transformación”. No se trata, ni mucho menos -digámoslo inmediatamente-, de sutilezas académicas, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban que la dictadura de Kuomintang se “transformaría” en dictadura obrera y campesina, y esta última en dictadura socialista del proletariado. Se imaginaban, además -Stalin desarrollaba este tema con una profundidad particular -, que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo poco a poco los “elementos de derecha”, mientras que en la otra ala se irían reforzando los “elementos de izquierda”. Así se veía el progreso orgánico de la “transformación”. Por desgracia, la magnífica teoría de Stalin-Martínov está enteramente basada en el desprecio más absoluto hacia la teoría de clases de Marx. El carácter del régimen social, y, por consiguiente, de toda revolución, está determinado por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no puede pasar de manos de una clase a las de otra mas que mediante un levantamiento revolucionario, y de ningún modo mediante una “transformación orgánica”. Los epígonos pisotearon esta verdad fundamental, primero en China y ahora en España. Y

vemos en la Pravda a los sabios científicos ponerse los manguitos y colocar el termómetro bajo el sobaco de Alcalá Zamora, mientras reflexionan: ¿se puede o no se puede reconocer que el proceso de “transformación” ha conducido ya la revolución española a la fase socialista? y los sabios -rindamos justicia a su sabiduría- llegan a la conclusión siguiente: No; por ahora aún no se puede reconocer.

Después de habernos dado una apreciación sociológica tan preciosa, la Pravda entra en el terreno de los pronósticos y de las directivas. “En España -dice- la revolución socialista no puede ser la finalidad inmediata. La finalidad inmediata (!) consiste en la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía.” (Pravda, 10 de mayo). Es indudable que la revolución socialista no es en España la “finalidad inmediata”. Sin embargo, sería mejor y más preciso decir que la insurrección armada con el objetivo de la toma del poder por el proletariado no es en España la “finalidad inmediata”. ¿Por qué? Porque la vanguardia diseminada del proletariado no arrastra aún tras de sí a la clase, y ésta no arrastra tras de sí a las masas oprimidas del campo. En estas condiciones, la lucha por el poder sería aventurismo. Pero, ¿qué significa en este caso la frase complementaria: “la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía”? ¿Es decir, que entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado actual habrá una revolución particular “obrero y campesina”? Además, ¿es que esta revolución intermedia, “obrero y campesina”, particular en oposición a la revolución socialista, es en España una “finalidad inmediata”? ¿Está, pues, a la orden del día un cambio de régimen? ¿Por la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguirá precisamente la revolución obrera y campesina “contra los terratenientes y la burguesía” de la revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase le servirá de base? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución en oposición a la segunda? ¿En qué consiste la diferencia de programas y métodos de esas dos revoluciones? Buscaremos en vano una respuesta a estas preguntas. La confusión y el barullo mental están cubiertos por la palabra “transformación”. A pesar de todas las reservas contradictorias, esa gente sueña en un proceso de tránsito evolutivo de la revolución burguesa a la socialista, por

una serie de etapas orgánicas que se presentan bajo distintos seudónimos: Kuomintang, “dictadura democrática”, “revolución obrera y campesina”, “revolución popular”, y en este proceso el momento decisivo en que una clase arrebató el poder a otra, se disuelve imperceptiblemente.

El problema de la revolución permanente

La revolución proletaria, claro está, es al mismo tiempo una revolución campesina; pero en las condiciones contemporáneas es una revolución campesina fuera de la revolución proletaria. Podemos decir a los campesinos con pleno derecho que nuestro fin es la creación de una república obrera y campesina, de la misma manera que después del levantamiento de octubre hemos dado el nombre de “gobierno obrero y campesino” al gobierno de la dictadura proletaria. Pero no oponemos la revolución obrera y campesina a la proletaria, sino que, por el contrario, las identificamos. Es ésta la única manera justa de plantear la cuestión.

Aquí chocamos de nuevo con el centro mismo de la cuestión de la llamada “revolución permanente”. En su lucha contra esta teoría los epígonos han llegado hasta la ruptura completa con el punto de vista de clase. Es verdad que después de la experiencia del “bloque de las cuatro clases” en China, se han vuelto más prudentes. Pero a consecuencia de esto se han embrollado aún más y procuran con todas sus fuerzas embrollar a los demás.

Por fortuna, gracias a los acontecimientos, la cuestión ha salido de la esfera de los sabios ejercicios de los profesores rojos sobre los viejos textos. No se trata de recuerdos históricos, ni de seleccionar extractos, sino de una nueva y grandiosa experiencia histórica que se desarrolla ante nuestros ojos. Aquí dos puntos de vista son confrontados en el campo de la lucha revolucionaria. No se puede escapar a su control. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de la esencia de las cuestiones relacionadas con la lucha contra el “trotskismo”, se verá teóricamente desarmado ante las cuestiones fundamentales de la revolución española.

¿Qué es la “transformación” de la revolución?

Sí, Lenin propugnó en 1905 la fórmula hipotética de la “dictadura democrática del proletariado y de los campesinos”. De existir en general un país en el cual pudiera esperarse una revolución agraria

democrática *independiente* anterior a la toma del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el problema agrario dominaba toda la vida nacional, donde los movimientos campesinos revolucionarios se prolongaban durante décadas, donde existía un partido agrario revolucionario con una gran tradición y una amplia influencia entre las masas. Sin embargo, aun en Rusia, no hubo sitio para una revolución intermedia entre la burguesa y la proletaria. En abril de 1917 Lenin repetía sin cesar, refiriéndose a Stalin, Kamérev y otros que se aferraban a la vieja fórmula bolchevique de 1905: “No hay y no habrá otra “dictadura democrática” que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov: *la dictadura democrática* es, por su esencia misma, *una dictadura de la burguesía sobre el proletariado*; sólo la dictadura del proletariado puede suceder a la “dictadura democrática”. Quien invente fórmulas intermedias es un pobre visionario o un charlatán.” He aquí la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y de octubre. Nosotros seguimos colocados sobre la base de esa experiencia y de esas conclusiones.

¿Qué significa, pues, en este caso, para Lenin la “transformación de la revolución democrática en socialista”? Desde luego nada de lo que ven en su imaginación los epígonos y razonadores hueros pertenecientes al grupo de profesores rojos. Hay que saber que la dictadura del proletariado no coincide, ni mucho menos de una manera mecánica, con la noción de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera se produce en un medio nacional determinado, en un periodo determinado y para la solución de cuestiones determinadas. En las naciones atrasadas dichas cuestiones de solución inmediata tienen un carácter democrático: liberación nacional del yugo imperialista y revolución agraria, como en China; revolución agraria y de los pueblos oprimidos, como en Rusia. Lo mismo vemos actualmente en España, aunque en otra disposición. Lenin decía incluso que el proletariado ruso había llegado en octubre de 1917 al poder, ante todo, como *agente de la revolución burguesa democrática*. El proletariado victorioso empezó por la resolución de los problemas democráticos, y, poco a poco, mediante la lógica de su dominación, enfocó las cuestiones socialistas. Sólo doce años después de su poder ha empezado

a emprender seriamente la colectivización de la economía agraria. Es esto lo que Lenin calificaba de “transformación” de la revolución democrática en socialista. No es el poder burgués el que se transforma en obrero-campesino y luego en proletario, no; el poder de una clase no se “transforma” en poder de otra, sino que se arrebató con las armas en la mano. Pero después que la clase obrera ha conquistado el poder, los fines democráticos del régimen proletario se transforman inevitablemente en socialistas. El tránsito orgánico y por evolución de la democracia al socialismo es concebible sólo bajo la *dictadura del proletariado*. He aquí la idea central de Lenin. Los epígonos han deformado todo esto, lo han embrollado, falsificado, y ahora envenenan con sus falsificaciones la conciencia del proletariado internacional.

Dos variantes: el oportunismo y el aventurismo

Se trata -repiteámoslo nuevamente- no de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. No es cierto que en España esté a la orden del día la “revolución obrera y campesina”. No es cierto que, en general, esté hoy a la orden del día en España una nueva revolución, es decir, una lucha inmediata por el poder. No; lo que está a la orden del día es la lucha por las masas, para libertarlas de las ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, por su agrupamiento revolucionario. La segunda revolución vendrá; pero será la revolución del proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos pobres. No habrá sitio para una “revolución obrera y campesina” especial entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado. Contar con una revolución semejante y adaptar la política a la misma significa “kuomintanguizar” al proletariado, es decir, matar la revolución.

Las fórmulas confusionistas de Pravda abren dos caminos que fueron experimentados en China hasta sus últimas consecuencias: el camino oportunista y el camino de la aventura. Si hoy Pravda no se decide aún a “caracterizar” la revolución española como revolución obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora Chang Kai-Chek sea reemplazado por el “fiel Van-Tan-Vei”: en este caso el izquierdista Lerroux. ¿No dirán entonces los sabios profesores -los Martínov, Kuusinen y Cía- que nos hallamos

en presencia de una república obrera y campesina que hay que “sostener en tanto en que...” (fórmula de Stalin en marzo de 1917) o sostenerla enteramente? (Fórmula del mismo Stalin con respecto al Kuomintang en 1925-1927.)

Pero hay también una posibilidad aventurista, que acaso responda aún mejor al estado de espíritu centrista de hoy. El editorial de la Pravda dice que las masas españolas “empiezan asimismo a dirigir sus golpes, contra el gobierno.” Sin embargo, ¿es que el partido comunista español puede lanzar la consigna del derrumbamiento del gobierno actual como una *finalidad inmediata*? En la sabia incursión de la Pravda se dice, como hemos visto, que la finalidad inmediata es la revolución obrera y campesina. Si se entiende esta “fase” no en el sentido de la transformación, sino en el derrocamiento del poder, aparece completamente ante nosotros la variante del aventurismo. El débil partido comunista puede decir en Madrid, como dijo (o como se le mandó que dijera) en diciembre de 1927 en Cantón: “Para una dictadura proletaria, naturalmente, no estamos todavía en sazón; pero como hoy se trata de un grado intermedio, de la dictadura obrera y campesina, intentemos la insurrección de aunque no sea más que con nuestras débiles fuerzas, y acaso salga alguna cosa de ello.” En efecto no es difícil prever que cuando se ponga de manifiesto el retraso criminal con que se ha obrado en el primer año de la revolución española los culpables de esta pérdida de tiempo empezarán a azotar a los “ejecutores” y les empujarán, acaso, a una aventura trágica por el estilo de la de Cantón.

Las perspectivas de las “jornadas de julio”

¿Hasta qué punto es real este peligro? Es completamente real. Tiene sus raíces en las condiciones interiores de la revolución misma, que revisten un carácter particularmente amenazador a causa de los equívocos y de la confusión de los jefes. En la situación española de hoy se oculta una nueva explosión de las masas que corresponde más o menos a aquellos combates de 1917 en Petrogrado, que han entrado en la historia con el nombre de “Jornadas de julio” y que no condujeron al desastre de la revolución gracias a la justa política de los bolcheviques. Es necesario detenerse en esta cuestión candente para España.

Hallamos el prototipo de las “Jornadas de julio” en todas las antiguas revoluciones, empezando por la gran revolución francesa, con distintos resultados, pero, como regla general, desdichadas y a menudo catastróficas. La etapa de este orden es inherente al mecanismo de la revolución burguesa, en la medida en que la clase que se sacrifica más por el éxito de la revolución y que deposita más esperanza en la misma, es la que obtiene menos de ella. La lógica de este proceso es completamente clara. La clase poseyente, después de haber obtenido el poder por el golpe de Estado, se inclina a considerar que por ello mismo la revolución ha realizado ya íntegramente su misión, y de lo que más se preocupa es de demostrar su buena conducta a las fuerzas reaccionarias. La burguesía “revolucionaria” provoca la indignación de las masas populares por las mismas medidas con las cuales se esfuerza en conquistar la buena disposición de las clases derribadas. La desilusión de las masas se produce muy pronto, antes de que su vanguardia se haya enfriado de los combates revolucionarios. El sector avanzado se imagina que con un nuevo golpe puede dar cima a lo realizado antes de una manera insuficientemente decisiva o corregirlo. De aquí el afán de una nueva revolución sin preparación, sin programa, sin tener en cuenta las reservas, sin pensar en las consecuencias. De otra parte, la burguesía llegada al poder no hace más que vigilar el momento del empuje impetuoso de abajo para intentar arreglar definitivamente las cuentas al pueblo. Tal es la base social y psicológica de esa semirevolución complementaria que, más de una vez en la historia, se ha convertido en el punto de partida de la contrarrevolución victoriosa.

En 1848 las “Jornadas de julio” se desarrollaron en Francia en junio y tomaron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en Petrogrado en 1917. Las llamadas “Jornadas de junio” del proletariado de París habían nacido con una fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París, con los fusiles de febrero en la mano, no podían dejar de reaccionar ante las contradicciones existentes entre el programa pomposo y la realidad miserable, ante ese intolerable contraste que repercutía cada día en sus estómagos y en sus conciencias. Sin plan, sin programa, sin dirección, las Jornadas de junio de 1848 no eran más que un reflejo

potente e inevitable del proletariado. Los obreros insurreccionados fueron aplastados despiadadamente. Fue así como los demócratas desbrozaron el camino al bonapartismo.

La explosión gigantesca de la Commune fue asimismo, con respecto al golpe de Estado de septiembre de 1870, lo que habían sido las Jornadas de junio con respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección de marzo del proletariado parisién no tenía nada que ver con el cálculo estratégico, sino que nació de una trágica combinación de circunstancias, completada por una de esas provocaciones de que es tan capaz la burguesía francesa cuando el miedo excita su mala fe. En la Commune de París el proceso reflexivo del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa se elevó por primera vez al nivel de revolución proletaria, pero para ser echada abajo inmediatamente.

Hoy la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de estos adjetivos es siempre la misma), en España prepara ante nuestros ojos sus “Jornadas de junio”, si se toma el calendario de Francia, o sus “Jornadas de julio”, si se toma el calendario de Rusia. El gobierno de Madrid, bañándose en frases que parecen a menudo una traducción del ruso, promete medidas amplias contra el paro forzoso y los latifundios, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas llagas sociales. Los socialistas de la coalición ayudan a los republicanos a sabotear los fines de la revolución. El jefe de Cataluña, de la parte más industrial y más revolucionaria de España, predica un reinado milenario sin naciones ni clases oprimidas, pero al mismo tiempo no hace absolutamente nada para ayudar al pueblo a liberarse, por lo menos, de una parte de sus cadenas más odiadas. Maciá se esconde tras el Gobierno de Madrid, el cual, a su vez, se esconde tras las Cortes Constituyentes. ¡Como si la vida se detuviera esperando esas Cortes! ¡Y como si no fuera evidente que las Cortes futuras no serán más que una reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene otra preocupación más que la de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever el incremento febril de la indignación de los obreros y de los campesinos? La desproporción entre la marcha de las masas en la revolución y en la política de las nuevas clases dirigentes es el origen de ese conflicto irreconciliable que, en su desarrollo ulterior, o dará lugar a la primera revolución,

la de abril, o conducirá a la segunda revolución.

Si el partido bolchevique se hubiera obstinado en considerar el movimiento de junio como “inoportuno” y hubiese vuelto la espalda a las masas, la semi insurrección hubiera caído inevitablemente bajo la dirección esporádica e incoherente de los anarquistas, de los aventureros, de los elementos que hubieran expresado de un modo ocasional la indignación de las masas, y se habría visto ahogada en sangre por convulsiones estériles. Pero, por el contrario, si el partido, poniéndose al frente del movimiento, hubiera renunciado a su apreciación de la situación en su conjunto para deslizarse hacia las sendas de los combates decisivos, la insurrección habría tomado un impulso audaz; los obreros y los soldados, bajo la dirección de los bolcheviques, se habrían adueñado temporalmente del poder en Petrogrado en el mes de junio, pero únicamente para preparar luego el fracaso de la revolución. Sólo la dirección acertada del partido de los bolcheviques evitó las dos variantes de ese peligro fatal en el sentido de las jornadas de junio de 1848 y de la Commune de París de 1871. El golpe asestado en julio de 1917 a las masas y al partido fue muy considerable. Pero no fue un golpe decisivo. Las víctimas se contaron por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de esa prueba no decapitada ni exangüe; conservó completamente sus cuadros combativos, los cuales aprendieron mucho, y en octubre condujeron al proletariado a la victoria.

Precisamente desde el punto de vista de las “Jornadas de junio” constituye un terrible peligro la ficción de la revolución “intermedia” que, según se pretende, está a la orden del día en España.

La lucha por las masas y las Juntas obreras

El deber de la Oposición de Izquierda consiste en poner de manifiesto, desenmascarar y condenar a la vergüenza eterna en la conciencia de la vanguardia proletaria, de un modo implacable, la fórmula de una “revolución obrera y campesina” particular, distinta de las revoluciones burguesa y proletaria. ¡No creáis esto, comunistas de España! No es más que una ilusión y un engaño. Es una trampa diabólica que puede convertirse mañana en una soga para vuestro cuello. Reflexionad bien en las lecciones de la revolución rusa y en las de los desastres de los epígonos. Ante vosotros se abre una perspectiva de lucha por la *dictadura del*

proletariado. En nombre de esta misión debéis agrupar a vuestro alrededor a la clase obrera y levantar a los millones de campesinos pobres para que ayuden a los obreros. Es ésta una labor gigantesca. Sobre vosotros, comunistas de España, recae una responsabilidad revolucionaria enorme. No cerréis los ojos ante vuestra debilidad, no os dejéis engañar por las ilusiones. La revolución no cree en las palabras, sino que somete todo a prueba, a la prueba sangrienta. Sólo la dictadura del proletariado puede derrocar la dominación de la burguesía. No hay, no habrá, ni puede haber, ninguna revolución intermedia, más “simple”, más “económica”, más accesible a vuestras fuerzas. La historia no inventará para vosotros ninguna dictadura con descuento. El que os hable de ella os engaña. Preparaos seriamente, con tenacidad, de un modo incansable, para la dictadura del proletariado.

Sin embargo, el objetivo inmediato que se plantea a los comunistas españoles *no es la lucha por el poder, sino la lucha por las masas*, y esta lucha se desarrollará en el periodo próximo sobre la base de la república burguesa y, en proporciones enormes, bajo las consignas de la democracia. El objetivo inmediato es, indudablemente, la creación de Juntas obreras (soviets). Pero sería absurdo oponer las Juntas a las consignas de la democracia. La lucha contra los privilegios de la Iglesia y contra la dominación de las Órdenes religiosas y de los conventos -lucha puramente democrática- condujo en mayo a una explosión de las masas que creó condiciones favorables, desgraciadamente no utilizadas, para la elección de diputados obreros. En la fase actual, las Juntas son la forma organizada del frente único proletario, para las huelgas, para la expulsión de los jesuitas, para la participación en las elecciones a las Constituyentes, para el contacto con los soldados, para el apoyo al movimiento campesino. Es sólo a través de las Juntas, que engloban al núcleo fundamental del proletariado, como los comunistas podrán asegurar su hegemonía entre el proletariado y, por consiguiente, en la revolución. Sólo a medida que vaya aumentando la influencia de los comunistas sobre la clase obrera, las Juntas se convertirán en órganos de lucha por el poder. En una de las etapas ulteriores -no sabemos aun cuando- las Juntas, como órganos del poder del proletariado, se verán opuestas a las

instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces llegará la última hora de la democracia burguesa.

En todos los casos en que las masas se ven arrastradas a la lucha, sienten invariablemente - no pueden menos de sentirla - la necesidad aguda de una organización prestigiosa que se eleve por encima de los partidos, de las fracciones y de las sectas, y que sea capaz de unir a todos los obreros en una acción común. Son precisamente las Juntas obreras elegibles las que deben presentar esta forma de organización. Hay que saber sugerir a las masas esta consigna en el instante oportuno, y momentos semejantes aparecen actualmente a cada instante. Oponer la consigna de los soviets, como órganos de la dictadura del Proletariado, a la lucha real de hoy, significa convertir dicha consigna en un santuario ultrahistórico, en un icono ultrarrevolucionario, que pueden adorar algunos devotos, pero que no puede nunca arrastrar a las masas revolucionarias.

La cuestión de los ritmos de la revolución española

Pero ¿queda aún tiempo para la aplicación de una táctica acertada? ¿No es ya tarde? ¿No se han dejado pasar ya todos los plazos?

El determinar acertadamente los ritmos de desarrollo de la revolución tiene una enorme importancia, si no para definir la línea estratégica fundamental, al menos para la definición de la táctica. Ahora bien, sin una táctica justa, la mejor línea estratégica puede conducir a la ruina. Naturalmente, es imposible prever los ritmos por un largo periodo. El ritmo debe ser comprobado en el curso de la lucha, sirviéndose de los síntomas más variados. Además, en el curso de los acontecimientos, el ritmo puede cambiar bruscamente. Pero, a pesar de todo, hay que tener ante los ojos una perspectiva determinada, a fin de efectuar en la misma, en el proceso de la experiencia, correcciones necesarias.

La gran revolución francesa empleó más de tres años para llegar al punto culminante: la dictadura de los jacobinos. La revolución rusa condujo en ocho meses a la dictadura de los bolcheviques. Vemos aquí una diferencia enorme de los ritmos. Si en Francia los acontecimientos se hubieran desarrollado más rápidamente, los jacobinos no hubieran tenido tiempo para formarse, pues en

vísperas de la revolución no existían como partido. De otra parte, si los jacobinos hubieran representado una fuerza ya en vísperas de la revolución, los acontecimientos indudablemente se habrían desarrollado con más rapidez. Tal es uno de los factores que determina el ritmo. Pero hay otros que son acaso más decisivos.

La revolución rusa de 1917 fue precedida de la revolución de 1905, calificada de ensayo general por Lenin. Todos los elementos de la segunda y de la tercera revolución fueron preparados de antemano, de manera que las fuerzas que participaron en la lucha avanzaban por un camino conocido. Esto aceleró extraordinariamente el periodo de ascensión de la revolución hacia su punto culminante.

Pero así y todo, hay que suponer que el factor decisivo en la cuestión del ritmo en 1917 fue la *guerra*. La cuestión de la tierra podía ser aún aplazada por algunos meses, incluso acaso por algunos años. Pero la cuestión de la muerte en las trincheras no permitía ningún aplazamiento. Los soldados decían: “¿Qué necesidad tengo de la tierra si yo no estaré allí?” La presión de una masa de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar la revolución. Sin la guerra, a pesar del “ensayo general” de 1905 y de la existencia del partido bolchevique, el periodo preparatorio, prebolchevista de la revolución, hubiera podido durar no ocho meses, sino acaso un año, dos y más.

El partido comunista español ha entrado en los acontecimientos en un estado de debilidad extrema. España no está en guerra; los campesinos españoles no están concentrados por millones en los cuarteles y en las trincheras, ni se hallan bajo el peligro inmediato de exterminio. Todas estas circunstancias obligan a esperar un desarrollo más lento de los acontecimientos y permiten, por consiguiente, confiar en que se dispondrá de un plazo más largo para la preparación del partido y la conquista del poder.

Pero hay factores que obran en el sentido opuesto y que pueden provocar tentativas prematuras de un combate decisivo que equivaldría al desastre de la revolución: la ausencia de un partido fuerte aumenta la importancia de lo espontáneo en el movimiento; las tradiciones anarcosindicalistas obran en el mismo sentido; finalmente, la falsa orientación de la IC abre las puertas a

las explosiones de aventurismo.

La conclusión de estas analogías históricas es clara: si la situación en España (ausencia de tradiciones revolucionarias recientes; ausencia de un partido fuerte; ausencia de la guerra) conduce a que el *alumbramiento normal* de la dictadura del proletariado se vea, según todas las apariencias, prolongado por un plazo considerablemente más largo que en Rusia, existen, por el contrario, circunstancias que refuerzan extraordinariamente el peligro de un *aborto revolucionario*.

La debilidad del comunismo español, que es el resultado de la falsa política oficial, hace, a su vez, a este último extremadamente susceptible de asimilarse las conclusiones más peligrosas de las directivas falsas. Al débil no le gusta ver su propia debilidad, teme hallarse retrasado, se enerva y corre demasiado. En particular, los comunistas españoles pueden temer las Cortes. En Rusia, la Asamblea Constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después ya del desenlace decisivo y fue liquidada sin esfuerzo. Las Cortes Constituyentes españolas se reúnen en una fase más próxima de la revolución. En las Cortes, los comunistas, si en general logran ir allí, serán una minoría insignificante. De esto puede nacer el pensamiento de intentar el derrocamiento de las Cortes lo más pronto posible, aprovechándose de cualquier ofensiva espontánea de las masas. Semejante aventura no sólo no resolvería el problema del poder, sino que, por el contrario, se rechazaría muy considerablemente la revolución, la cual quedaría seguramente con la columna vertebral rota. El proletariado podrá arrancar el poder de manos de la burguesía sólo a condición de que la mayoría de los obreros tiendan a ello apasionadamente y de que la mayoría explotada del pueblo tenga confianza en el proletariado. Es precisamente en la cuestión de las instituciones parlamentarias de la revolución en la que los camaradas españoles deben fijarse, no tanto en la experiencia rusa cuanto en la de la gran revolución francesa. La dictadura de los jacobinos fue precedida de tres parlamentos. Por estos tres peldaños las masas se elevaron hasta la dictadura jacobina. Sería estúpido creer -como los republicanos y socialistas madrileños- que las Cortes pondrán efectivamente un punto a la revolución. No; las Cortes no pueden hacer otra cosa que

dar un nuevo empuje al desarrollo de la revolución, asegurando al mismo tiempo una mayor regularidad del mismo. Semejante perspectiva es muy importante para la orientación en el curso de los acontecimientos, para contrarrestar el enervamiento y el aventurismo.

Esto no significa, ni que decir tiene, que los comunistas deban desempeñar el papel de freno de la revolución, y, aún menos, que deban desolidarizarse de los movimientos y de las acciones de las masas de la ciudad y del campo. Semejante política sería funesta para el partido, el cual debe conquistar aún la confianza de las masas revolucionarias. Únicamente porque los bolcheviques dirigieron todos los combates de los obreros y de los soldados tuvieron en julio la posibilidad de evitar la catástrofe de las masas.

Si las condiciones objetivas y la mala fe de la burguesía hubieran impuesto al proletariado el combate decisivo en las condiciones desfavorables, los comunistas habrían, naturalmente, encontrado su puesto en las primeras filas de los combatientes. Un partido revolucionario preferirá siempre exponerse a la destrucción, junto con su clase, que permanecer al margen predicando la moral y dejando a los obreros sin dirección bajo las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en la lucha penetrará profundamente en el corazón de las masas, y tarde o temprano tomará su desquite. Un partido que se retire en el momento de peligro no renacerá más. Pero los comunistas españoles no se hallan en general situados en esta alternativa trágica. Al contrario, hay todos los motivos para creer que la ignominiosa política del socialismo en el poder y la desorientación lamentable del anarcosindicalismo impulsarán cada vez más a los obreros hacia el comunismo, y que el partido -a condición de que tenga una política justa- dispondrá de tiempo suficiente para prepararse y conducir al proletariado a la victoria.

¡Por la unidad de las filas comunistas!

Uno de los crímenes más vergonzosos de la burocracia estalinista es la escisión sistemática de las filas comunistas, poco numerosas en España, escisión que no se deriva de los acontecimientos de la revolución española, sino que les ha sido impuesta bajo la forma de directivas que se desprenden de la lucha de la burocracia estalinista por su propia conservación. La revolución crea siempre

en el proletariado una fuerte corriente hacia el ala izquierda. En 1917 se fundieron con los bolcheviques todos los grupos y todas las corrientes que le eran espiritualmente afines, aunque en el pasado hubieran luchado contra el bolchevismo. El partido no sólo creció rápidamente, sino que vivió una vida interior de una extraordinaria turbulencia. Desde abril hasta octubre, y más tarde, durante los años de guerra civil, la lucha de tendencias y de grupos en el partido bolchevique alcanza en algunos momentos una gravedad extraordinaria. Pero no se producen escisiones, ni tan siquiera exclusiones individuales. La presión poderosa de las masas cohesiona al partido. La lucha interna le educa, le aclara su propio camino. En esta lucha todos los miembros del partido adquieren una convicción profunda en el acierto de la política del partido y en la seguridad revolucionaria de la dirección. Es sólo esta convicción de los bolcheviques de fila, conquistada en la experiencia y en la lucha ideológica, lo que da la posibilidad a la dirección de lanzar a todo el partido al combate en el momento necesario. y sólo la convicción profunda del partido en el acierto de su política inspira a las masas obreras la confianza en el mismo. Grupos artificiales impuestos desde fuera; ausencia de lucha ideológica libre y honrada; aplicación del calificativo de enemigos a los amigos; creación de leyendas que sirven para la escisión de las filas comunistas. He aquí lo que paraliza actualmente al partido comunista español. Este debe librarse de las tenazas burocráticas que lo condenan a la impotencia. Hay que agrupar las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honrada. Hay que preparar el congreso de unificación del partido comunista español.

La situación se complica por el hecho de que no sólo la burocracia estalinista oficial en España, poco numerosa y débil, sino también las organizaciones opositoras, que formalmente se hallan fuera de la Internacional Comunista -la Federación catalana y el grupo autónomo de Madrid-, carecen de un programa de acción claro y, lo que es todavía peor, están contaminados en una gran parte de los prejuicios que los epígonos del bolchevismo han sembrado con tanta abundancia durante estos últimos ocho años. Los opositoras catalanes no tienen la claridad necesaria en la cuestión de la "revolución obrera y campesina", de la "dictadura

democrática” y aun del “partido obrero y campesino”. Esto redobla el peligro. La lucha por la reconstitución de la unidad de las filas comunistas debe ser combinada con la lucha contra la podredumbre ideológica y la falsificación estalinista.

Es ésta la misión de la Oposición de Izquierda. Pero halló que decir la verdad: ésta apenas ha iniciado aún su tarea. Sabemos las condiciones difíciles en que se hallan nuestros compañeros de ideas; persecuciones policiacas ininterrumpidas bajo Primo de Rivera, bajo Berenguer y bajo Alcalá Zamora. El compañero Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar en ella. El aparato de la IC, impotente en el terreno de la dirección revolucionaria, desarrolla una gran actividad en el de las persecuciones y de las calumnias. Todo esto dificulta extremadamente el trabajo. Sin embargo, éste debe ser llevado a cabo. Hay que agrupar las fuerzas de la Oposición de Izquierda en todo el país, fundar una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, formar círculos y luchar por la unidad de las filas comunistas sobre la base de una política marxista justa.

APENDICE

**ACTUALIZACIÓN DEL PROGRAMA
DE TRANSICIÓN**

TESIS XXVII

**LA IMPORTANCIA FUNDAMENTAL
DE LAS CONSIGNAS Y TAREAS
DEMOCRÁTICAS. LA ASAMBLEA
CONSTITUYENTE**

NAHUEL MORENO, 1980

Las consignas y tareas democráticas adquieren cada vez mayor importancia debido a las tendencias más profundas, tanto del imperialismo como de los monopolios y la burocracia. Todos ellos tienen una tendencia permanente a los estados totalitarios. Es la única forma de frenar el curso permanentemente ascendente del movimiento de masas. La influencia estatal de los monopolios en los países capitalistas e imperialistas, así como la identificación del estado con la burocracia en los estados obreros burocratizados, lleva al totalitarismo. Por eso las grandes consignas y tareas democráticas para todo el pueblo se actualizan cada vez más. Esto explica el carácter democrático general de las revoluciones de febrero contemporáneas.

En cuanto al carácter de las tareas, recuerdan el planteo de la revolución democrático burguesa; pero, por estar planteada contra la burocracia, el imperialismo, los monopolios y los estados que responden a estos sectores, forma parte de la revolución socialista nacional y mundial. Esto es lo que explica el hecho de

que las direcciones pequeñoburguesas y burocráticas insistan en el carácter popular democrático de sus revoluciones, tratando de darles un carácter no antiburgués sino antimonopólico y, en los países atrasados, antifeudal. No reconocen que, a pesar de ser tareas democráticas, van contra el régimen capitalista e imperialista y contra el régimen burocrático, y que eso le da una nueva dimensión a las tareas democráticas que retomamos. Por el carácter de las tareas es una revolución francesa, pero por las clases a las que combate es una revolución socialista. Tiene que destruir al capitalismo en los países capitalistas o a la burocracia en los estados obreros burocratizados, para imponer estas consignas y tareas democráticas. De ahí la enorme importancia que ha adquirido la consigna de *Asamblea Constituyente* o variantes parecidas en casi todos los países del mundo. Pero esta tarea, antes de la revolución de febrero, es relativizada por una mucho más importante y decisiva de tipo obrero y popular: *Abajo el gobierno bonapartista o dictatorial de turno*. La revolución de febrero se hace alrededor de una consigna fundamental que no es primordialmente la de *Asamblea Constituyente*, sino *Abajo las dictaduras*. Esta consigna se aplica tanto en Francia, en Inglaterra, en España, en la Italia demócratacristiana, como en su momento se aplicó contra Caetano en Portugal y contra los coroneles griegos, como también en los países atrasados, como lo demuestra el planteo de *¡Abajo Somoza!* También se aplica contra los gobiernos bonapartistas burocráticos: *¡Abajo la dictadura de Breznev!* Esta consigna que llama no sólo a la clase obrera sino a todo el pueblo a derrocar a estos gobiernos totalitarios, dictatoriales o, como mínimo, bonapartistas o ultrarreaccionarios es la fundamental. Pero, tan pronto se logra este objetivo, en muchos países (sobre todo en los que han tenido regímenes totalitarios), se combina inmediatamente con la de *Asamblea Constituyente*, como la máxima expresión de lucha democrática. Sin olvidar ni por un solo minuto que es una consigna burguesa, pues llama a una Constituyente donde cada hombre es un voto, hay que reconocer que es una consigna movilizadora que tiene unas consecuencias distintas —muchas veces— a su carácter democrático burgués. Esto último sobre todo en los países donde hay una numerosa clase media, principalmente campesina.

Se torna una consigna para oponer a la burguesía, para educar al movimiento de masas y para desarrollar la unidad de la clase obrera con el campesinado. Pero esta consigna de *Asamblea Constituyente* debe ser parte de un conjunto. Por ejemplo, planteamos *Asamblea Constituyente* para que se le de la tierra a los campesinos y para que en ella se vote el armamento del proletariado, la escala móvil de salarios y de horas de trabajo, tanto como la expropiación de los monopolios. Planteamos *Asamblea Constituyente*, pero diciendo: *somos los más grandes demócratas, que se le dé la radio y la televisión a todas las corrientes políticas que voltearon al dictador de turno*. Ninguna de estas consignas opaca el eje y la consigna esencial de toda etapa revolucionaria pre-febrero o postfebrero, que es la del desarrollo del poder obrero y popular. Todo intento de plantear en una etapa revolucionaria la consigna de *Asamblea Constituyente* como la esencial, es una traición directa a la política trotskista que no tiene como objetivo hacer una revolución democrática, sino hacer una revolución que lleve a la clase obrera y a sus aliados, organizados revolucionariamente, al poder. Por eso, todas las consignas deben combinarse entre sí con el objetivo supremo de desarrollar el poder obrero y popular. Así lo planteamos y lo aplicamos ante el movimiento obrero.

NOTAS.-

[1] La consigna de asamblea nacional en China, The Militant, 14 de Junio de 1930. Carta dirigida a la oposición china.

[2] Los Kadetes (Partido Constitucional Democrático, liberal-burgués), querían una monarquía constitucional en Rusia.

[3] El término conciliadores era empleado por los bolcheviques en 1917 para referirse a los mencheviques, social-revolucionarios y otros izquierdistas que apoyaban al Gobierno Provisional capitalista y trataban de atemperar la lucha de clases en su contra.

[4] Respuesta los opositores chinos. The Militant, 1° de febrero de 1930. La carta de la Oposición china a la que Trotsky responde en ésta fue publicada en The Militant del 25 de enero de 1930; estaba firmada .P.. Del contenido de la carta de P se puede deducir que éste era un representante del grupo Wo-men-ti-hua (Nuestra Palabra), pero no hay ningún otro indicio sobre su identidad. En 1931, Nuestras Palabras, Sociedad de Octubre y otros dos grupos de la Oposición china resolvieron unificarse como .Oposición de Izquierda del Partido Comunista Chino..

[5] N. era el opositor chino Liu-Jen-ching (n. 1899), miembro fundador del PC Chino, que escribía en la prensa de la Oposición con los seudónimos N. y Niel Shih. En 1929 viajó para entrevistarse con Trotsky y cuando volvió a China fundó la Shi-Yue-She (Sociedad de Octubre). En 1937 rompió con la Oposición y entró al Kuomintang. Después del triunfo del PC en 1949, publicó una declaración en la que se rectificó de sus posiciones políticas anteriores.

[6] Chen Tu-hsiu (1879-1942): uno de los fundadores del PC chino, aplicó la política de la Internacional Comunista en la revolución de 1925-1927. En diciembre de 1927 publicó una carta en la que explicaba su participación, así como la de Stalin y Bujarin, en la derrota de la revolución y anunciaba su apoyo a la Oposición de Izquierda, a la que entró al año siguiente. Fue prisionero del régimen de Chiang Kaishek desde 1932 hasta 1937. Mientras estaba en la cárcel empezó a tener diferencias políticas con el movimiento trotskista mundial y rompió con la sección china y con la Cuarta Internacional en 1941.

[7] Ho Lung (n. 1896) y Yeh T.ing (1897-1946): caudillos militares que se ligaron al PC Chino y participaron en la insurrección de Cantón. Ho se convirtió en comandante guerrillero. Electo para el Politburó del PC Chino en 1956, fue atacado por antimaoísta en la década del 60. Hay informes de que Yeh Ting rompió con el PC después de la abortada insurrección

de Cantón y se fue al extranjero, de donde retornó para participar en la Guerra Sino-Japonesa. El régimen de Chiang lo encarceló en 1941 y murió en un bombardeo aéreo inmediatamente después de su liberación.

[8] Problemas de la revolución italiana. New International, julio de 1944. Esta fue la revista del Socialist Workers Party de los Estados Unidos y sus predecesores de 1934 a 1940. Al producirse un cisma en el SWP, sus directores, Max Shachtman y James Burnham, la convirtieron en vocero del Workers Party de Shachtman. Dejó de salir en 1958. La carta de Trotsky iba dirigida a tres dirigentes del partido Comunista Italiano: Blasco (Pietro Tesso), Feroci y Santini, quienes habían manifestado su solidaridad con la Oposición de Izquierda y en seguida se los había expulsado del Comité Central del partido. Inmediatamente constituyeron la Nueva Oposición Italiana. (para diferenciarse de la Oposición vieja., el grupo Prometeo de los bordiguistas), se pusieron en contacto con la Oposición de Izquierda Internacional e iniciaron la correspondencia con Trotsky.

[9] Rudolf Hilferding (1877-1941): dirigente del Partido Socialdemócrata austríaco antes de la Primera Guerra Mundial y autor de El capital financiero. Durante la guerra sostuvo una posición pacifista.. Posteriormente fue uno de los dirigentes del grupo centrista USPD, que rompió con la socialdemocracia. Volvió luego a la socialdemocracia y fue ministro de economía en los gobiernos de Stresemann (1922-1923) y Mueller (1928-1930). Huyó a Francia en 1933. El régimen de Petain lo entregó a la Gestapo en 1940 y murió en una cárcel de Alemania. Weimar era el nombre de la república capitalista democrática alemana, que ejerció el poder desde el aplastamiento de la revolución de 1918-1919 hasta la toma del poder por los nazis en 1933.

[10] Otto Bauer (1881-1938): dirigente del poderoso Partido Socialdemócrata austríaco después de la Primera Guerra Mundial, principal teórico del austromarxismo y fundador de la efímera Internacional Dos y Media.

[11] La teoría de la revolución permanente, estrechamente identificada con Trotsky, se originó en la revolución de 1905, cuando Trotsky comenzó a desarrollar su concepción del papel dirigente que le corresponde a la clase obrera en los países industrialmente atrasados y subdesarrollados. Aunque Lenin y los bolcheviques coincidieron de hecho con las conclusiones de esta teoría en la Revolución de 1917, los stalinistas la hicieron blanco de sus ataques en la década del 20, cuando adoptaron la teoría del socialismo en un solo país. Trotsky escribió libro La revolución permanente en 1928.

[12] La influencia revolucionaria de España se refiere a la radicalización

de las masas españolas, que ya había provocado la caída de la dictadura de Primo de Rivera y un año más tarde provocaría la caída de la monarquía y la instauración de una república.

[13] Filippo Turatti (1857-1932): uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano. Este partido sufrió dos rupturas: la primera en 1921, cuando se formó el Partido Comunista, y la segunda en 1922, cuando fue expulsada el ala derecha. Turati se unió a ésta última. Giuseppe Modigliani (1872-1947): destacado militante del PS que siguió el mismo camino político que Turati.

[14] Giacomo Matteotti (1885-1924): diputado socialista reformista del parlamento italiano, fue asesinado por las bandas de Mussolini por denunciar las trampas electorales y el terrorismo de los fascistas.

[15] Tareas y peligros de la revolución en la India. *The Militant*, 12 de julio de 1930. A principios de 1930 se había iniciado una campaña de masas contra la dominación británica, cuando los laboristas estaban en el poder.

[16] Mohandas Gandhi (1869-1948): dirigente del movimiento nacionalista que posteriormente fundó el Partido del Congreso de India, fue la figura más destacada de la movilización de 1930 contra la dominación británica, pero empleaba métodos pacíficos, no violentos, de resistencia pasiva.

[17] Andrei Bubnov (1883-193?) bolchevique de la Vieja Guardia, militó en la tendencia Centralismo Democrático y otros grupos de oposición. Se desvinculó de todos ellos en 1923 y se alineó con Stalin. Fue una de las víctimas de la purga realizada en el aparato a fines de la década del 30.

[18] G. Safarov (1891-1941): miembro del grupo de Leningrado dirigido por Zinoviev, apoyó a la Oposición Unificada. Expulsado del pasado en 1927, capituló ante Stalin.

[19] Manifiesto sobre China de la Oposición de Izquierda Internacional. *The Militant* (periódico de la Liga Comunista de Norteamérica, sección de la Oposición de Izquierda Internacional), 1º de octubre de 1930. Este manifiesto fue escrito aproximadamente un año antes de la invasión de China por Japón, en las postrimerías de la segunda revolución china (1925-27), cuya derrota fue tema de encarnizadas disputas en la Internacional Comunista (véase el libro de Trotsky, Stalin, el gran organizador de derrotas). Fue firmado por el Secretariado Internacional Provisional de la Oposición de Izquierda Internacional: Rosmer, Landau, Markin (León Sedov), y los siguientes: L. Trotsky, por la Oposición rusa; A. Rosmer, Liga Comunista de Francia; K. Landau, Oposición de Izquierda Unificada del Partido Comunista Alemán; J. Andrade y J. Gorkin, Oposición española;

A. Hennaut, Oposición belga; M. Shachtman, Liga Comunista de Norteamérica; D. Karl y C. Mayer, Izquierda Comunista de Austria; J. Frey, Partido Comunista de Austria (Oposición); Frank, .Grupo Internacional. del PC austríaco; W. Kriegner, Oposición checoslovaca; Candiani, Fracción de Izquierda Italiana; Santini y Blasco (Pietro Tresso). Nueva Oposición Italiana; R. Negrete, Oposición mexicana.

[20] La Oposición de Izquierda (bolcheviques leninistas) se formó en Octubre de 1923 como fracción del Partido Comunista ruso, y en abril de 1930 se constituyó la Oposición de Izquierda Internacional (OII), como fracción de la Internacional comunista (véase Escritos 1930). Los stalinistas y otros llamaban .trotskistas. a sus miembros, término que a Trotsky le disgustaba y que solía poner entre comillas cuando tenía que usarlo. La primera conferencia internacional de la OII no se reunió hasta febrero de 1933 (Escritos 1932-33). Más tarde, en ese mismo año, cuando se decidió trabajar para crear una nueva internacional, cambió también su nombre por el de Liga comunista Internacional. En setiembre de 1938 se celebró el Congreso en el que se fundó la Cuarta Internacional. Las resoluciones, tesis e informes aprobados por los primeros congresos internacionales de la Cuarta Internacional y sus predecesoras se reunieron en Documents of the Fourth International: the Formative Years (1933-40), Pathfinder Press, 1973.

[21] La Internacional Comunista (Comintern o Tercera Internacional) se organizó bajo la dirección de Lenin como sucesora revolucionaria de la Segunda Internacional. En los tiempos de Lenin sus congresos mundiales se celebraban una vez al año (los cuatro primeros entre 1919 y 1922). Trotsky consideraba que las tesis de estos congresos eran los ejes programáticos fundamentales de la OII y de la Cuarta Internacional. El Quinto Congreso, controlado por el bloque de Stalin, Zinoviev y Kamenev, se celebró en 1924, el Sexto sólo en 1928 y el Séptimo en 1935. Al Séptimo Congreso Trotsky lo llamó .el congreso de la liquidación. de la Comintern (véase Escritos 1935-36), y fue en realidad el último antes de que Stalin anunciara su disolución en 1943, como concesión hacia sus aliados imperialistas. cuando Trotsky habla de la .fracción dominante. en la Comintern en 1930, se refiere a la fracción stalinista. que en aquel entonces, había derrotado a la Oposición de Derecha, encabezada por Bujarin, Rikov y Tomski.

[22] Según Trotsky, los hechos más importantes respecto de la revolución china de 1925 a 1927 fueron: .20 de marzo de 1926: la primera revuelta de Chiang Kai-shek en Cantón. Otoño de 1926: el séptimo plenario del CEIC (comité Ejecutivo de la Internacional comunista), con

la participación de un delegado del Kuomintang de Chiang Kaishek. 13 de abril de 1927: golpe de estado de Chiang Kai-shek en Shanghai. Fines de mayo de 1927: revuelta contrarrevolucionaria del Kuomintang .de izquierda. en Wuhan. Fines de mayo de 1927: el octavo plenario del CEIC proclama que es deber de los comunistas permanecer en el Kuomintang .de izquierda.. Agosto de 1927: el Partido comunista chino proclama la línea de la insurrección. Diciembre de 1927: insurrección de Cantón. Febrero de 1928: El noveno plenario del CEIC proclama para China la línea de insurrección armada y de soviets. Julio de 1928: el Sexto Congreso de la Comintern renuncia a la consigna de insurrección armada como consigna práctica. (De Stalin y la revolución china, 26 de agosto de 1930, en Stalin, el gran organizador de derrotas.)

[23] La insurrección de Cantón de diciembre de 1927: golpe fracasado instigado por Stalin a través de sus agentes Heinz Neumann y V.V Lominadze. Stalin esperaba que ese golpe le permitiría, en el Decimoquinto Congreso del Partido Comunista ruso, .refutar.la acusación planteada por la Oposición de Izquierda de que su política había producido terribles derrotas en China. Puesto que el PC Chino estaba aislado en Cantón, y la insurrección no se preparó, fue aplastada en menos de tres días, y costó varios miles de vidas.

[24] El Kuomintang de China: partido nacionalista burgués, fundado por Sun Yat-sen en 1911 y dirigido, después de 1926, por Chiang Kaishek. Para conocer la posición de Trotsky respecto al ingreso del PC Chino al Kuomintang y sus diferencias con los otros opositoristas, véase la carta de Trotsky del 10 de diciembre de 1930, incluida en este mismo volumen.

[25] Chiang Kai-shek (1887-1975): dirigente militar del Kuomintang durante la revolución de 1925-1927, y miembro de su ala derecha. Hasta abril de 1927, cuando dirigió una sangrienta masacre de los comunistas y sindicalistas de Shanghai, los stalinistas lo consideraron como un gran revolucionario. Gobernó en China hasta que fue derrocado por el PC chino en 1949.

[26] Dictadura del proletariado: término marxista que denomina a la forma de gobierno de la clase obrera que sigue al gobierno de la clase capitalista (.dictadura de la burguesía.). Sinónimos más modernos de esta expresión son: .estado obrero. y .democracia obrera.. La dictadura democrática del proletariado y el campesinado era lo que proponía Lenin antes de 1917 como tipo de estado que seguiría al derrocamiento del zarismo ruso. El consideraba que la revolución sería de carácter burgués, dirigida por una coalición de la clase obrera y el campesinado que tomaría el poder y democratizaría el campo sin salirse de los límites de las relaciones capitalistas de producción. Su posición cambió al acercarse la revolución,

y cuando regresó a Rusia en abril de 1917 reorientó al Partido Bolchevique hacia la lucha por una dictadura del proletariado. Más tarde los stalinistas revivieron la fórmula descartada (y otras de similar contenido, como .el bloque de cuatro clases.), para justificar su colaboración de clase con la burguesía, esencialmente en el mundo colonial.

[27] La Revolución de Octubre tuvo lugar en Rusia, en 1917 y fue la segunda de ese año. Dirigida por los bolcheviques, derrocó al Gobierno Provisional, una coalición de partidos capitalistas y reformistas, y estableció el gobierno de los soviets (consejos) de obreros, campesinos y soldados. La revolución anterior (de Febrero) derrocó al zarismo, llevó al poder al Gobierno Provisional y creó las condiciones para una confrontación de fuerzas entre ese gobierno y los soviets.

[28] Karl Marx (1818-1883): junto con Friedrich Engels, fundador del socialismo científico y dirigente de la Primera Internacional (Asociación Internacional de los Trabajadores) de 1864 a 1876. Sus enseñanzas sobre el estado fueron analizadas y explicadas en el libro El estado y la revolución de Vladimir Ilich Lenin (1870-1924). Lenin restauró el marxismo como teoría y práctica de la revolución en la etapa imperialista, después de que lo falsearon los oportunistas, revisionistas y fatalistas de la Segunda Internacional. Inició la tendencia política que luego fue conocida con el nombre de bolchevismo, la primera en construir el tipo de partido necesario para dirigir una revolución de la clase obrera. Fue el primer marxista que comprendió y explicó a fondo la importancia fundamental de las luchas coloniales y nacionales. Dirigió en 1917 la primera revolución obrera victoriosa, y fue el primer jefe del estado soviético. Fundó la Internacional Comunista y colaboro en la elaboración de sus principios, su estrategia y sus tácticas. Se disponía a librar una lucha contra la burocratización del PC ruso y del estado soviético, pero la muerte le impidió llevarla a cabo.

[29] Por una estrategia para la acción, no para la especulación. Class Struggle, junio de 1933.

[30] Franz von Papen (1879-1969): representante de los junkers, la aristocracia terrateniente prusiana. Fue designado canciller de Alemania en 1932 por Hindenburg y ayudó a Hitler a elevarse al poder disolviendo el gobierno socialdemócrata de Prusia. Reemplazado por Schleicher en diciembre de 1932; en enero de 1933 me convirtió en vice-canciller de Hitler.

[31] Wang Ming (n. 1904): formó parte del grupo de estudiantes chinos que estaban en la Unión Soviética durante la Revolución China de 1925-27. En 1930 volvió a China, en 1931 fue designado secretario

general del partido y volvió a Moscú en 1932 como delegado chino a la Comintern. Continuó siendo un vocero literario de la política stalinista en China hasta que a principios de la década del 40 Mao Tsetung lo despojó de toda autoridad. Después de 1949, en la primera época del régimen de Mao, ocupó cargos honoríficos, pero a mediados de la década del 50 volvió a Moscú, donde ahora vive exiliado.

[32] Aunque en 1932 Trotsky opinaba que movilizar a las masas en favor de la guerra contra el imperialismo japonés no podía ser la consigna de lucha principal de los revolucionarios, la puso en primer plano en 1937, cuando comenzó la segunda y principal fase de la invasión de Japón a China, y combatió ásperamente a los sectarios de dentro y fuera de la Cuarta Internacional que se negaban a apoyar a los chinos (ver Escritos 1937-38).

[33] Chen Tu-hsiu (1879-1942): dirigente de la Oposición de Izquierda, estuvo entre los fundadores y líderes del Partido Comunista Chino y siguió la política de la Comintern en la revolución china. En 1929 publicó una carta a los comunistas chinos declarando su apoyo a la Oposición de Izquierda y explicando el papel que él mismo desempeñó en la derrota de la revolución china y el que jugaron Stalin y Bujarin. Estuvo preso desde 1932 hasta 1937 y su salud quedó muy deteriorada. En la cárcel abandonó el movimiento trotskista y se convirtió en algo así como un socialdemócrata humanista, pero no actuó en política después de su liberación. Durante sus últimos años se dedicó a la literatura; escribió una autobiografía en la que se refirió sólo a los años anteriores a la fundación del PC.

[34] Alexander Martinov (1865-1935): menchevique de extrema derecha antes de 1917 y enemigo de la Revolución de Octubre. En 1923 entró al Partido Comunista Ruso y se convirtió en adversario de Trotsky. Fue uno de los principales artífices en China del .bloque de las cuatro clases., que pretendía justificar la táctica stalinista de unificar al PC Chino con el Kuomintang en base a que este era un partido de la burguesía progresista.

[35] Los que más se distinguen en este sentido son los estalinistas norteamericanos. Es difícil imaginarse hasta donde llega la vulgaridad y la estupidez de los funcionarios retribuidos y sin control alguno. [L.Trotsky]

[36] Lo dicho por Manuiski en febrero de 1930 fue exactamente lo siguiente: “Los procesos de este género [el proceso revolucionario español] desfilan sobre la pantalla histórica como un episodio que no deja rastros profundos en el espíritu de las masas trabajadoras, que no enriquecen en experiencia de lucha de clases. Una huelga parcial puede

tener para la clase obrera internacional una importancia más sugestiva que cualquier “revolución de género español” que se efectúe sin que el Partido Comunista y el proletariado ejerzan un papel dirigente.” [J.Andrade]

[37] La Oposición de Izquierda no tiene prensa diaria. No hay más remedio que desarrollar en cartas privadas ideas que deberían constituir el contenido de los artículos cotidianos. [L.Trotsky]

[38] El grupo italiano “Prometeo” (bordiguianos) niega en general las consignas democráticas revolucionarias para todos los países y todos los pueblos. Este doctrinarismo sectario, que coincide prácticamente con la posición de los estalinistas no tiene nada de común con la de los bolcheviques-leninistas. La oposición internacional de izquierda debe declinar todo asomo de responsabilidad por semejante infantilismo de extrema izquierda. Precisamente la experiencia actual de España atestigua que las consignas de la democracia política desempeñarán indudablemente un papel de una gran importancia en el proceso de derrumbamiento de la dictadura fascista. Entrar en la revolución española o italiana con el programa de “Prometeo”, es lo mismo que ponerse a nadar con las manos atadas a la espalda; el nadador que tal haga corre un riesgo muy considerable de ahogarse. [L.Trotsky]

Publicación del Partido Socialista Centroamericano (PSOCA)

EL SOCIALISTA centroamericano FEBRERO 2007

Coverdale Q. 400 Managua C.R. 500
Honduras Q. 400 Costa Rica Q. 1000

¡¡ FUERA BUSH DE GUATEMALA Y NICARAGUA: ¡¡JESTAL

GUATEMALA
¡¡EMANDAMOS CANDIDATURA DE LÍDERES POPULARES ELECTOS DEMOCRÁTICAMENTE!
LA SUPERINTENDENCIA DE BANCOS Y LA JUNTA MONETARIA SON CÓMPlices DE LA RUEDA DEL BANCO DE COMERCIO
¡¡REPLUJEMOS LA PRESIDENCIA MILITAR ESTADOUNIDENSE EN GUATEMALA

El Destino del Siglo XXI (Sig. 21) - Managua (Pag. 23)

EL SOCIALISTA centroamericano MARZO 2007

Managua C.R. 500 Guatemala Q. 400
Honduras Q. 400 Costa Rica Q. 1000

¡¡ IGUALAR AL MEJOR SALARIO DE LOS MAESTROS CENTROAMERICANOS

Ante el conflicto Fronterizo Obtuso de los gobiernos

¡¡FUERA BUSH

Protestas por Giro de Bush por Latinoamérica - La

ESCALA
¡¡VICTORIA PARA EL FORTALECIMIENTO

GRATIFICACIÓN
¡¡APOYAR

Huelga de Maestros - Nicaragua (Pag. 23)

EL SOCIALISTA centroamericano ABRIL 2007

Managua C.R. 500 Guatemala Q. 400
Honduras Q. 400 Costa Rica Q. 1000

¡¡ POR UN 1ro DE MAYO ANTIIMPERIALISTA Y CENTROAMERICANISTA!!

Luchemos por el aumento de salarios, defensa del empleo e independencia de los sindicatos

GUATEMALA
¿Por un Gobierno de los Trabajadores, Obreros, Campesinos e Indígenas?
Distribución de la RICA y reorganización por parte de los sindicatos y Organizaciones Populares
¿No a los planes del Imperialismo y la Burguesía?
Unidad por la Democrocratización del Movimiento Estudiantil
Las Aventuras de Lucha Estudiantil de Marzo y Abril de 1992
EL SALVADOR
¿Por qué fue derrotada la Huelga del SETEUS?

BASTA YA!!!

Huelga de Maestros - Honduras (Pag. 70)

RECICLAJE DEL PPP PARA FRENAR A CHÁVEZ
Pag. 12

NICARAGUA
Evaluar la situación y Definir nuevas acciones
Que el Gobierno nacionalice el servicio de energía eléctrica
Punto y Cógobierno FSLN-PLC
COSTA RICA
La Trampa del Referendum
ESCALA
30 Aniversario del Asesinato del General Emiliano Zapata
INTERNACIONAL
Huelga de Maestros y Asesinato de Carlos Faján, India

Huelga de Maestros en Guatemala

EL SOCIALISTA centroamericano

COMENTARIOS, SUGERENCIAS Y SUSCRIPCIONES:

El Socialista Centroamericano: elsoca@elsoca.org

Guatemala: psoca_guatemala@elsoca.org

El Salvador: psoca_salvador@elsoca.org

Honduras: psoca_honduras@elsoca.org

Nicaragua: psoca_nicaragua@elsoca.org

Costa Rica: psoca_costarica@elsoca.org

www.elsoca.org